THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

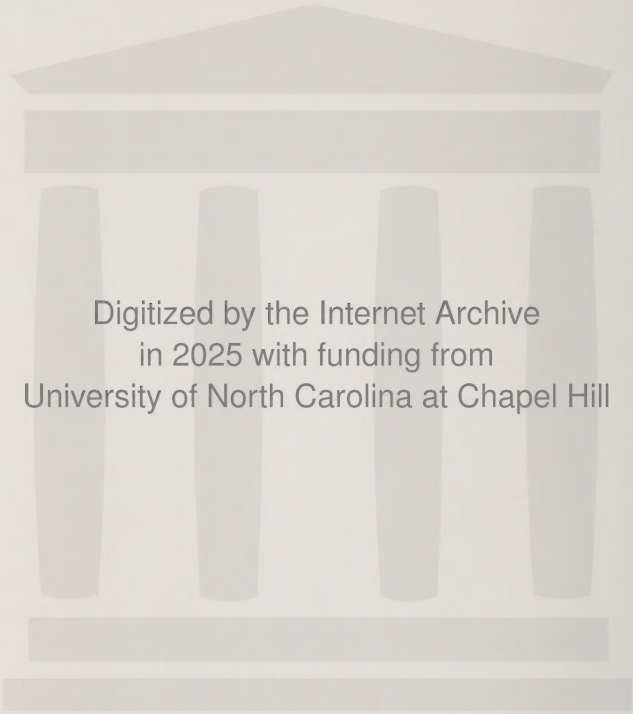
F2805
.C83

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023081709

DATE DUE

FEB 23 2007
FEB 23 2007

GAYLORD PRINTED IN U.S.A.



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/hojasdemidiariod00cost

SEMBLANZAS HISTORICAS

hojas de mi diario

JULIO A. COSTA

HOJAS DE MI DIARIO

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Presidente. (Agotado).

Discursos parlamentarios. (Agotado).

Rosas y Lavalle.

Entre dos batallas.

Roca y Tejedor.

F2805
.C83

JULIO A. COSTA

HOJAS DE MI DIARIO

DAGUERROTIPOS

CABAUT & Cia.
Librería del Colegio — Alsina y Bolivar
BUENOS AIRES

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

3-1-74

PROLOGO

PALABRAS DE UN EMIGRADO

El plebiscito siempre ha triunfado, y nunca tuvo razón. La abstención electoral es una fuerza estática de la política argentina, quizá la más seguramente arribista, y es noble y legítima cuando la acompañen las abnegaciones y los renunciamientos, plurales del nuevo léxico, que algunos llaman estilo, acaso por asemejarse al estilete.

El plebiscito es la operación Cesárea de la democracia. "Aut César, aut nihil", *fué la divisa de un Borgia, el más cruel de los déspotas de su tiempo, quien, según D. Manuel José de la Quintana, compendiaba en un solo monstruo humano, la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio y la ambición brillante y arrojada de Julio César; yo diría que agregaba a estas dotes naturales, la técnica doctrinaria y siniestra de Maquiavelo.*

8417 45

Esta divisa parece haber sido glosada para el héroe militar sudamericano por su ilustre historiador, aún cuando en una perífrasis bonificativa, muy distante de la soberbia concisión latina

*
* *

Yo me he dado por excepción, el lujo de no votar en las últimas elecciones, no gustándome los parejeros de la pista, y no pudiendo hacer correr los míos, sueltos en el campo, y mancos los mejores como Cracs en retiro.

Nuestra ley electoral, que es el sueño de un romántico, no abre cancha sino para dos partidos, cuando en la escena siempre hay más de dos, y permite que los viejos no voten, incorporándolos así a los políticos de fogón, como eran los ancianos en la antigüedad; sólo llamados al consejo o "consulto" en las grandes crisis de la República, y de ahí el origen del Senado, del latín senex, *de donde el adjetivo anticuado* senado, *que significaba sensato, cuerdo, juicioso, y después el término* senado-consulto, *que es la determinación o decreto del Senado. Los remotos bárbaros, escasamente deliberativos, mataban a los ancianos por inútiles y tal vez por economía, ya que los viejos son, generalmente, comilones.*

En la antigüedad, sin embargo, acaso comían me-

nos, no por falta de apetito, sino por falta de dientes, inconveniente remediado ahora por la técnica de la Odontología.

Así—¡guarda con el diente de los viejos!—que a veces se comen hasta los hijos, como en el caso simbólico de nuestro D. Luis, y que reemplaza en ellos otras deficiencias, las cuales ni Voronoff pudiera ya reponer. Y el día que Voronoff triunfe, ¡guarda con sus campeones reflorecidos!, especialmente si son Generales o Coroneles, veteranos en las árduas conquistas.

Haciendo así uso del privilegio de los años, reconocido a los viejos a la antigua, y con la palabra serena de un emigrado, he de dar con buena intención algunos consejos, que, quiera Dios aprovechen a otros, más próximos a la octogésima.

"Del enemigo el consejo", *proverbia la antigua sabiduría, no aprendida en libros teóricos, si no en árdua experiencia.*

*
* *

El plebiscito ha triunfado pues otra vez más, después del de D. Juan Manuel, por abdicación o tolerancia de quien, según el inciso 1º del art. 86 de nuestra Constitución, ausente en la de los Estados Unidos, es el Jefe Supremo de los Argentinos.

Yo me recuso para juzgar esta abdicación o tole-

rancia, porque me comprenderían las generales de la Ley.

Pero ante el plebiscito triunfante, y malgrado todo con la forma legal, los ciudadanos tienen una cosa que desear y dos a hacer. La primera es que el plebiscito no vuelva a triunfar. La segunda aguantar la mecha, y la tercera emigrar. Lo primero debemos tratar de realizarlo, lo segundo se realiza per se, y lo tercero es lo -que yo he resuelto hacer. Para ello, no pudiendo ahora emigrar a Europa por obligaciones legales y morales a cumplir aquí, he podido elegir una residencia apartada de campo, a media hora de la capital, manteniendo la comunicación telefónica directa, donde encuentro el aire puro necesario para los organismos cansados, no soy oneroso a nadie ni a mí mismo, y vivo sobria y modestamente, alcanzando a divisar en el confín la llanura porteña donde he nacido, plena de luz y pobre de cultivo, como los campos de Castilla, que añoraba Núñez de Arce.

Soy, pues, un emigrado por mi gusto en mi propio terruño, como residen en este momento en el suyo, ajenos a sus actividades, algunos hombres que han luchado, que han gobernado, que han caído, que han vivido.

Me contraigo a mis particulares menesteres, bien descuidados, por cierto; continúo la obra humilde de mi pensamiento en pro de la generación en que he actuado: y preocupándome del más allá, trato de

ver cómo me construiría dentro del régimen moderno tan socorrido de las mensualidades en un lindo terreno que poseo en la Recoleta, en condominio, por herencia paterna, contiguo a la Dolorosa *de Tantardini, una cueva limpia bajo tierra, para dormir la eternal noche, cuyo crepúsculo ya toco con la mano en la* "tiniebla palpable".

*
* *

Ocupo aquí en la residencia tradicional de "Los Tapiales", solo con mi sirviente, el costado Nordeste de una amplia casa pre-colonial, circundada por un viejo parque de tapiz verde, blasonado por un roble de 150 *años, y donde embalsaman el aire algunas de esas grandes plantas que dan flores y no demandan ya jardinero, individuo técnico, incómodo y caro.*

Tratamos de salvar, si podemos haber para ello a mano por dos días, la escala de Jacob, a este roble jigantesco, que deperece algo los meses del estío, roído por el ínfimo bicharraco, como aquel león de Hugo, que se moría comido por el gusano.

Cabalgo en un palafrén de un metro veinte de alzada por uno noventa de circunferencia, hijo de un enorme Percherón tordillo plateado, y de una minúscula peticita Shetland tostada, cuyo difícil acoplamiento dió vida a este engendro tordillo negro

a lunares, gigante en miniatura, al que he puesto el nombre de Titán; *portador ágil de mis ochenta kilos, más el peso de una sólida montura Smith, y que me resuelve, apróximadamente, el problema de montar sin bolear la pierna; y aún me ha permitido el otro día, hacer impunemente una paradita en falso, al echárseme al suelo, molesto en su macaquería ingénita por la cincha estrecha. Le estoy sacando un pretenso tranco de parejero, muy superior a su talla, no pudiendo ya el ginete reincidir en los galopes de la juventud.*

Tiene este precioso animalito la marca sola del viejo amigo D. Enrique Guerrero, prematuramente fallecido, y me lo ha regalado uno de mis nietos adolescentes, a quien yo a mi vez aun cuando no me lo quería aceptar, a pesar de gustarle bastante, un poney polista alazán pampita, alto para mí, y flete de número para él, aunque un poco viejarrón. Así los dos hemos salido ganando, dentro de nuestros propios medios.

Traqueo en Titán en la sobretarde, hasta las villas próximas, donde estoy lleno de amigos que son los niños, fijándome en los más pequeños, indigentes y desnudos, con sus patitas rosadas brillando entre los terrones, vestidos con un seudo pantalón sostenido apenas por un tirador veterano de una sola pieza, y en cabeza ó zambullidos en algún capacho ancestral, agujereado en la copa, dejando salir como un penacho al sol, un rizo de oro.

Ellos se acercan sin temor a Titán, quien los husma como si quisiera besarlos, y reciben en mano propia un níquel, que a mí no me deja más ni menos pobre y a ellos los hace ricos. Con eso se compran tortas en la panadería, son por un momento los seres más felices de este mundo, y yo voy colocando en caja de ahorros para el próximo.

*
* *

Habito en la jurisdicción del señor Crovara, ciudadano de arraigo en San Justo, reelecto últimamente por más de dos mil votos Intendente de este partido de mi provincia, llamado de Matanzas, y salvado por este mal nombre tradicional, del de algún prócer barato.

Estoy así, por afortunada coincidencia, a la vera de la gran ley autonomista e institucional de las comunas, que tuve el honor de promulgar al asumir el Gobierno de Buenos Aires en 1890.

Pasó por sobre ella la tempestad del año terrible, sin poder conmoverla ni moverla, aún en el suelo de aluvión del partido de Avellaneda, resistiendo a todas las tormentas e inmoble en faz del terremoto; como esas piedras cimentarias que el antiguo Egipto acarreaba de larga distancia, sobre el vasto lomo de la muchedumbre, para construir las altas pirámides, votadas al embate de los siglos.

*
* *

Hemos coincidido con el Sr. Crovara en la idea que él ya tenía en su espíritu progresista, de la conveniencia de trazar la Comuna caminos de simple tierra, cercados y exclusivamente para automóviles de pasajeros, a lo largo de las vías públicas, ligando con ellos las estaciones ferroviarias y centros principales del partido; se hacen sin más gasto que el cerco y algunos guarda-ganados y se conservan solos, porque el automóvil no destruye, sino que carpe, consolida y aplana, como quien limpia, fija y da esplendor.

Esto no sería un privilegio en favor del automóvil de pasajeros, sino una aplicación al tráfico de la teoría de la división del trabajo. Hoy el tráfico de rodados circula en montón por la misma vía, automóviles de pasajeros, camiones, coches de caballos y carros de los hornos de ladrillos, hasta con seis mil kilos de peso, que deshacen todos los caminos, aun los adoquinados.

Por este sencillo procedimiento todos pueden circular, pero cada uno por su camino, y el transporte rápido de las personas hasta las estaciones de ferrocarril que es el tráfico más interesante para el trabajo y el comercio, se aseguraría dentro de los escasos recursos de las poblaciones y de las Comunas.

Sobre esta idea escribí al señor Crovara, sin tener

el gusto de conocerlo personalmente, a mi nombre y el del actual propietario del casco de Los Tapiales, encontrando en su ánimo la expresada coincidencia y aún principio de ejecución fragmentaria en otros puntos del partido.

Me contestó en seguida, usando la deferencia personal con que han distinguido siempre los radicales a este franco adversario, tal vez parecido a ellos en el acendrado individualismo, y ha quedado en vernos para conversar al respecto y tratar de llevar adelante el propósito; que una vez experimentado acaso se ampliaría a otras comunas, y al que, tal vez concurrirían también los centros y establecimientos automovilísticos, primeros interesados en ello, como que el automóvil sin el camino es una maravilla empantanada.

*
* *

Inútil ya ocuparse de la lucha electoral reciente, cuyos resultados adversos o favorables quedan bajo la responsabilidad directa de sus actores, quienes ya sabrán lo que les cueste.

En el cambio que seguramente prepara la lógica rotación democrática, es probable que las oposiciones, quizá no todavía dentro de sus propias filas, puedan elegir como en peras, más o menos picadas.

El radicalismo, como todos los partidos en el go-

bierno, está destinado a fragmentarse, y a incubar, en su nidada de pollos o de jacas, el pato del futuro.

Lo que interesa en la acción de uno de nuestros gobiernos inorgánicos, sin programa declarado ni mandato conferido, son los objetivos que el país presenta, y quieras que no deberá su gobierno resolver en uno u otro sentido.

Programa concreto y de hechos, que la actualidad coloca sobre el pavés, y no el programa dogmático y abstracto de la Constitución.

Es inútil taparse los oídos, y hacer silencio, porque si la inercia lo calla, las piedras lo gritarán.

Ahí está la Esfinge con su busto de mujer, su cuerpo y garras de león y sus alas de águila, proponiendo al que llega el embrujo fatal. O lo resuelve o es devorado por ella. Esa es la fábula, y como siempre la verdad.

Aquí se acabaron los postulados. Hay que decir la palabra del enigma o morir, o fracasar, forma de muerte en la vida pública.

*
* *

Las cuestiones fundamentales que la actualidad argentina debe improrrogablemente resolver, son cuatro, que se anudan y se concentran como cuatro distintas y una sola verdadera. La del voto, la de la renta, la del petróleo, la de la tierra. Esta última

comprende también dentro de sus términos, la cuestión agrícola y la internacional Americana.

Las enunciamos en foco, como una parábola que gira alrededor de su eje, para que vean de un golpe los que tienen ojos, y entiendan los que tienen entendimiento.

Las enunciamos en este orden porque es su formación natural, como secular, imponente, hierática, cual aparecen en el suelo, en capas geológicas superpuestas y en su orden sedimentario los estratos que han ido depositando las edades, y en que acaba por encontrarse el hueso documental, con el cual Burmeister y Ameghino plantean sus conclusiones luminosas.

Hemos de contemplar estas cuestiones una a una y separadamente en las breves páginas de este prólogo, hasta venir a la síntesis argentina, que comprenderá la evolución del continente americano, y hará resplandecer como en 1810 el destino y el renombre del pueblo redentor. Para ello es necesario empieze por regenerarse a sí mismo, que es la mejor regeneración.

Nunca le ha tocado a una actualidad, misión más alta y apostólica, y si no la sabe cumplir, habrá sido una actualidad tirada a la calle.

Pero la redención, vendrá... vendrá...! O el mundo sudamericano crujirá sobre los cimientos de sus rocas milenarias y se derrumbará como esos templos del Sol, que hoy muestran al viandante en el Perú

las ruinas monumentales de una civilización extinguida e ignorada, anterior a la conquista.

Yo he venido sondando paso a paso, al andar y excavar en la playa desierta, y debo a veces retomar los primeros rastros de la pala investigadora, levantando la costra del suelo para develar su secreto y su arcano, al rugir de la onda temerosa.

VOTO SECRETO Y OBLIGATORIO

Seis siglos antes de Cristo, las Leyes las dictaban los sabios, no los ignorantes, y la resplandeciente Atenas de la antigua Grecia puede apuntarse este tanto sobre el presente después de veintiséis centurias.

Solón, a pesar de haber reconquistado Salamina, no quiso ser tirano, porque no era, por suerte para los Atenienses un hombre de presa, sino un filósofo y un poeta, más bien un moralista práctico y utilitario, quien llamado como Arconte a dictar la ley, aplicó los principios de su filosofía, a diferencia de lo que suelen los sabios cuando aplican.

No quiso ser tirano, diciendo que la tiranía es un bello país, del cual es muy difícil salir... y todavía en la actualidad del mundo, hay quienes miran a todos lados sin alcanzar a ver cómo podrían dar el salto mortal.

Solón prescribió penas contra el ciudadano que

en tiempo de perturbación no se declarara abiertamente por uno de los partidos. Algunas leyes modernas han conseguido trazar la caricatura de este gran dictado filosófico y social, haciendo el voto obligatorio *pero* secreto, *de manera que el ciudadano debe votar, pero sin declararse por ningún partido, lo que es la consagración del reinado sórdido de los neutros, lo contrario de lo que quiso el filósofo griego.*

Solón reservó la pena de muerte, por excepción, contra el usurpador, permitiendo a todo ciudadano arrancarle la vida donde lo encontrara, como a un perro rabioso, y no sólo al tirano, sino a sus cómplices, y a los magistrados que continuaran sus funciones después de la destrucción de la democracia.

En nuestro presente los únicos que han cumplido este precepto, o lo han propuesto por intuición, son perseguidos como delincuentes o llamados locos por los hombres de poder.

Solón estableció la solidaridad de todos los ciudadanos en el agravio hecho a uno de ellos, obligándolos a demandar su reparación.

El filósofo prohibió al pater familias *la venta inícua de los hijos, que autorizaba la ley draconiana, aunque no prohibió la de las hijas sorprendidas en delito de deshonestidad. En cambio obligó al hijo a ayudar al padre cuando este no pudiera valerse, y omitió en su legislación el delito de parricidio que*

su filosofía consideró una monstruosidad moral, indigna hasta de la mención de la ley.

Acordó la ciudadanía legal de Atenas a los proscriptos; y probablemente si Chile hubiera tenido esa ley, hubiera podido recibir el don de la Constitución del proscripto Alberdi, antes que los argentinos.

Después de dictar sus Instituciones, el filósofo se ausentó por diez años de Atenas, para ver de lejos el efecto, y de vuelta se encontró con el tirano Pisistrato en el poder, a pesar de aquéllas, y aún conservando algunas, lo que prueba que los sucesos ocurren malgrado la sabiduría, pero también que las leyes institucionales perduran malgrado la tiranía.

Así la legislación de la democracia Ateniense del tiempo de Solón se infiltró en el Derecho Romano y su rayo de luz alcanza hasta la edad moderna, iluminando aún los problemas del presente.

De ahí arranca el voto obligatorio, pero por incomprensión o por fanatismo le han agregado el atributo de secreto, que no lo tienen los países de libertad, donde se aplica el gobierno de los medios.

El voto debe ser obligatorio *pero* público, *para que voten solidariamente los grandes gremios que son los motores del organismo social, para que vote también la ciencia, Oxford contra Cambridge, como en la vieja Inglaterra, y no sólo en las regatas, sino en el comicio.*

LA RENTA

La descentralización es ley humana y por tanto ley de los pueblos, así como de los gobiernos de los pueblos. Se funda en que se ha de gastar localmente y de inmediato en lo que se ve y se palpa, y el cumplimiento de esa ley ha hecho la prosperidad de la Inglaterra, de los Estados Unidos, de la Suiza, de la Alemania. Fué la que prescribió el maestro Alberdi para las Provincias Unidas del Rio de la Plata, en la Constitución o Decálogo que les ofrendó su alto espíritu en 1853.

El Centralismo, al sentar sus reales en la organización nacional, quebrantó ese principio desde el "vamos", con dos hechos nefastos; el proyecto de ley de capital de la República, y el despojo de sus rentas propias hecho a las Provincias.

Contra lo primero pudo reaccionar y reaccionó el partido Autonomista, arrancando de allí su nombre y su bandera, bajo la acción del insigne jefe de hombres libres que fué el Dr. D. Adolfo Alsina, no reemplazado aún en nuestra democracia.

Contra lo segundo no reaccionó nadie, no viendo tal vez ni apreciando su expansión fatal, y este aspecto del centralismo macolló y cundió como la mala yerba, suprimiendo las provincias y determinando un sometimiento y una opresión que en día

más o menos próximo estallarán en crisis violenta y dolorosa, como la del año veinte.

*
* *

En la federación, tal cual la planteó Alberdi, la aplicación e inversión de la renta de las provincias se había de hacer en estas y por estas; apartando de ella el por ciento indispensable para costear los gastos de su poder delegado, que es el Gobierno Federal.

En la Federación Norteamericana la aplicación de la renta se hace en la proporción del 40 o|o *para los Estados particulares y el* 60 o|o *para el Estado General.*

En la Federación Australiana, más moderna y por tanto económicamente más adelantada, la proporción es la siguiente: El 75 o|o *para los Estados particulares y el* 25 o|o *para el Estado General.*

Pues no que a contribuyentes Sajones les iban a robar la plata!

*
* *

Véamos ahora nuestro caso. El presupuesto nacional argentino se divide en dos—el visible y el invisible, el legal y el que es otro tanto, el ilegal o

ejecutivo. Sumamos los dos en nuestro cómputo como debe hacerse para que sea real y efectivo, aunque tengamos que usar implícitamente el más o menos, *que emplean todas las contabilidades, aún las de los Bancos, en sus cuentas reales y positivas.*

Y resulta que en la seudo-federación argentina, la aplicación e inversión de la renta se hacen en esta proporción monstruosamente a-federal y centralista.

El 18 o|o *para las provincias y el* 82 o|o *para el gobierno nacional.*

Van para 70 *años que esto sucede, y nadie en los ejecutivos, ni en los senados, ni en los partidos, ha dicho esta boca es mía.*

*
* *

Tal es nuestro problema de la distribución de la renta, que determina para las provincias, un estado de opresión, de despojo y de miseria peor que el que soportaban bajo la colonia.

Sobre esto el Ejecutivo Nacional anterior ha enviado al parlamento un proyecto para quedar bien, que es el pan del loro, y que asimismo duerme el sueño de los justos en las carpetas del H. Senado de la Nación, donde se sientan los representantes de las provincias.

Es la inercia ancestral, que dormita en el fondo de la raza, que inferioriza nuestra democracia con

relación a la democracia sajona, y que perdurará mientras no transcurra el tiempo necesario para cambiar totalmente la sangre.

Ya que no al sistema australiano, que es el teóricamente exacto, habría que llegar al menos, como una transacción o aproximación al 40 o|o *para los Estados particulares, que aplican los norteamericanos.*

Pero hemos de preferir llegar por la inercia a la crisis violenta siguiendo la idiosincracia racial. Y la crisis derrumbará, junto con el absurdo de la distribución actual de los recursos, la obra de conquista del 80, *que es la capital de la República.*

Pasemos ya al problema del petróleo, tratando de abreviar este prólogo, que en el afán de convencer va alargándose como una silueta, y convirtiéndose de prefacio en prefación.

EL PETROLEO

No es sino una modalidad del fenómeno de las minas, que en realidad debiera regirse extrictamente por la legislación de éstas, y que algunas tendencias y avideces económicas que nos circundan y acaso nos acechan, han hecho contemplar y pudieran hacer resolver bajo un régimen especial que quizá sería para peor.

El petróleo ha llegado a ser para algunas Nacio-

nes de la América Latina, dentro de ciertas características y síntomas que apuntan al horizonte, un peligro y un germen de males, como lo ha sido para Méjico, y como lo fueron para las colonias holandesas las minas de brillantes.

Pero para la legislación como para todos los procedimientos deliberativos, el miedo es mal consejero, y muchas veces se yerra por formular un diagnóstico sintomático, y se ubica la causa del mal donde no existe.

Para nosotros, legíslese como se quiera respecto del petróleo, con tal que se adjudique a las provincias la proporción, al menos del 40 o|o en la distribución de la renta, acreditándoles su producido. Y vamos ya a la cuestión de la tierra, que es donde finca la causa del mal y donde está la madreperla.

LA TIERRA

El imperialismo es hoy una pequeña nube en el horizonte americano, de esas que se amasan en el Septentrión, bajo las alas del pesado Norte, y se condensan al Sur en nubarrón azul obscuro, cubriendo el cielo de densa bruma tormentaria, que a veces disipa y aclara el Pampero.

La tierra desierta es la inmensa riqueza y el grave peligro para esta parte del Nuevo Mundo.

Las declaraciones del ilustre huésped norteame-

ricano que nos ha visitado, son insuperables e irrefutables, como pronunciadas por un estadista experimental, pero son palabras.

Words, words, words, *sentencia Shakespeare, el genio sajón. Nicaragua, Méjico, Panamá,* esos son hechos, hechos, hechos.

Y nuestro proverbio castellano aconseja poner la barba en remojo cuando afeitan al vecino. Nosotros estamos más cerca de Roma que lo estuvo el mundo antiguo. La de Mussolini es una Roma de opera, la de los Estados Unidos es de oro, hierro y acero, vuela como las águilas y domina los mares como Neptuno. Cierto que sobre el mar hay varios imperialismos, la Inglaterra que es la Roma de medio mundo, el Japón que es la del Asia Oriental. Bien pudiera el aguila americana encontrar con quien tratar sobre las olas inquietas, y el pueblo argentino ser una vez más, malgrado todo, en el siglo XX, la vanguardia del mundo contra el imperialismo, como lo fuera en el siglo XIX.

Pero los problemas de la humanidad moderna, se resuelven por la paz y sólo catastróficamente en la guerra. Los formula en el presente siglo la inteligencia y los resuelve el Cristianismo, que es la abnegación y el holocausto.

*
* *

El pueblo argentino algo sabe de esa política de Calvario, porque sobre su túnica sangrienta, cortada en pedazos, se trazaron tres naciones, hoy estrellas resplandecientes del cielo Austral.

¡Consume una vez más el sacrificio y regale a los trabajadores del mundo su tierra desierta, en el Norte y en el Sur, más allá del frígido Colorado, y en nuestro país del sol, que son las Misiones y el Chaco!

Vendrán como a la tierra de promisión los Alemanes taciturnos, los gigantescos Polacos y Rusos, los dorados Checo-eslovacos, los Latinos de la Alta Italia y de la cálida Sicilia, los Catalanes brunos y ásperos, los recios Astures, los sólidos Vascos del Pirene y los pueblos sesudos y laboriosos del centro de la Europa, a este mundo donde cae la nieve y donde resplandece el sol. Así la bandera azul y blanca ensanchará su paño en la tierra prometida, y será saludada no sólo por la barquilla débil del viejo Brown y por las escuadras de Inglaterra y el Japón, sino por las de todas las naciones, de la moderna Italia, de la antigua Iberia, la de la Francia campeón eterno de la libertad humana, y la de la tenaz Alemania, que resurgiría para ello del húmedo sudario Nórdico.

Sacuda por un momento la actualidad, la iner-

cia racial, y ejecute la ley institucional y cristiana del Homestead, que fué la espina dorsal de los Estados Unidos; la única sancionada aquí por unanimidad en las dos cámaras del Congreso, y la única estrangulada en la cuna por el verdugo, como los hijos de Eduardo Plantegenet.

Ese gesto redentor del pueblo argentino, hecho a costa de su sangre generosa, será el mejor escudo en faz del imperialismo Americano, el más fuerte de la historia, porque es de hierro repujado en oro.

*
* *

Este libro, hecho a retazos, ya inéditos o algunos publicados, viene a ser como la continuación de los anteriores del autor, y así la obra dispersa del periodista reviste la unidad del cuadro que la encierra.

Son figuras y episodios fotografiados al paso inquieto de una generación esforzada y batalladora, que marca el ciclo de transición de nuestra democracia militar a su fase civil.

Esa generación, que ya desciende a su ocaso, ha dejado también su huella en el Cenit, la cual debe ser arrancada de la hoja efímera y fijada en el libro permanente.

Rinde así fiel homenaje al tiempo ilustre en que

ha vivido, uno de sus humildes soldados de prensa, para que el presente pueda mirarse siempre en el espejo del pasado, y porque Non omnis moriar...

EL CAPITAN LUIS ACUÑA

La revolución de 1874 fué la última crisis militar de la democracia orgánica en que se dividió el partido Liberal dirigido por dos grandes personalismos, el de Mitre, dogmático y revolucionario, el de Alsina, demócrata y gubernamental.

El 80 es un movimiento institucional que traía en su entraña el problema de la Capital de la República, como un embrión genésico que queda flotando en el cerebro, resuelto por la fuerza de las cosas y por operación cruenta con la capital en Buenos Aires, con criterio tradicional y centralista más que institucional federativo. La solución rechina a veces en los tiempos y puede todavía crujir.

Después viene la evolución social argentina en la que estamos, controlada dentro de sus propios elementos extremos, por fuerzas antagónicas dirigidas también por personalismos representativos del número, *quia nominor Leo.*

Falta, sin duda, y no ha sido reemplazado en las

fuerzas centrales de la sociedad, el Adolfo Alsina del presente, el caudillo consular y popular capaz de concordar las reformas y la tradición, y de revivir en nuestra escena la democracia patricia succedánea de la revolución de Mayo y de la nueva aurora de Caseros.

En el movimiento del 74, en que chocaron militarmente el partido mitrista, convertido en gran revolucionario, y el cisma Autonomista convertido en gran partido de gobierno, ningún ciudadano ni fuerza alguna quedó al margen de la acción, y en él se epilogó la vida y el romance que les voy a contar.

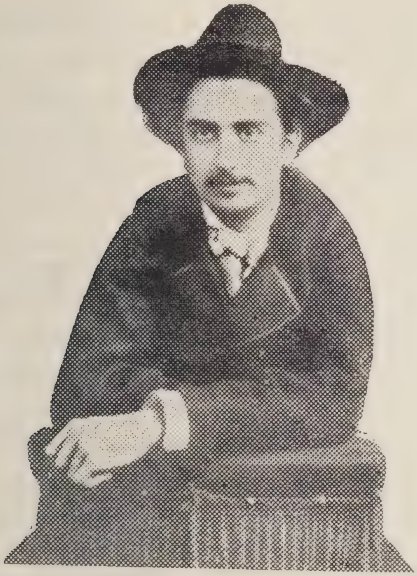
*
* *

Luis Acuña era en 1874 el hijo menor de una de nuestras antiguas familias, ya que a la sazón los otros hermanos menores, muy niños, no contaban todavía como personas.

El padre, descendiente de familia radicada en Barcelona y casado aquí con Doña Ana Bosch, también de la misma ascendencia española, como su apellido lo indica, hizo un viaje a Barcelona con su familia, junto con la de los Bosch, permaneciendo 12 años; educándose allí el niño Luis con su hermano mayor D. Juan N., el distinguido médico que todos hemos conocido, y con sus tíos ma-

ternos D. Eliseo, D. Aureliano y D. Francisco Bosch, éste después el intrépido General Argentino.

Poco tiempo antes de la revolución del 74, nos vinculamos en íntima amistad de adolescentes, Luis



Capitán LUIS ACUÑA.

Acuña, Alberto Casares, Luis García, Josué Moreno, Héctor Quesada, yo y muchos otros de aquella generación inquieta y actuante, y corrimos juntos los primeros años de la ufana juventud.

En la pequeña legión, Alberto, Luis Acuña y yo

formábamos la caballería, el primero porque trabajaba con su padre D. Sebastián, en el corralón de maderas de la Boca donde se trasladaba al alba para regresar al caer la noche en su buen tordillo negro, regalo de su tío D. Carlos Urioste; Luis porque era socio capitalista en la caballeriza de la Rondanita con su pariente Don Juan Rúa, y yo porque tenía allí mi caballo, concurso en especie que mi buen padre, pequeño rentista, agregaba a mis frugales entradas de pinche de prensa para concurrir así en forma sana a mis esparcimientos de estudiante poco asiduo.

Tomábamos parte generalmente de perdedores en las carreras costilla a costilla de "La Banderita" y de la "Calle de la Arena", solíamos pasear a la tarde por el Sud suburbano, y nos reintegrábamos en la noche a la infantería, concurriendo a los teatros de Colón, La Alegría y Victoria, a los bailes de las canchas calle Belgrano y calle Moreno, y en Carnaval a los grandes bailes de máscaras de los Teatros, porque cortos de genio como semisalvajes no nos animábamos a entrar en los salones de las bellas reuniones familiares de entonces, donde sin embargo teníamos nuestro verdadero e ideal interés.

En uno de esos bailes de máscaras de la Opera, conoció Luis Acuña a una bella criatura, joven figuranta de teatro, que fué su pasión romántica y acaso decidió su destino.

*
* *

Nuestro flechado compañero se nos desapareció por unos días, y lo buscamos inútilmente en su casa, donde rara vez dejaba de concurrir, encontrándolo por fin con su pequeña estrella teatral, en gran tren de cuadrilla de *Orphée aux Enfers*.

Interpelado nos confesó una pasión naciente y vehemente que lo aisló por algún tiempo, en que se nos perdió de vista.

No pudiendo pasarnos sin él, fuimos a buscarlo a su tercer piso, y lo encontramos en pleno idilio galante y hecho él mismo un Jacques Rolla.

Se había dejado crecer el pelo en larga melena de ébano, que encuadraba su rostro pálido y acentuaba su varonil belleza, semejando un gallardo "apache".

Conseguimos hacérsela recortar y lo llevamos por un par de días con nosotros; después se nos perdió de nuevo y al parecer definitivamente, no pudiendo romper el fatal encanto.

Por fin intervino la madre, que sufría sintiendo como que perdía su hijo mimado, y se planteó para el generoso y vehemente joven el conflicto final de su vida.

*
* *

En ese momento estalló la revolución del 74 y toda la guardia nacional fué convocada a los cuarteles.

Pancho Bosch que era el hermano predilecto de la madre de Luis y también querido como un hermano mayor por éste, fué a verlo categóricamente invocando el ruego de la madre apenada y enferma.

Luis le contestó con desolación infinita echándose en sus brazos: —No puedo desoír el ruego de mamá y no puedo arrancarme de ésto; siento que la patria, la inmensa madre, me llama desde la sombra y voy a ella; llevame de ayudante.

—Es para mí una responsabilidad grave — dijo Pancho — porque voy a llevarte a la línea más avanzada que haya, pero te llevo; despedite de acá y vamos a despedirnos de Anita que te espera para revivir.

Así fué el teniente Luis Acuña a La Verde como ayudante del Comandante Bosch.

*
* *

En lo más recio del combate la orden era hacer fuego tendidos al resguardo de los recados.

El Teniente Acuña se acercó al lado del caballo del Comandante Bosch, y le dijo quedo:

—Pancho, vos estás a caballo porque sos Comandante, dejame a mi estar de pie porque soy tu ayudante mayor, y porque soy de la familia.

Pancho meneó la cabeza contrariado, como diciendo, "¡en la que me he metido!", acordándose de la hermana querida, y calló.

Al rato, el caballo del Comandante estaba acribillado y el noble animal temblaba y resistía con orgullosa voluntad de corcel valiente.

Por fin se desmoronó, cayendo poco a poco, quedando exánime, y el Comandante Bosch de pie, recibiendo un balazo en el medallón de la cadena que lo salvó como un amuleto.

El ayudante Acuña levantó su espada en alto, gritando frente a la muerte que rugía:

—¡Viva la patria! ¡Viva Alsina!, y cayó mortalmente herido de un balazo en la ingle.

Pancho se inclinó sobre el cuerpo derribado, y oyó estas palabras del delirio del niño moribundo:

—"¡Hoy cumplo veintiún años, la bendición mamita!

El joven moría precisamente en el día de su santo, epilogando su pequeño drama en el turbulento drama argentino y agregando a sus vastos anales la página breve de su vida.

Fué hecho Capitán al morir sobre el campo de batalla , enterrado en el mismo campo de La Verde, donde los suyos fueron a exhumar y traer sus restos mortales.

LOS ALCORTA

En este Daguerrotipo, desde luego sintético, he de presentar como un espejo, para que los buenos tengan también donde mirarse, a tres ciudadanos que han servido con patriotismo, con inteligencia y con eficacia, a la Provincia de Buenos Aires y a la Nación.

Ellos son D. Amancio Alcorta y sus dos hijos el Dr. D. Amancio Alcorta, y D. Santiago Alcorta que no era Doctor siendo Docto.

D. Amancio Alcorta (padre), nació en la ciudad de Santiago del Estero, en 1805, e hizo sus primeros estudios, en el Colegio del convento de San Francisco de Catamarca, donde el R. P. Quintana, humanista de nota, lo inició en las letras.

En la Universidad de Buenos Aires donde permaneció cuatro años, no pudo hacer los estudios de Derecho por inconvenientes de familia que lo llevaron nuevamente a su provincia.

Diputado Nacional a los veintiún años, tuvo que

renunciar el cargo, ante la probable impugnación de su diploma basada en esta causal indiscutible.

Miembro del partido unitario, fué Ministro del Gobernador Dehesa que hizo el último gobierno liberal de aquella época en Santiago del Estero.

Fué también Ministro de Güemes en Salta, pasando en seguida a Jujuy, y después a la vida pri-

D. AMANCIO ALCORTA.

vada hasta la caída de Rosas, sin declinar de sus convicciones.

En 1853 fué miembro del Consejo de Hacienda y de las Comisiones designadas para las reformas de Aduana y para la organización del libre tránsito de

las mercaderías. Fué cónsul del Tribunal de Comercio por varios años, Director del Banco y Vocal de la Junta de Crédito Público. Electo Senador Provincial de Buenos Aires en 1855, desempeñó este cargo hasta su muerte, ocurrida en Mayo de 1862.

Para mostrar la cultura de este espíritu eximio, anotamos que fué ejecutor y autor de música como Alberdi y como Esnaola, aunque éste se inspiraba en la música Alemana y Alcorta y Alberdi, hombres del Norte Argentino, en las suaves melodías de la tierra natal.

Ilustra esta vida para la posteridad, la fundación del pueblo y ejido de Moreno en 1860, en campos de propiedad del fundador, a pesar de lo cual no le puso su nombre, sino el del prócer, desprendiéndose de la tentación irresistible para nuestros ilustres terratenientes.

A los cuantos años, su hijo D. Santiago Alcorta inauguraba en la plaza del pueblo, la estatua de Mariano Moreno. El padrino del acto era su descendiente el Dr. D. José María Moreno y el orador de la ceremonia, el Dr. D. Nicolás Avellaneda, Presidente de la República, quien aprovechó esa circunstancia como lo hacen los Estadistas para pronunciar en ese momento de nuestra agitada escena política, las palabras "conciliación" y "equidad"; al amparo de ella fué al día siguiente el Dr. Moreno a visitar al General Mitre, y se hizo la conciliación y el acuerdo de los partidos, la gran política argen-

tina iniciada en el día de Caseros por Urquiza con la frase histórica: "No hay vencedores ni vencidos".

Así se consagró la fundación de D. Amancio Alcorta.

El Dr. D. Amancio Alcorta (hijo) nació en Buenos Aires el 27 de Marzo de 1842 e hizo sus estudios y se graduó en derecho en la Universidad de la capital de la Provincia. Prestó servicio militar como ayudante y secretario del heroico coronel Murature, batiéndose a su lado en el combate de las Cuevas, donde fué condecorado con la cruz de bronce del Brasil.

Fué después Juez integérrimo y Ministro de Hacienda y de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Fué también diputado a la Legislatura por dos períodos, catedrático de Derecho Internacional, Rector del Colegio Nacional Central y autor de obras magistrales sobre Derecho Internacional, Legislación Comercial y Derecho Público. El árbol se juzga por su fruto y no tenemos sino tomar uno para juzgar éste. El Dr. D. Máximo Castro, que se formó en su estudio, Abogado, hombre de partido, y hombre de gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que presta concurso y gana elecciones.

El Dr. D. Amancio Alcorta fué Ministro de Relaciones Exteriores de los Presidentes Juárez Celman, Sáenz Peña, Uriburu y Roca y en este último

cargo elaboró y firmó el arreglo de límites. Breves líneas son éstas para tal foja de servicios.

Murió en el ejercicio del alto cargo de la muerte siempre prematura de los grandes trabajadores el 5 de Mayo de 1902.

El señor D. Santiago Alcorta es el primogénito de la familia de que me ocupo, y su personalidad más destacada en la acción cívica y colectiva.

No fué doctor porque después de sus estudios primarios, fué comerciante, en el comercio diario y continuo, laborioso y tenaz de la oferta y la demanda, en el que se formó una posición al frente de los negocios de la firma.

Con esta base de comprobación, de eficacia y de independencia personal, entró a la vida pública para dar al país sus actividades en la integridad de su personalidad propia, sin subordinarla al éxito ni al poder ni a la necesidad.

Fué diputado en 1867 y a la Legislatura de Buenos Aires por la circunscripción de Moreno, cuya cabeza era la villa ya importante, fundada por su señor padre, legislador sin sueldo y con asidua labor en la *sala* como se llamaba entonces a la Legislatura por ser la principal pieza de la casa, donde no entraban sino los hombres conspicuos y patriotas de nuestra antigua democracia patricia. Después fué electo y reelecto Diputado al Congreso, de 1873 a 1878.

Allí propuso proyectos de leyes fundamentales

como la instrucción obligatoria y libertad de estudios y fueron sancionadas con sus iniciativas y eficáz colaboración en los debates, las leyes de correos y telégrafos, de organización del departamento de ingenieros, de hipoteca marítima incorporada al Código de Comercio, de warrants, de obras públicas y otras. D. Santiago Alcorta, como parlamentario, y como periodista en frecuentes colaboraciones en La Prensa y El Nacional, fué siempre ágil, interesante y eficáz. En la gran Convención de la Provincia de Buenos Aires que sancionó la constitución de 1873, redactó como miembro de la Comisión respectiva el capítulo relativo al Régimen Municipal.

Ministro de Gobierno de Tejedor con actuación destacada, se expatrió voluntariamente después del 80 hasta 1891, en que regresó al país. En 1893 bajo la presidencia del Dr. D. Luis Sáenz Peña, el Dr. Del Valle, en la formación de su Ministerio revolucionario, propuso al Dr. Alcorta para Ministro de Hacienda, como está protocolizado en la lista nominal anticipada por la prensa y que era la siguiente:

Interior, Dr. Juan M. Garro.
Relaciones Exteriores: Dr. Antonio Bermejo.
Hacienda, D. Santiago Alcorta.
Justicia y Culto, Dr. Lucio V. López.
Guerra y Marina, Dr. Aristóbulo Del Valle.

D. Santiago Alcorta fué en seguida a ver al Dr. Del Valle, con quien se tuteaban y le dijo: —Vas a sacar mi nombre de tu Ministerio. —¿Y por qué, si es el más indicado? —Porque esto será pasajero como el Ciclón, ya me dí un porrazo el 80 que todavía me duele y que no quiero repetir.

Y no hubo más que sacarlo.

En 1879, con motivo de los decretos de organización de la Guardia Nacional y de la contestación de Tejedor a la nota del Ministro del Interior Sarmiento, que había sido dada a la publicidad por Alcorta, y así agravádose el conflicto, Tejedor llamó al Ministro de Gobierno a su despacho y le dijo:

—Puesto que ya tiene usted el calificativo de *indiscreto* que le da Sarmiento, y le corresponde defenderse, conteste usted esta última nota que nos ha dirigido.

Alcorta declaró francamente que le tenía miedo a Sarmiento.

—No le tenga dijo Tejedor, si no es tan fiero el león como lo pintan. Un día nos leyó en el Acuerdo de Ministros un decreto poniendo a precio la cabeza de López Jordán, y como alguno le observase que le parecía *una barbaridad,* y los otros guardasen silencio, hizo pedazos el Decreto exclamando: *Esto se arregla así.*

Otro día nos hizo llamar a acuerdo de Ministros para preguntarnos si podría ocupar un vaporcito del Estado durante su permanencia en la Isla

de Carapachay, y yo le dije volviendo a tomar mi sombrero así que le hube escuchado: no vale la pena señor Presidente de sacar a un Ministro que está trabajando en su despacho, para consultarle estas nimiedades. Bueno exclamó Sarmiento, si usted piensa así, hace bien de retirarse.

A pesar de la sorna con que cuentan esto Tejedor y Alcorta, yo creo que la actitud presidencial de Sarmiento fué soberbia y original.

Alcorta contestó las notas, que fueron firmadas por el Gobernador sin una sola observación, y que restablecieron la doctrina constitucional y federal sobre organización de las milicias, y destacaron los servicios nacionales del glorioso Guardia Provincial de Buenos Aires, todo lo cual Sarmiento se había llevado por delante en su embestida de toro de la polémica.

Había en las notas de Alcorta una observación irónica, sosteniendo que si alguien tendría que desalojar el Cuartel del Retiro, no sería el Guardia Provincial que estaba en su casa, sino el Cuerpo de Artillería, que no lo estaba, pues nadie puede hacer suya una casa por el hecho de habitarla.

Este conflicto se eliminó, saliéndose el Guardia Provincial una noche para ir a defender la entrada de las armas la Boca del Riachuelo por una perforación en la barranca, mandada hacer por el Coronel Garmendia como estratajema de veterano para evitatr un conflicto inútil ya que no estaba autorizado

y realizar su objetivo militar, dejando a la artillería estática y con la mecha encendida.

Después Garmendia le observó al Gobernador que no habría habido necesidad de todo esto porque se podían haber introducido las armas por el Samborombón como se habían introducido otras. Tejedor contestó ríjidamente: —Yo he ejercido en esto mi facultad de gobierno conforme al Derecho público argentino y soy legalista.

Efectivamente lo era, por lo cual no pudo ser revolucionario.

He titulado este artículo Los Alcorta, porque como he recapitulado ellos sirvieron en familia a la patria grande y a la patria chica. Y vale la pena de hacer la foja de servicios de estos ciudadanos consulares, porque los pueblos nuevos, criadores de hombres, deben tratar de fijar las altas calidades, únicas que justifican la raza en la democracia.

DR. LEANDRO N. ALEM

El personalismo es un producto natural del número y de la democracia, porque el grupo humano cuando se amontona necesita para ver mirar hacia arriba.

Entonces surge la tribuna en la calle, en el barrio y en el foro, improvisada sobre la mesa de la esquina, sobre el umbral del atrio o sobre la pequeña azotea de la casa parroquial; y se levanta ante la multitud, pálido, vehemente, broncíneo, con largas barbas y lacias guedejas que de cuando en cuando sacude hacia arriba descubriendo la alta frente, el "Tribuno del Pueblo", de palabra sencilla, sincera y desgreñada, que en el libro no calienta ni convence y en la asamblea vibra, arde y conduce.

Un solo personalismo es malo porque es la unanimidad y la autocracia, y varios personalismos son buenos porque son la disidencia y la libertad; y así pudiera decirse del personalismo que es malo cuando es poco.

La virtualidad del viejo partido Autonomista fué tener dentro de sí varios personalismos, que alrededor del personalismo demócrata de Alsina, y frente al personalismo consular de Mitre, iniciaron el ciclo aún no repetido de nuestra democracia orgánica.

Leandro N. Alem fué uno de los insignes capitanes del partido Autonomista, en cuyas filas numerosas nos criamos y luchamos la mayoría de los hombres de las generaciones que actuaron después de la organización nacional.

Esto explica mi antigua simpatía por la figura de este Tribuno y los episodios que brevemente contaré, a manera de fragmentos de nuestra historia contemporánea y recóndita, como el obrero que bolea ladrillos para las construcciones monumentales de la Cosmópolis enorme.

*
* *

Empezaré por un recibo que exhumo fresquito de mi archivo de hace treinta y siete años, colorido por la pátina ebúrnea del tiempo, y que para cerciorarme yo mismo de la autenticidad de la letra y la firma le he mostrado el otro día a un alto magistrado, muy alto, que las reconoció en cuanto lo miró.

El recibo tiene fecha de Diciembre de 1887, y es

por la cantidad de dos mil pesos de honorarios que su firmante el doctor Alem devengó en la parte que a mí me interesaba de una valiosa testamen-

Dr. D. LEANDRO N. ALEM.

taría, cuyo expediente está en el archivo de los Tribunales; y prueba que a fines de 1887, dos años antes de asumir el gobierno de Buenos Aires yo recibía peso sobre peso una fortuna.

Así este papelito constata que entré rico al gobierno, y cómo sin haber hecho nunca vida disipada salí pobre, mi rendición de cuentas está hecha, con la difícil facilidad de las que no dejan saldo, y sin necesidad de contadores, como los necesitarían para rendirlas los que entran pobres al gobierno y salen ricos.

Por aquella afinidad autonomista y "pre-radical" con el doctor Alem, yo en la crisis de mi gobierno en 1893, lo mandé invitar por medio de nuestros comunes amigos doctor Don Miguel Goyena y Don Marcos Paz, a derrocar la presidencia del Dr. Don Luis Sáenz Peña, cuando ésta atropellaba el fuero de Buenos Aires y subvertía la Constitución trocándose de gobierno presidencial en gobierno de gabinete.

Si el doctor Alem hubiera podido aceptar la invitación como íntimamente lo deseaba, la hora del gobierno radical habría sonado 23 años antes en el reloj del tiempo, y se hubiera investido en la persona misma del fundador.

Por eso también en la Cámara Nacional en la sesión del día 13 de Diciembre de 1911, en pleno eclipse radical, bajo el puño estrangulante de ese Luis Onceno que se llamó Figueroa Alcorta, yo hice en cuatro palabras la apología de Leandro Alem, sosteniendo la prórroga de la pensión de la señorita Doña Tomasa Alem, quien había agotado su pa-

trimonio para ayudar a los buenos soldados radicales.

*
* *

La Unión Cívica del 90, fué un movimiento de juventud, al que Alem se incorporó, según su frase de tribuno, como un "joven de barbas blancas".

El joven Don Marcelo de Alvear llevó al Jardín Florida a Don Torcuato, quien habló allí al pueblo como miembro de la Comisión Directiva del Comité de la Juventud.

El joven Pereyra Iraola llevó también al buen Don Leonardo, mi ilustre padrino de confirmación, y el aun joven Doctor Don Lucio Vicente López a Don Vicente Fidel, el gran historiador y orador cuyo acento de tribuno clásico resonó por última vez en la inmensa asamblea, después de haber debutado en las históricas sesiones de Junio.

La juventud iba así a la revolución con sus tradiciones y con sus dioses lares, y seguía esas altas palabras como si según la elegante frase de Lucio López, en su elogio fúnebre de Don Juan María Gutiérrez, convirtiera como éste "en polvo de oro el polvo secular de los archivos argentinos".

El Comité de la Juventud estaba presidido por el joven Dr. Don Francisco Barroetaveña, quien a los años, en 1922, me ha hecho el honor singular de

escribirme sin conocerme personalmente, ofreciéndome su valiosa amistad que retribuyo sin restricción.

*
* *

Después de consumada su obra, Leandro Alem se abrió por su propia mano la puerta de bronce de la eternidad, y hoy muchos radicales remontan las corrientes ensanchadas y revueltas por el paso de las Legiones, buscando las vertientes del manantial, para orientar la anhelante caravana hacia los lejanos mirajes del ideal adolescente.

Los que quedan van anualmente hasta el monumento de Alem en el pálido día de los muertos, como los que quedamos iremos el 28 de Diciembre hasta el de Adolfo Alsina, a repetir este voto imperecedero que se agranda en los tiempos como la sombra de la tarde:

¡Descansa en paz, turbulento espíritu!

Dr. D. EDUARDO ARANA

Aunque no usa el *de*, es nieto del doctor D. Felipe de Arana y Andonaegui, y tiene como físico su figura alta y noble, y como ciudadano, su probidad y su inteligencia, en el ambiente más sereno y propicio que mejores tiempos le han deparado.

Como el antepasado, nunca cambió su línea ni su fe política en la buena ni en la mala fortuna, ni nunca se complicó en ningún procedimiento tortuoso, de irregularidad ni de traición.

Así, su abuelo D. Felipe, pudo ser llamado como testigo en la causa criminal contra Rosas, y su palabra honrada fué tenida por verdad en el pueblo argentino, sin que nadie fuera osado a acusarle de inconsecuencia ni defección.

Tal como el viejito don José María Roxas y Patrón, es jefe de la secretaría de Rosas y cuya leal amistad acompañó a éste hasta el destierro, donde le llegara al ex tirano la modesta dádiva del escaso bolsillo de su antiguo secretario.

Así la honorabilidad y la consecuencia brillan con luz propia como virtudes antiguas, demostrando que no se ha actuado por interés sino por convicción, en el régimen como en la causa; aún después que éstos llegan a confundirse un solo montón, para formarse enseguida nuevos grupos y montones, en la brega incesante que es acaso también el método de selección de las especies y de la inquieta prole de Adán.

Eduardo Arana, cursó todos sus años de preparatorios y de derecho, en la Universidad de Buenos Aires, sin llegar a diplomarse de abogado por tener que ir a hacerse cargo de la administración de intereses de familia en su Estancia del Tandil, Provincia de Buenos Aires, donde empezó desde entonces a destacarse su figura prestigiosa de gran señor territorial.

Allí también fué amigo y frecuente comensal del conocido vecino D. Octavio Brivio, y en las sobremesas de los suculentos almuerzos, tuvo muchas veces sobre sus rodillas al niño Juancito Brivio, a quien le llama todavía con ese diminutivo de su nombre, y que es hoy el contador general de "La Nación", maestro en derecho administrativo, como lo acreditan sus dictámenes sabios y honrados, y que ha pasado por la prueba del fuego, sin quemarse, como el amianto.

Igual que su ilustre antepasado, Eduardo nunca se encerró en el egoismo de su posición personal pa-

ra excusar su concurso a la acción política. A los quince años formó parte con Marcelino Ugarte, Roque Sáenz Peña, Lucio V. López, Belisario Montero, Enrique Sánchez, Alberto Navarro Vio-

Dr. D. EDUARDO ARANA.

la, Salvador Socas, Santiago Duhalde y otros, del Comité Político de la Juventud que sostuvo la candidatura del inolvidable Adolfo Alsina; y que la abnegación patriótica de éste convirtió para el país, en la gran presidencia de Avellaneda, de quien

fué Alsina el Ministro de guerra; en cuya cumbre murió de muerte prematura, cara al sol, y con los ojos puestos en la conquista del Desierto, al que penetraban en ese momento las lejanas divisiones, y que pudo consumar con mejor fortuna, su feliz sucesor en el Ministerio de la Guerra.

A los 16 años, Eduardo Arana hizo la campaña contra la revolución del 74, de sargento 1º, en el batallón de Julián Martínez, donde se destacaba desde lejos no sólo como un granadero, sino como un eucaliptus.

Después, en el largo reinado del Partido Autonomista, ha sido Gobernador de Buenos Aires, Diputado al Congreso y Ministro de Obras Públicas de Ugarte, en su segundo gobierno, siempre con la sencillez, probidad y distinción de su idiosincrasia moderna y de su estirpe antigua.

Cayó junto con Ugarte, en un envión de la Intervención Ejecutiva de 1916, la cual no se apercibía que estaba tejiendo un cáñamo para muchos.

Aquellos últimos gobernantes del régimen, administraron la provincia de Buenos Aires con un presupuesto anual de sesenta millones de pesos moneda nacional, comprendido el presupuesto escolar, y al salir en Abril de 1916, dejaron en caja siete millones y medio.

De ahí empiezan las cuentas del Gran Capitán, y sin duda los mejores gobiernos deben ser los más caros.

JUAN JOSE ATENCIO

Fué nombrado por el Gobierno de Buenos Aires de 1890-93, telegrafista de policía, siendo Jefe de esta Institución, D. Carlos Costa, designado con profundo acierto para el alto cargo por el Gobierno anterior, y declinado por el insigne Jefe, así que su hermano lo asumió.

Atencio se distinguió allí ya, siendo apenas un adolescente, por escepcionales calidades de labor y sagacidad, de decisión y consecuencia, en momentos difíciles y tormentosos, en que era necesario auscultar todo a la vez, la política centralista que asestaba sus tiros desde el Ministerio de la Guerra de la Nación, los movimientos de la revolución que se venía bajo su escudo seguro, las tendencias encontradas que ya se acentuaban en el partido revolucionario, la táctica política, a veces maquiavélica de los grandes capitanes del partido Autonomista, y las palpitaciones íntimas del Ejército que se sentían bajo la rigidez del uniforme en corazones de soldado

ciudadanos, como Alberto Capdevila, Enrique Godoy, Rudecindo Roca, Pancho Bosch y algunos otros.

Había que leer entre las líneas de los telegramas y tomar de oído lo que decían y lo que callaban las trepidaciones del alma de la inmensa Metrópoli embravecida.

D. JUAN J. ATENCIO.

A esa tarea, turnándose por cuartos insomnes de doce horas cada uno, en las veinticuatro de aquellos días sin descanso, prendidos al único hilo telegráfico no intervenido que quedaba en una Institu-

ción de la Provincia, respondieron dos niños abnegados y valerosos como el tambor de Tacuarí, Juan José Atencio y Apolinario Del Río.

Váyales al uno en la eternidad y al otro en la vejez con pobreza que es lo mismo, este recuerdo de su anciano ex-Gobernador, a quien fueron consecuentes antes y después, y entonces abatido por los palos de los Yangüeses, como el siempre maltrecho D. Quijote.

Acaso bajo esta presión centralista, tan injusta para él que la veía desde adentro, se incubó en la fibra espiritual de Juan José Atencio su rebelión autonomista, que lo hizo adoptar la divisa del Provincialismo como su profesión de fe de periodista y de parlamentario, a la manera de aquel caballero normando que llevó a los campos de batalla, colgado de su escudo, el pequeño guante de la castellana que quedaba en su castillo medioeval.

Con esa enseña que nadie ha llevado con más talento, valor y lealtad, escaló las arduas fortalezas de la prensa, asumiendo la redacción de "El Día", el diario de mayor circulación en la Provincia de Buenos Aires, y con esa enseña cruzó sin miedo y sin reproche la revuelta arena parlamentaria, donde pudo encontrarse otra vez, siempre en las mismas filas y en la misma línea con aquel su asendereado gobernador del 90, que había renacido de sus cenizas y remontaba la áspera cuesta, acabalgando siempre en las nubes.

En esa escena, Atencio fué sorprendido por la pálida muerte, cayendo "en la cumbre y bajo la luz plena", como aquel jefe de hombres libres que se llamó Adolfo Alsina, que él no había alcanzado a conocer, pero cuya doctrina eterna inspiró su ánimo esforzado.

Atencio era un tipo de luchador japonés, pequeño y pálido, apacible y tenáz, inteligente y sobrio.

DON BECCAR

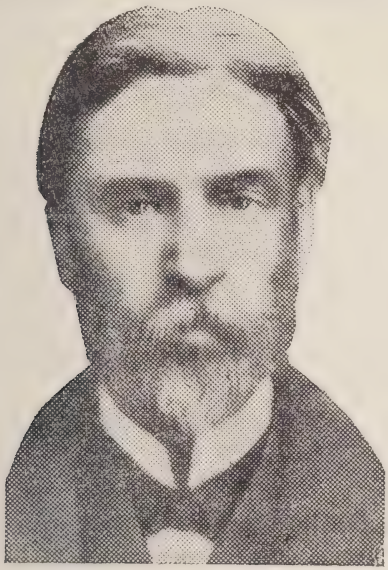
El Foro de la Metrópoli Colonial y Capital de la Provincia de Buenos Aires, en el ciclo de 1865-75, era limitado en número y así más fácilmente eximio en calidad. Según mi recuerdo, en el que pueden haber muchas omisiones involuntarias, lo formaban los siguientes Doctores y Abogados: Carlos Tejedor, Manuel Quintana, Rufino y Francisco Elizalde, Exequiel Pereira, Miguel Navarro Viola, Lorenzo Torres, Pablo y Jacinto Cárdenas, Miguel y Sixto Villegas, Valentín Alsina, Nicolás Avellaneda, Cosme Beccar, Antonio Malaver, Aurelio y Pedro Palacios, Sabiniano Kier, Victorino de la Plaza, José A. Ocantos, Dalmacio Vélez Sársfield, Miguel Esteves Seguí, Bernardo de Irigoyen, Juan Carlos Gómez, Manuel Obarrio, José María Moreno, Federico Pinedo, etc., y en los Departamentos Judiciales del Norte, Oeste y Sur: Agustín Justo, Benguria, Gregorio Gallegos y otros así. Los Tezanos Pinto, Rocha, D'Amico, Carlos Keen, Leandro Alem, Del Valle, Demaría, Eugenio Cambaceres,

Pellegrini, los Lagos, eran relativamente jóvenes o estaban en la guerra del Paraguay, que duró seis años; comprendido el ciclo tribunicio de tres meses pronosticado por D. Bartolo, quien no contó con las pestes incubadas por el tórrido clima, ni con la preparación militar que en el aislamiento de la selva profunda había fraguado secretamente el siniestro Dictador, para optar al Imperio Sudamericano; imitación del Imperio Napoleónico que traía en la retina, y cuya debácle debía reproducir también en esta parte del mundo.

Pepe Bustillos, que alcanzó las postrimerías de la guerra, como hemos tenido la indiscreción de revelarlo a los admiradores de esa eterna primavera, recién llegaba e ingresaba como socio en el estudio del Dr. Plaza, donde constituía el elemento peligroso de la brava yunta profesional. Yo era estudiante de preparatorios, acaso el más chico de la Universidad, con José A. Capdevila, Epifanio Portela y otros precoces impúberes y trabajaba como escribiente en el estudio del Dr. Sabiniano Kier, el notable abogado y jurisconsulto; y más tarde, cuando dejó la profesión, porque entonces no se acostumbraba comer a dos carrillos, Camarista y Ministro de la Corte Suprema de la Provincia, y por último Procurador General de la Nación, cuyas vistas magistrales y breves son síntesis de sabiduría y experiencia profesional.

El Dr. D. Sabiniano Kier, ya comprometido

para casarse, hizo una breve excursión al viejo mundo antes de dejar su vida de soltero o solterón; viajó el Continente Europeo, la morisca Hispania, la Germania y la Italia, admirando en los Castillos grises y en los arabescos sutiles, el pasado de sus



Dr. D. COSME BECCAR.

vastas lecturas y coleccionando cuadros en los Museos, siendo el mismo un pintor distinguido; viaje exclusivamente de estudio y de expansión espiritual, porque el buen señor, ya flechado por el alado Dios, nunca fué tampoco dado a la galantería.

El Dr. Kier durante su breve viaje, sin duda con afecto fraternal para que yo tuviera siempre una vida ejemplar delante de los ojos, de lo cual siempre algo puede quedar, aunque sea para remedio, me dejó hasta su vuelta en el estudio de su amigo y compañero, el Dr. D. Cosme Beccar.

*
* *

Don Béccar, como le decían cariñosamente todos los suyos, el Don por los respetos y el Béccar, así acentuado, por el orígen sajón del apellido, del que proviene acaso la estatura que es rasgo de familia, era un señor de alta talla y noble apostura, de rostro pálido y breve barba entera, figura un tanto romántica e imponente, desde luego por su irradiación de austera bondad.

Nació D. Cosme en Buenos Aires el 15 de Agosto de 1837, en la vieja casa, calle San Martín entre Lavalle y Tucumán, y se doctoró en nuestra Universidad a los veintiún años. Actuó como oficial en el batallón del comandante D. Juan Cobo, en la batalla de Pavón y como capitán ayudante del Coronel Arena, que mandaba las fuerzas de Buenos Aires en el combate de Martín García, contra las de Urquiza. Fué diputado a la legislatura de Buenos Aires en 1862|68; Asesor letrado del Gobierno de esa Provincia, y Auditor General de Guerra y Marina, nombrado por el General Mitre el 13 de Oc-

tubre de 1862, cargo que desempeñó hasta su muerte, el 14 de Junio de 1890.

*
* *

En Julio 29 de 1883, el Sr. Sarmiento escribía su primer editorial en el viejo Nacional, destacando con elocuente entusiasmo, la figura del ciudadano Dr. D. Cosme Beccar, quien presidía el Consejo Escolar de S. Isidro, y presentaba por vez primera en la historia educacional del mundo, el caso de un distrito escolar en que todos los niños en edad de educarse asistían a las escuelas. Y el viejo educador aplaudía a dos manos, viendo realizada en miniatura su grande empresa contra la barbarie, en aquella villa Colonial de la antigua Buenos Aires. El Dr. Beccar en esa oportunidad, en su nota al Consejo General de la Provincia, fecha 23 de Junio de 1883, estableciendo el hecho tan aplaudido por Sarmiento, manifestaba lo siguiente: no hay un solo niño en este pueblo, de los obligados por la Ley, que no reciba la educación correspondiente. Y la comunicación consigna el siguiente párrafo: He interrumpido esta nota por una madre afligida, que ha entrado a pedirme por su hijo, llevado a la Polivía. Va con él libre, comprometida a no dejar de mandarlo, pues hay orden de no permitir niño alguno en las calles durante las horas de la escuela. Sólo así, y ayudado por muchos, se ha logrado que

todos asistan a ella. El viejo Sarmiento aplaudía una vez más, la actuación de aquella fuerza al servicio de la idea.

Cuando el Inspector Bergalli fué a S. Isidro, mandado por el Consejo General a verificar el hecho asombroso, al llegar en sulky con D. Cosme a verificarlo, a una escuela apartada en los estremos del Distrito, vieron una polvareda a la distancia, y a poco a un paisano que venía a la carrera tendida de su parejero montado en pelo para avisar que su hijo no podía venir por estar enfermo; y quería llegar y llegó antes que el Presidente del Consejo Escolar, a quien había divisado en el sulky; invitándolos de paso a almorzar en su rancho un churrasco al asador, y descansar bajo el ombú, porque el día avanzaba y calentaba el sol; invitación a que concurrieron de buena gana, después de verificar que en la lejana escuela no faltaba ninguno de sus pequeños conscriptos, lo que ya se notaba antes de llegar, por el número de petizos criollos atados al palenque, enjaezados con cueros de carnero como para dos o tres ginetes por petizo. El inspector Bergalli volvió exultado, como el triunfador que fué, vió y venció, y el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, previo informe de su Consejo General de Educación, acordó por primera vez en nuestra historia educacional, al distrito escolar del tradicional S. Isidro un honroso premio de cinco mil pesos m|n., por el hecho que la literatura vigente llama-

ría *insólito*, y en realidad fué el único, de no tener en su vecindario un solo niño que no concurriera a la escuela, y de haber suprimido en su pequeña sociedad el malhadado analfabetismo. Con el importe del premio se adquirió un espacioso terreno en la barranca y con él de éste valorizado, se edificó una hermosa escuela.

El Presidente de aquel benemérito Consejo Escolar era el ciudadano Dr. D. Cosme Beccar, y Vocales los ciudadanos Federico de las Carreras, Carlos S. Vernet, Francisco Marquez y Juan José Díaz.

El Dr. Beccar, siendo Asesor o Fiscal del Gobierno de Buenos Aires, se opuso en su dictamen a la ubicación de la Estación Central del entonces ferrocarril del Norte, sosteniendo que el futuro reclamaba la construcción de una gran estación central más afuera, para que allí llegaran todos los ferrocarriles de la Nación; lo que demostraba la previsión del estadista.

En la Legislatura habló elocuentemente y votó en contra de la Capital en Buenos Aires, incorporándose desde entonces al partido autonomista, que nacía armado desde la cuna. El Dr. Beccar se destacaba como parlamentario, aunque restringido por una deficiencia de expresión casi imperceptible, algo más acentuada en los momentos de vehemencia, frecuentes en su temperamento sincero y entusiasta.

En su estudio, situado en el primer piso de la casa esquina de Victoria y Perú, conocí a todos los

Varela, grandes y chicos, cuerdos y a-cuerdos, que entonces editaban la difundida "Tribuna"; y a los personajes más destacados de la hora final de la presidencia del General Mitre e inicial de la de Sarmiento, que en ese estudio tuvo un foco activo de elaboración.

Allí concurría casi diariamente el Dr. José María Moreno, el maestro de Derecho Civil, a arreglar pleitos valiosos con este otro maestro profesional, que buscaba siempre abreviarlos, y cuyos escritos que me dictaba rápidos y breves, eran límpidos como su espíritu, y para los Jueces fundamento de sentencia.

Entonces los abogados eran cortos de pluma y largos de autoridad, pleiteaban poco, transaban mucho, y su remuneración módica y respetuosamente pagada, se llamaba por eso honorario. Los Jueces casi no regulaban, porque los clientes pleferían pagar sin regulación y personalmente, y era frecuente encontrar el tipo del abogado Romano que se presentaba en el Foro rodeado de vasta clientela, de mucha razón y poco dinero; y no se conocía si no por excepción el abogado coheredero, o infiel curador de los incapaces.

*
* *

Así la oficina de papel sellado era la menos productiva de la administración, pero con eso y todo,

los estudios de ese tiempo como los que he recordado y los otros, hacían la fortuna de esos abogados, porque en aquellos pocos estudios se debatían todas las controversias de derechos e intereses, y radicaban todas las testamentarías de los acaudalados estancieros y propietarios.

Los abogados ganaban la plata que querían y los clientes que tenían razón salvaban íntegra la propia: como actividad y difusión profesional un Abogado de entonces valía por veinte de hoy, siendo por ello ese oficio el más preciado, al propio tiempo que un título consular, que ahora todos gustan tener hasta sin diploma.

*
* *

En el estudio entraban y salían diariamente las personalidades más destacadas de su tiempo y con los S. Vernet, Francisco Marquez y Juan José Díaz.

El Dr. Beccar, siendo Asesor o Fiscal del Gobierno de Buenos Aires, se opuso en su dictamen a la ubicación de la Estación Central del entonces ferrocarril del Norte, sosteniendo que el futuro reclamaba la construcción de una gran estación central más afuera, para que allí llegaran todos los ferrocarriles de la Nación; lo que demostraba la previsión del estadista.

En la Legislatura habló elocuentemente y votó en contra de la Capital en Buenos Aires, incorporán-

dose desde entonces al partido autonomista, que nacía armado desde la cuna. El Dr. Beccar se destacaba como parlamentario, aunque restringido por una deficiencia de expresión casi imperceptible, algo más acentuada en los momentos de vehemencia, frecuentes en su temperamento sincero y entusiasta.

En su estudio, situado en el primer piso de la casa esquina de Victoria y Perú, conocí a todos los Varela, grandes y chicos, cuerdos y a-cuerdos, que entonces editaban la difundida "Tribuna"á y a los personajes más destacados de la hora final de la presidencia del General Mitre e inicial de la de Sarmiento, que en ese estudio tuvo un foco activo de elaboración.

Allí concurría casi diariamente el Dr. José María Moreno, el maestro de Derecho Civil, a arreglar pleitos valiosos con este otro maestro profesional, que buscaba siempre abreviarlos, y cuyos escritos que me dictaba rápidos y breves, eran límpidos cotoda seguridad las de más alta estatura. Allí conocí al bueno y honorable D. Miguel Beccar, quien, según decían los hiperbólicos mitristas, encendía el cigarro, estirando el brazo, en los faroles de gas de la calle.

Allí conocí también al Coronel D. Rufino Guido, veterano más recio que su hermano el ilustre General, de nívea pera blanca y andar ágil y erguido en su alta ancianidad: cuando le hacían referencia al contraste de su abundante cabello y sus escasos

dientes, contestaba ufano: Canas y dientes, son accidentes. Arrugas y arrastrar los pies, eso es vejez! Y salía triunfante de la pálida muerte como en la gran guerra.

*
* *

San Isidro era el descanso dominical y de vacaciones de aquel ilustre obrero que fué D. Cosme Beccar, quien fundó allí su quinta ideal sobre la barranca del ar Argentino — no, ya que los Porteños, siempre voraces, tienen un mar dulce para su uso personal. ¿No será por eso que son tan dormilones, bajo la influencia de la brisa sedante? Paradojas éstas de un esjéritu en libertad, como un corcel ex de carrera, o como el vago viento.

Hay una Estación más allá de San Isidro, que se llama *Cosme Beccar*, y pudiera llamarse Don Béccar, como fué el sobrenombre de familia del ilustre ciudadano a quien conmemora.

En las exequias de D. Cosme se agrupó el pueblo silencioso, resonaron los tambores y rugieron los cañones de la patria, se plegó a media asta la invicta bandera, y presentaron armas los veteranos al benemérito Argentino, a quien el Gobierno de la Nación rendía honores de General de Brigada.

Y los suyos dicen todavía Don Béccar, como quien nombra a un Santo.

DON JUAN JOSE BIEDMA

Hay que tener una Policía de Ley, de guante blanco, como cuadra a una gran capital, eso es cierto y eso es mucho, y por lo mismo debe tratarse que no sea demasiado.

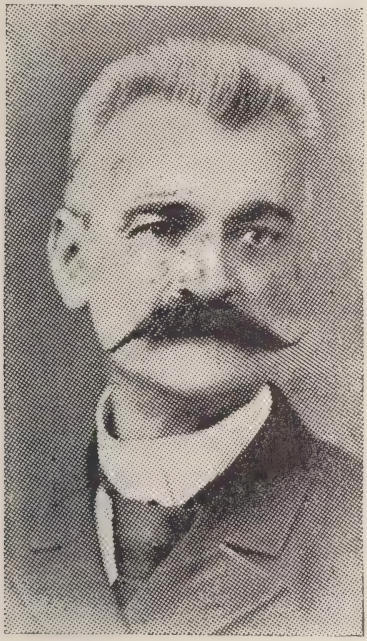
No hay que extremar la nota, porque la vida de un comisario y la del más humilde agente, valen más que la vida del bandido.

No vayamos como los idólatras a ofrecer las de esos honrados e inapreciables soldados del orden, en holocausto a Baal.

Para controlar estas exageraciontes modernistas con la buena tradición según cuida hacerlo siempre la escuela inglesa, sólida constructora, voy a trazar algunos rasgos de la vida de un señor comisario de policía del tiempo de nuestra democracia patricia, y que tiene su modelo clásico en los primeros días de la Comuna de mayo.

*
* *

El ciudadano Don Juan José Biedma era un señor Comisario de la Policía, regida en los buenos



D. JUAN J. BIEDMA.

años del gran partido Autonomista por el ciudadano Don Enrique O'Gorman.

Don Juan José Biedma nació en la Ciudad de

Buenos Aires el 14 de Mayo de 1839, y fué su padre el Coronel Don Nicasio de Biedma, español de origen y bravo soldado de Ituzaingó, según lo acredita la nota autógrafa de su jefe el Coronel Don Félix de Olazábal; la madre fué Doña Martina Monasterio, hija del Coronel de Ingenieros Don Antonio Monasterio, mencionado honrosamente por Mitre en su Historia de Belgrano.

En Enero de 1853 encontramos ya al futuro comisario, a los trece años de edad, con una espada al cinto como abanderado del batallón "Guardia Nacional de Policía", y sus despachos de entonces están firmados por el ilustre Gobernador de Buenos Aires, Don Manuel Guillermo Pinto.

A los seis meses de los combates diarios del sitio grande, el 2 de Julio, el niño soldado recibía un balazo en el hombro derecho en los potreros de Langdon, lo que fué después quinta de Cambaceres en la Avenida Montes de Oca. El mismo día y en el mismo punto fué herido en la frente el General Mitre, y esa honda cicatriz lo acompañó durante su larga vida como una estrella.

El General y el niño se batían por la misma causa o pasión, por la ciudad natal que es como la madre, y así aprendieron y enseñaron a ser argentinos, ya que el sentimiento nacional no es sino la expansión del sentimiento de familia, de barrio, de ciudad y de provincia.

Así se forma también el sentimiento autonomis-

ta y federal que después la gran Constitución no hace sino codificar, ya que nunca pudiera arrancarlo del alma ciudadana.

Desde entonces Biedma estuvo en todos los combates de nuestra lucha interior en la misma línea y en la línea avanzada; concluídas sus campañas y licenciado su cuerpo, volvió a la policía, donde había prestado sus servicios, a prestarlos como Comisario, y aunque un poco joven para el cargo se ve que en aquel ciclo militar le fué discernido como por ascenso sobre varios campos de batalla.

*
* *

En aquellos años, nuestra Buenos Aires era más o menos tal cual lo fué la Buenos Aires colonial de 1812.

Estaba rodeada, como lo describe López, de las quintas del suburbio, formadas por arboledas espesas de durazneros y naranjales con que la población se abastecía de leña, sin hablar de los hinojales y cardales, que con los ceibos y otros arbustos incultos, hacían de todo aquello verdaderos matorrales, donde no se podía penetrar ni orientarse sin tener una baquía y práctica consumada de las entradas, de los senderos y de las salidas de aquel intrincado y vasto laberinto. Estaban todavía en la gran Aldea de 1873 el hueco de los sauces, los cer-

cos de Los Ejercicios, la quinta de Rivadavia, la de los Casares, el Paso de Burgos, el hueco de Cabecitas, el de Doña Ingracia; y los Zanjones del Norte y Sud, que daban curso a los Terceros, y que hasta 1830 fueron escenarios de brujas, viudas, penitentes, y ánimas en pena, que zungados sobre zancos andaban aterrando por allí al pacífico vecindario y a los transeuntes para facilitar sus fechorías.

Para limpiar de bandoleros ese suburbio peligroso, fué designado el joven Comisario Don Juan José Biedma en el Gobierno del Dr. D. Adolfo Alsina, como al principio del Gobierno de Pueyrredón fuera designado Justicia Mayor el Capitán Don José de Alcaraz, el antecesor directo de Biedma en la Historia Argentina.

Y por cierto que éste realizó la tarea a su riesgo y peligro, no siempre con guante blanco, pero siempre con sano e intrépido corazón y cuerpo a cuerpo con los malhechores; durmiendo de día con sus vigilantes como Alcaraz y su partida, y velando y combatiendo en la obscura noche para que los vecinos del Centro pudieran dormir seguros y tranquilos.

De esta lucha de veinte años sacó ocho heridas en el cuerpo y un Decreto de exhoneración del cargo dictado por el Gobierno del Dr. D. Mariano Acosta, en Enero 25 de 1873, fundado en su intervención en la política electoral a favor de la candida-

tura del Dr. Don Adolfo Alsina para Gobernador de Buenos Aires. La intervención electoral era cierta como lo declaró el mismo funcionario exhonerado, pero ateniéndonos como debemos a la unidad legal de la declaración, creemos como él lo dijo, que ella fué a base de acción personal y no de influencia oficial, y así lo acredita también la honrosa nota en que le comunicaba la exhoneración su jefe D. Enrique O'Gorman, que no sabía mentir.

El Gobierno del señor Acosta tenía razón dentro de la ética gubernamental, y el Comisario Biedma la tenía dentro de la ética cívica, ya que no había entonces ley electoral que lo coartara ni prohibición constitucional que restringiera sus derechos de ciudadano.

Se hizo un gran movimiento de opinión pública para su reposición en el cargo, pareciendo que los únicos felices por aquel acto de Gobierno eran los malhechores: y el exhonerado detuvo enérgicamente ese movimiento.

Sus amigos políticos lo eligieron Diputado a la gran Legislatura de entonces y Don Juan José renunció el cargo antes de prestar juramento, manifestando que si podía ser un buen Comisario, no creía poder alcanzar a ser un buen Diputado, modestia ciudadana y desinterés patriótico, que de haber sido imitados habría sido en bien de la tradicional Asamblea.

Para 1880 volvió a la Policía al frente de su an-

tigua sección suburbana, tocándole hacer el primero y el último fusilazo de la defensa. Su hijo Jsé Juan, de quince años de edad, se encontraba en Montevideo y le pidió le permitiera venir a combatir a su lado por la causa de Buenos Aires: Don Juan José le contestó: "—Usted es muy chico para estas andanzas", y el niño le repuso: "—Usted tenía trece años para el sitio grande, y sus hijos debemos seguir su ejemplo." Don Juan José ya no tenía nada que objetar y le escribió: "—Venga amigo".

El 90 Don Juan José Biedma fué de los primeros que se presentaron al Parque en el grupo de los Autonomistas llamados líricos.

El Congreso le votó en sus últimos años una pensión de doscientos pesos, que le ayudó a bien morir el 22 de Septiembre de 1916, dejando a sus hijos la herencia de sus fuertes y sólidas virtudes, como un claro y recto camino a seguir.

*
* *

Yo creo que en la zona limítrofe de la Capital de la Provincia, en las apartadas orillas del antiguo Riachuelo de la Matanza, donde todavía se ven grupos de montes, zanjonesy baldíos como en 1812 y 1873, hacen falta un par de Comisarios, que los ha de haber, como Don Juan José Biedma y Don

José Rafael de Alcaraz, para limpiar esos peligrosos andurriales de los bandoleros que los infestan, y que a veces se vienen cautelosos hasta el centro mismo de la gran capital, refugiándose después como las fieras en el antro del suburbio.

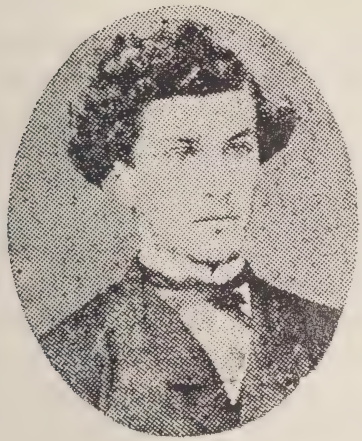
RODOLFO BILBAO LA VIEJA

En aquella generación remota en que el revólver era peligroso para el que lo usaba, el cuchillo era todavía el arma habitual, no ya el facón ni el cuchillo de llevar a la cintura que se hubiera notado debajo del saco, sino el pequeño puñal liviano y ágil de usar en la boca manga del chaleco, y listo a la mano hasta en el vaivén de la danza.

En esa esgrima igualitaria y audaz, en la que un niño intrépido podía repetir la hazaña del David de la Escritura, esgrima más peligrosa que la de la espada, porque ha de hacerse pie contra pie y mano a mano, y para cuyo entrenamiento bastaba la cancha infantil de la vereda como ahora la hacen a nuestro paso los pequeños Firpos de la calle, se habían hecho diestros algunos muchachos de entonces; y contribuían a hacerles la entraña roja, las riñas de gallos, deporte contemporáneo muy en boga y de intenso interés, que todavía cultivan los gentlemen ingleses junto con el box con el cual tiene bárbaras

analogías. Y como la aristocracia y el pueblo español cultivan tradicionalmente el espectáculo cruel y soberbio de los toros, viril y útil según Sarmiento y Pellegrini, que lo gustaron a su paso por España.

Quien sabe no fuera la raza y el dejo de la capa y la espada sustituido por la navaja sevillana de la cual el pequeño cuchillo en el chaleco no es sino



D. RODOLFO BILBAO LA VIEJA

un eficaz derivado, lo que transformara de pacífico en bravío y produjera ese interesante exponente del culto al coraje que se llamó Rodolfo Bilbao la Vieja; de quien hago memoria tratando de bosquejar la prehistoria de mi generación como testigo de presente.

*
* *

Conocí a Rodolfo Bilbao en nuestra antigua Universidad de la calle Perú, en el primer año de preparatorios que cursábamos juntos aun cuando yo era menor uno o dos años, que ahora no vale la pena de regatear y andar a esta edad con pijoterías.

Rodolfo era un chico alto, esbelto, de nariz aguileña y grandes ojos verdes, de tez morena, como dorada de raza por el aire y el sol del alto Pirineo, de donde era oriunda su antigua familia patricia y colonial, con solar en la Vizcaya desde 1680.

Este chico era bondadoso y pacífico, inteligente y bueno, y nos vinculamos en estrecha amistad de adolescentes, aunque nos veíamos rara vez en la clase de latín del viejo y sabio Don Juan Mariano Larsen, donde poco matinales solíamos aparecer a última hora, la hora del pan francés y de la armonía presocialista de los pupitres; a mediados de ese año desapareció Rodolfo de la clase y volví a encontrarlo en la circunstancia siguiente:

Una noche que regresábamos con Manuel Gascón, Benito Lynch, León Uzal, Cosme Argerich, Enrique Mármol y varios otros de una más o menos distinguida reunión social en el sur suburbano, al llegar a Perú e Independencia, en la abrupta ve-

reda de la confitería nocturnal de la esquina, vimos un tumulto hacia el cual corrimos.

En ese momento salía por una de las dos puertas que daban a las dos calles un hombre grandote de melena lustrosa pegoteada con el clásico aceite de Macasar, y de fiero bigote, profiriendo denuestros y esgrimiendo un facón de cabo de plata, y por la otra un adolescente en manga de camisa con el saco envolviéndole el brazo izquierdo, y con un pequeño cuchillo en la diestra, cuyo acero brilló a la luz del gas. El joven avanzó veloz hacia el del facón y con la rapidez de un esgrimista marcó un a fondo a la cabeza que sonó como un cohete sobre el cráneo del adversario, quien cayó de espaldas contra la pared, de donde lo levantamos cubierto de sangre y con una herida leve.

Recién tuvimos tiempo de mirar al rápido agresor, que era Rodolfo Bilbao, quien se había detenido ante el caído listo para el avance si se levantaba.

Lo sacamos de allí con Manuel Gascón a quien por ser amigo de su familia y del hermano de su novia, Rodolfo cedía siempre aún en sus peores momentos, y lo llevamos a su casa que quedaba a la media cuadra.

La policía que entonces no tenía la vigilancia actual, no apareció, y el herido se hizo la primera cura en la confitería, con ginebra, sin salir de sus métodos.

Al preguntarle yo a Rodolfo qué agravio tenía con ese individuo, me contestó que ninguno, que éste se había venido desde Barracas a pelearlo, porque le habían dicho que este chico de San Telmo era bueno para el cuchillo, y que le había dado de hacha para no darle de punta.

Afiliado por tradición de familia al partido Mitrista, Rodolfo Bilbao era ya núcleo de la resistencia de hecho en el atrio de su parroquia frente a los bravos caudillos alsinistas.

*
* *

En la noche trágica de su vida fué a caer en duelo mortal en un epílogo del culto al coraje.

Allí quedó herido y abandonado en las toscas de la playa, y murió en la alta noche, no de la herida que no era necesariamente mortal, sino de la prolongada hemorragia.

Sólo se oía el rumor del viento y de las olas y el graznido de algún cuervo insomne que ambulaba. No había allí ánima viviente ni ser humano que aplicara entre el corazón y la herida aunque fuera su propio cinturón, o hiciera compresión insistente con el pulgar y los otros dedos en los sitios donde se siente latir las arterias, para interrumpir la corriente de la sangre y dar tiempo al coágulo obturador.

Puede reconstruirse fácilmente el proceso patológico y psicológico de esa agonía; el herido empalidecía, su pulso disminuía, sus extremidades se helaban, y venía ya el desfallecimiento y el síncope.

El agudo dolor suscitaba el estado febril y las alucinaciones extrañas; era el delirio de las negaciones y le parecía que no tenía corazón, que no tenía pulmones, que no tenía cerebro, que no era ya el mismo ser el pobre abandonado; o era el delirio de las persecuciones y oía voces que le hablaban al oído y lo insultaban desde la sombra, provocando su impulso combativo. Soñaba el mísero joven que galopaba en la playa del patrio río al lado de su novia, que los palafrenes juntaban las crines relucientes en la triunfal carrera, y él aproximaba el rostro al de su amada aspirando el perfume inebriante; soñaba que era chiquito y su santa madre lo hacía rezar hincado a la cabecera de la cama frente al Cristo de bronce, y repetía una vez más el Credo anhelante en la hora postrera; veía brillar una estrella en el cielo obscuro, y la madre la asía para dársela, en ese sublime amor que llora junto con el niño mimado cuando no puede darle las estrellas.

Después vió una figura lívida y desmelenada que llegaba sobre él al raudo galope de un caballo negro. Era la muerte que se venía y la miró cara a cara, oprimiendo en la diestra su pequeño y fiel acero. Con ese último gesto, murió.

*
* *

Rodolfo Bilbao la Vieja, nacido en Buenos Aires en 1852, fué un representante del culto al coraje, esa virtud antigua y nacional que brilló en la Reconquista, en la Independencia y en la gesta homérica del Paraguay, que luchó en los partidos, en los atrios y en los campos de batalla, que hizo el gobierno y las revoluciones, y a golpes y contra golpes ese todo integral que es la patria, el grande amor del ciudadano, que resiste a la nieve de los años.

Todo eso fué, con los defectos de sus calidades, el culto al coraje que se va perdiendo, o que hay que conservarlo en los pueblos de tradición y de leyenda.

Por eso he destacado la figura distinguida y viril del valiente niño de melenita ondeada y ojos claros, desaparecido apenas adolescente como un devoto precoz de aquel culto por el cual rindió la vida: sombra leve de la mañana que se agranda al sol poniente.

Yo pienso que los muchachos viriles de esta generación mirarán con simpatía la figura de este muerto, su antecesor Cyranesco, y sentirán mi propia pena retrospectiva de viejo amigo y condiscípulo, ante su agonía desamparada y sola en la imprudencia fatal del duelo sin testigos.

D. MARIANO BILLINGHURST

Buenos Aires, la Atenas del Plata y la Comuna de Mayo, ha sido en los breves días de su historia, una síntesis de la historia humana y una miniatura del mundo.

Ha sido la ciudad Nación, la ciudad Pueblo en la revolución americana, y en la lucha interior ha dejado fundada con su propio martirio la democracia patricia que ha de resistir a todos los plebiscitos, generadores del sombrío despotismo.

En algunos momentos de la jesta emancipadora, Buenos Aires sustentó sobre sus espaldas todo el peso del mundo sudamericano.

En su natural orgullo, quiso anteponer una muralla infraqueable a las campañas donde creyó que estaba la barbarie, y las campañas irrumpieron y llegaron hasta su antigua plaza Mayor, llamada plaza de la Victoria por haber rendido allí la espada de Inglaterra.

La anarquía creía traer la áspera libertad en la

moharra de sus lanzas, y como siempre trajo la tiranía.

La Atenas del Plata se convirtió en la Roma de los Césares, y tuvo su Nerón que valía por los doce de Suetonio, y la América pudo ver imperando en el recinto sagrado, al César de poncho de Monvoisin.

La comuna de Mayo, retrotraída al virreinato, mantuvo la dirección de las relaciones exteriores, como la forma preconstitucional del centralismo pasado, y a pesar suyo dejó vivir a las provincias, bien o mal, como embriones del federalismo futuro.

Este fué el localismo de verdad y el federalismo de fórmula en el primario espíritu de Rosas, algo como una hidra de catorce cabezas que debía devorarse a sí misma.

Y en ese organismo de tribu, un caudillo de la Santa Federación con envergadura de Gran Capitan. hizo Caseros, que es la libertad y la civilización, traida hacia la selva entrerriana sobre la barbarie, acorralada por fin como un jaguar de la pampa, en el recinto de la metrópoli.

Y apenas se sintió el rugido del tigre de Montiel, la ciudad prenacional se alzó de nuevo, y de nuevo quiso ser el Estado y la República y la aristocracia dentro de la Nación.

Y se encerró otra vez dentro de su recinto y erizó de cañones su muralla, y tuvo sus héroes militares, políticos y civiles para hacer la última jornada del

liberalismo centralista; que al terminar su evolución legó como un fruto inesperado de su entraña el liberalismo autonomista, fórmula definitiva de la organización nacional.

El héroe militar y consular de la ciudad República fué don Bartolo, parecido a Pompeyo, y el héroe democrático Adolfo Alsina, parecido a Caio Graco.

Sus paladines fueron Emilio Conesa y Miguel Martínez de Hoz, y sus tribunos Juan Chassaing y Leandro Alem, "j'en passe, et des meilleurs".

Sus campeones civiles fueron varios, a los que yo he llamado "Los Trabajadores", y uno de los más destacados es el ciudadano cuyo nombre encabeza este artículo.

*
* *

Don Daniel Mariano Billinghurst fué el hijo primogénito de don Roberto Billinghurst y de doña Francisca Agrelo, hermana del destacado patriota doctor don Pedro José Agrelo.

Don Roberto Billinghurst, natural de Inglaterra, segundón de antigua familia británica venido al país de 39 años, después de las invasiones inglesas, abandonó sus intereses y su comercio atraído por nuestra revolución de independencia, incorpo-

rándose al ejército argentino de la Banda Oriental como ayudante mayor de artillería.

Asistió a Las Piedras, al asedio de Montevideo y a varios combates, en uno de los cuales fué herido, y en reconocimiento de sus servicios le fué otorgada la primera carta de ciudadanía argentina expedida en el país, firmada por Chiclana, Sarratea y Paso, y refrendada por Rivadavia, secretario del primer triunvirato.

Así se hacían a base de patriotismo los primeros ciudadanos argentinos; y así el primogénito D. Mariano Billinghurst emigró el año 40 por no poder soportar la tiranía, y fueron él y sus dos hermanos Guillermo y Roberto a formar como voluntarios en la defensa de Montevideo, y en las filas del ilustre don Joaquín Madariaga, a la trágica jornada de Vences, donde subió a la cumbre del martirio la indomable Corrientes.

Con la misma abnegación cívica, D. Mariano Billinghurst abandonó sus intereses y tomó las armas en 1852, para defender su ciudad sitiada por fuerzas superiores.

Y con igual desinterés se arruinó en todas sus empresas precursoras en 1874, siendo al propio tiempo que insigne trabajador, presidente del comité revolucionario mitrista, lo cual acaso le pareció incompatible al destino adverso.

Pero más que del ciudadano voy a ocuparme en

este estudio del obrero propulsor y precursor, y así a señalar sus nobles y fecundas empresas.

*
* *

Una fué iniciar y obtener la concesión del ferrocarril de Buenos Aires a Rosario, sin garantía del Estado, porque estaba habituado a bastarse a sí mismo este valeroso trabajador.

Cuando ya la había financiado en Londres su hijo D. Lisandro, y cuando D. Mariano emprendió el viaje para firmar el contrato, se lanzaron otras empresas con la garantía fiscal del 7 o|o, que hicieron fracasar esa iniciativa, realizada después por sindicatos más felices siguiendo el camino trazado por el precursor.

Pero ya la ola del desastre había pasado sobre su cabeza y arruinado sus intereses. Otros recogieron el provecho y la posteridad debe recoger el laurel del iniciador vencido.

Don Mariano Billinghurst inició y realizó el primer tranvía, de Constitución a la plaza de la Recoleta, y sucesivamente los tranvías a Flores y Belgrano, y con ellos los afirmados de esas dos grandes vías de acceso a la antigua metrópoli. Fundó la primera fábrica de paños, gran industria nacional, destinada a prosperar.

Fué el fundador de la primera casa de ventas en

remate de propiedades y animales de raza, labor que le acreció honra y provecho, y de la cual fué empleado y digno sucesor el inolvidable don Adolfo Bullrich, en el mismo local de la calle Alsina, entonces Potosí, número 70.

*
* *

Sus premios fueron:

La ruina de su cuantiosa fortuna, amasada con el trabajo ímprobo e inteligente y perdida en sus grandes empresas, iniciadas y algunas realizadas por él o por los venideros, y todas aprovechadas por otros.

Una medalla de oro por sus servicios y ayuda a los heridos que llegaban del Paraguay, discernida por la Asociación Filantrópica, formada para la circunstancia y presidida por el doctor don Andrés Somellera.

El diploma de socio honorario de la Sociedad Rural, firmado por su presidente, el progresista hacendado, don Emilio Duportal, y discernido por los señalados servicios al país de don Mariano Billinghurst y por su iniciativa de las ventas en remate de ejemplares de raza.

La Cruz de Hierro con que lo condecoró la junta directiva de la Comisión Popular formada en 1871, por auxiliar y enterrar a las víctimas del có-

lera y la fiebre amarilla, cuando tantos huían de la ciudad desolada por la peste.

Esta Comisión Popular, de la cual cinco de sus mienbros murieron en la jornada, estaba compuesta por los siguientes ciudadanos y extranjeros:

José Roque Pérez, Valentín A. Alsina, Mariano Billinghurst, José C. Paz, Manuel G. Argerich, Manuel Quintana, Carlos Paz, Ramón Vallejo, Héctor Varela, Carlos Guido Spano, C. Alberto Ristorini, Eugenio Picard, Angel Fiorini, Félix Ramboloth, P. Rouquaud, A. Casciani, S. B. Danel, J. Aistor, D. Dahier, Florencio Ballesteros, Enrique Gowland, Francisco L. Torres, Matías Behety, Antonio Cigli, D. Almonte, Domingo César, T. Armstrong, B. Mitre y Vedia, León Walls, Manuel Bilbao, Aristóbulo del Valle, E. Ebelot, Daniel Agenti, Pascual Barbati, T. E. P. Dillon, I. Dupont, T. S. Meyans, Ramón Viñas, P. Gowland, A. Larroque, Pablo Ramella, Juan Agenti, Lucio V. Mansilla, Juan Carlos Gómez, Gustavo Mariño, Adolfo Coen, Gustavo Nesler, José M. Lagos, Basilio Cittadini, Francisco Uzal, Emilio Onrubia y Evaristo Carriego.

*
* *

D. Mariano Billingurst vivió sus últimos días en la ciudad de Belgrano, por la que tanto había

hecho; no le quedaba nada de su fortuna, pero nada le faltaba en su modesta ancianidad.

Asociado con su prestigioso nombre a su hijo D. Lisandro que lo reemplazaba en el trabajo diario, pudo edificarse al lado de la de él una casita para vivir, donde los dos viejos eran cuidados como reliquias de altar y como Dioses lares por sus hijos y descendientes hasta la cuarta generación.

Allí murió el señor D. Mariano Billinghurts el día 13 de Junio de 1892, a los 82 años de edad, habiendo nacido en la ciudad de Buenos Aires, el 26 de Noviembre de 1810.

Era un octogenario vigoroso, alto y ágil a pesar de la larga lucha, candidato para longevo a no haberlo sorprendido alevosamente rápida neumonia.

Su entierro fué un duelo público en su ciudad natal, y yo he creído útil dejar trazadas en la letra impresa las líneas de esta vida que es ejemplo y enseñanza para que no se pierdan ni se borren, aún después que los huesos mortales hayan retornado en polvo impalpable a la inmensa Natura.

DON ANTONINO CAMBACERES

Es uno de los trabajadores, digno de la estatua en una de las avenidas de la gran capital de la emancipación y de la civilización Sud Americana.

Esta calificación de Buenos Aires, no es pretensión de hegemonia, ni de predominio, ni vano localismo, puesto que las históricas Provincias, las que salvaron la Independencia, Salta y Tucumán, y la alta Jujuy "donde brilló la espada de Belgrano", la áspera San Juan donde relampagueó Angaco en el horizonte sin luz, La Rioja que salvó el cadáver de Lavalle con su montaña, Catamarca la mártir, Mendoza el pórtico de piedra de la emancipación: Todas, las más lejanas, las últimas que han de ser por tanto las primeras, llamaron a Buenos Aires simplemente, fraternalmente, la Hermana Mayor.

Con este dictado me abrazó en la Estación a mi llegada el Gobernador de Tucuman que era un Padilla, cuando fui allá para el Centenario como enviado del Gobernador de Buenos Aires, Marcelino

Ugarte, a llevar a los de 1816 el abrazo de los de 1810.

In hoc signo vinces, diría el oráculo del proximo futuro, que hace señas indescifrables a mi espalda, porque como los oráculos habla por signos para que todos entiendan menos los duros de entendederas.

Cada uno apronte su mejor tropilla y sus mejores pilchas para caer a la campaña final del Provincialismo, como hacían los gauchos de Entre Rios para Caseros.

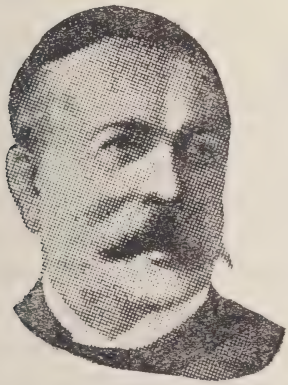
Pero siento que me vuelvo cabalístico, y retorno al tema de mi artículo, tratando de ser claro y sencillo, como Mauricio Paleologue el historiador francés del drama Eslavo, que hablaba así indiferente y con las manos en los bolsillos, porque no le iba nada en la parada, sino apenas la revancha de Sedan. Cada cual en la tierra tiene su Sedan, del que se olvida a veces, pero el futuro que no es sinó el máscara del destino suele acordarse, y entonces es el llanto y el crujir de dientes.

*
* *

Don Antonino Cambaceres inició su intensa labor administrativa en la Presidencia del Ferro Carril del Oeste, al frente de un Directorio nombrado en 1878 por Decreto del Gobernador D. Carlos Casares y sus Ministros Dr. D. Aristóbulo del

Valle y D. Rufino Varela; ese Directorio estaba compuesto de los siguientes ciudadanos: Santiago Alcorta, Dr. Delfin Gallo, Manuel Guerrico, Leonardo Pereira y Emilio J. Pérez, y trabajaban sin sueldo, porque su trabajo no tenía precio. Fíjense que no había más que un doctor, por si acaso, siendo un Directorio esencialmente administrador.

Con ese Presidente y ese Directorio, el Ferro Ca-



D. ANTONINO CAMBACERES.

rril del Oeste hizo lo que no hacen los Ferrocarriles oficiales, prolongar sus líneas, cubrir su presupuesto y dar utilidades. Además hizo otra cosa mejor, hizo ferrocarrileros, como Santiago Brian, Alejandro F. Lértora, Manuel R. Blanch, Ernesto Díaz, Narciso del Valle y los numerosos jefes de estación, a todos los cuales los ingleses se guardaron

muy bien de reemplazar cuando compraron el ferrocarril por sendos millones de libras a fines de 1889; en virtud del gran acto de gobierno, que se los vendió al mejor postor. Acto que impulsó la espansión y prolongación de las líneas, como sólo puede realizarlo el capital privado, levantado por el socialismo moderno que es la Compañía Anónima.

*
* *

Al mismo tiempo que así dirigía el Ferro Carril del Oeste, D. Antonino Cambacéres, presidía la Comisión Directiva de las obras del Puerto del Riachuelo, que se ejecutaban bajo la acción vigorosa, inteligente y escrupulosa de nuestro Lesseps, el ingeniero argentino D. Luis A. Huergo.

La obra se hacía poco a poco, como se realiza el trabajo tenaz y acumulativo de las grandes obras.

Conforme un tramo se abría, los barcos iban entrando, los derechos de puerto, muelle, carga y descarga, etc., etc., se iban incorporando al presupuesto de la Provincia, y la obra se iba costeando con sus propios recursos, paso a paso, y dejando utilidades en vez de déficit. Era el "Riachuelo de los Navíos" de la visión Rivadaviana.

Así en 1880 D. Antonino Cambaceres pudo entregar al Gobierno de la Capital federalizada, este Fénix de las obras públicas, la obra en construc-

ción del puerto nacional en marcha progresiva, costeándose a sí misma y dando utilidades.

Y el Presidente Roca que de todo tenía menos de cándido, pudo decirle a la Provincia en su Decreto promulgando la Ley Nacional de 1881, sugerido por D. Antonino Cambacéres:

"Esta obra será construida en adelante por cuenta exclusiva del Gobierno de la Nación".

Un crítico diría:

"Venir a osequiarla amigo,
Con las mesmas flores de ella!"

Sin embargo, la obra va despacio, la Draga ya lista y desocupada ha pasado recién del otro lado del Puente Alsina, y la Provincia conquistada e inconquistable protesta ya repitiendo también: *La vida es muy larga para andarla en mula.*

*
* *

Don Antonino C. Cambacérès, que acentuába así su apellido según su firma autógrafa que tengo a la vista, era hijo de Don Antonio Canbacèrés, industrial francés, nacido en Nimes en 1801. Este antecesor, según la nota biográfica del prolijo Scotto, era un bachiller en letras y derecho, especializado en estudios de física y química en el laboratorio del maestro Chevreul; donde lo fué a buscar el Vocal de la Junta de Mayo Don Juan Larrea, y de

donde lo trajo a Buenos Aires para introducir, como lo hizo, importantes reformas en nuestra industria saladeril, labrando al propio tiempo su fortuna personal. Don Antonio casó aquí con Doña Rufina Alais, de antigua y arraigada familia porteña, y de ese matrimonio fueron hijos Antonino, Leocadia, Delfina y Eugenio; esta Delfina que fué la pasión romántica de Miguel Martínez de Hoz, nuestro Bayardo del Paraguay.

Acaso la ascendencia de Don Antonino llegaba a la rancia nobleza francesa, monárquica y revolucionaria, y viniera a ser así descendiente de Jean Jacques Regis de Cambacèrés, Archicanciller del Imperio, Príncipe-Duque de Parma y autor del Código de Napoleón. Pero D. Antonino no se acordaba ni hacía de esto caudal, porque le bastaba el de caballero sin tacha de nuestra democracia patricia, y su blasón era el trabajo que siempre practicó de sol a sol, aunque nacido en holgada cuna.

Los sueldos asignados a los altos cargos públicos que desempeñó, eran su "Caja chica", con la que ayudaba a los hombres del pueblo del partido autonomista, y su caja grande estuvo siempre abierta para éste en todas sus esforzadas empresas.

Cuando en 1877 hubo de ser Gobernador de Buenos Aires en contraposición a Del Valle, Sarmiento de quien este era uno de los pocos partidarios en esa fecha, pronunció esta frase: —Entre el tasajo y el libro, me quedo con el libro. — Quizá hu-

biera sido mejor el gobierno del tasajo en el país del tasajo. Vino Tejedor que era el libro y Sarmiento lo cerró ruidosamente sin leerlo. El viejo luchador no encontraba árbol en que ahorcar su última candidatura presidencial, demasiado institucional para el desaforado 80.

Don Antonino Cambáceres fué de los dos o tres grandes trabajadores administrativos que hemos tenido, y probó con su obra en la Presidencia del Ferrocarril Oeste, en la del Banco de la Provincia y en la de la Comisión del puerto del Riachuelo que el Gobierno también sabe administrar cuando lo hace por la acción autónoma de un gran administrador.

Lo fué también el ingeniero D. Guillermo Villanueva al frente de las Obras de Salubridad, donde ha hecho escuela.

Y el otro es uno que nombraré cuando tenga el espíritu libre y esté emancipado como sería justo habiendo llegado a la mayor edad.

*
* *

Patriota y buen Don Antonino, mi viejo amigo, acaso volvamos a encontrarnos en el vasto Kosmos. Su antiguo subteniente autonomista porta-estandarte del "3 de oros" el 74, siente ya el cansancio del crepúsculo, y se le cierran los ojos, como al obrero del largo día al llegar la sonochada.

D. ADOLFO E. CARRANZA

La generación que nacía al renacer la libertad argentina empezó a actuar precoz y adolescente en las postrimerías del primer gobierno de la Nación integral y constituída, presidido por aquel héroe guerrero y romántico que tomaba Humaitá y traducía Ruy Blas.

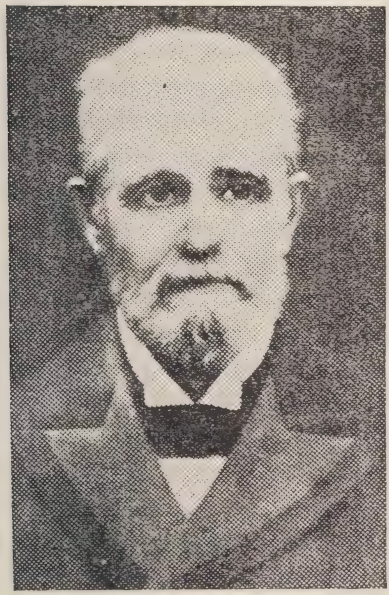
Esta generación y sus antecesoras inmediatas, hijas de la guerra y del romanticismo, tenían que clausurar la época militar y romántica e iniciar la política económica de la Constitución del 53.

Tarea árdua y de contraposición y contraste. para la que se improvisó y se forjó en soldados y jefes sobre el mismo campo del pensamiento y de la acción.

*
* *

En la Universidad de la calle Perú, bajo el rectorado del doctor D. Juan María Gutiérrez, en las

clases de latín y humanidades dictadas por Larsen, Gijena y Villegas, de química y física por Arata, Puiggari y Speluzzi, y de historia natural por Ramorino: en las de derecho, donde dictó Ló-



D. ADOLFO E. CARRANZA.

pez la de romano, haciendo resurgir "en la planicie del Velabro el esqueleto gigante del Foro", donde José María Moreno esplicaba el Código de Vélez, Estrada la Constitución, Leguizamón el Derecho Internacional y Obarrio el nuevo Derecho Co-

mercial; en esas pequeñas y grandes aulas abovedadas, solían exponer la conferencia los grandes estudiantes de mi tiempo, Plácido Marín, Aureliano Parkinson, Hugo Bunge, Patricio Sorondo, Estanislao Zeballos, Federico Pinedo, Mauricio Daract, Aditardo Heredia; o Emilio Lamarca que venía de las universidades alemanes y era mayor en edad, y un maestro; o un hermano menor de Delfín Gallo, pequeñito, rubio, de voluminosa cabeza y poderoso cerebro, que murió de dolencia y muerte prematura, desapareciendo como una estrella filante: en esas clases, cuando esos exponían, los de los últimos bancos, fortuitos asistentes trasnochados, o ya pinches de prensa curiosos y culturistas, nos acercábamos ávidos a escuchar la palabra de la ciencia nueva, precisa, metódica y clara, dividida en el espíritu del espositor en capítulos y temas, como un campo estratégico de las ideas.

En el Hospital de la calle Comercio empezaban a estudiar y practicar en las clínicas de los dos Montes de Oca, D. Ventura Bosch, Pirovano y Novaro, los futuros Güemes, Penna, Ramos Mexía, Julián Fernández, Gandolfo, Cantón, Arce, Lagleyze.

En los Colegios Nacionales resplandecían los clásicos Jacques, Groussac, Larroque y Cousin: y los colegios particulares de alta enseñanza primaria y superior, eran dirigidos por profesores de las escuelas normales francesas e inglesas como Adolfo Pongerard, Mr. Martín, Snowden y Lewis.

Miss Caprile, Mis Tregent, las señoritas Gramon-

Mis Caprile, Miss Tregent, las señoritas de Gramondo y Vera Peñaloza dirigían las escuelas normales de maestras, y Torres, Van Gelderen y Fitz Simon, las de varones.

Eran Inspectores de enseñanza primaria Zinny, el viejo Krause y Nicanor Larrain, y Director General de Escuelas Comunes Don Domingo Faustino Sarmiento, de quien alcanzó a ser secretario un servidor.

*
* *

En la prensa empezábamos a querer aletear algunos pichones implumes, Cané, Láinez, Belisario Montero, Capdevila, los Gonnet, Olivera y otros, que picoteábamos en la Tribuna de los Varela, en "El Nacional que" redactaban Juan Carlos Gómez y Del Valle, en "El Gráfico," el primer diario ilustrado argentino, que yo fundé y fundí, en "La República" redactada por Avellaneda, en "El Autonomista" y "La Política", donde colaboramos también con Bernabé Láinez, allá por 1873, y donde rugía el Marat Alsinista, una fiera que era un santo varón, Don Epifanio Martínez.

En las ciencias naturales, estaba al frente del museo el sabio Don Germán Burmeister, y Pancho Moreno, Ameghino, Eduardo Holmberg, Carlos Berg,

andaban desenterrando huesos, explorando tierras, juntando mariposas, estudiando razas: y buscando en la entraña profunda del suelo el cráneo documental del hombre americano.

Olegario Andrade, Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido Spano, Martín Fierro, Rafael Obligado, Alma Fuerte, soñaban y cantaban.

Eugenio Cambaceres escribía romances, Del Valle y Chassaing vibraban en la tribuna, Dardo Rocha fundaba ciudades, Josué Moreno sociedades anónimas, Eduardo Madero y Luis Huergo construían puertos, Angel Estrada, Jacobo Peuser y Martín Biedma tenían imprentas y casas editoriales, Cambaceres y Alais reformaban la industria de las carnes para ampliar la exportación de la ganadería; y D. Adolfo E. Carranza, en Santiago y Catamarca, abría caminos, iniciaba ferrocarriles, y sacudía con la atracción anhelante de la industria minera, el sueño colonial del Norte Argentino.

*
* *

Don Adolfo E. Carranza nació en Buenos Aires el 26 de Diciembre de 1824, y según los datos biográficos llegó niño aun a Santiago del Estero y después a Catamarca, en cuya capital se educó en la escuela del histórico convento de San Francisco, siendo sus maestros el padre Quintana y Fray W. Achá-

val, después obispo de Cuyo; humanistas, sabios y santos, que hicieron el bien, predicaron en las misiones el cristianismo y la civilización, andando el desierto con la sandalia, y ocultaron y salvaron dentro de los muros a veces respetados, o asistieron valerosos en el martirio, a los soldados de la libertad.

Las iniciativas y los hechos de Don Adolfo E. Carranza, como trabajador y patriota en esa región argentina, fueron la construcción del telégrafo entre las provincias de La Rioja, Santiago, Catamarca y Tucumán; el de Jujuy a la Quiaca que posteriormente llevó hasta Potosí en Bolivia: la del camino carretero del Totoral, por entre cimas y quebradas en una extensión de 20 leguas. Estableció las mensajerías de San Juan a La Rioja y Catamarca y de Jujuy a Tupiza, y los correos desde esta última a Potosí y construyó casuchas de estación y refugio en la desamparada Cordillera.

Fué el industrial más antiguo y constante en minería en Catamarca, suscitando con ello la futura riqueza que él no disfrutó. Obtuvo premios por sus minerales en la exposición de París en 1887, y la única medalla de oro que se acordó en la Exposición Continental de 1882; realizando las mismas labores en La Rioja, Mendoza y San Luis.

Abrió en aquellos remotos años, la corriente inmigratoria de trabajadores al interior, a quienes

después tuvo la satisfacción de ver allí favorecidos por la fortuna y las consideraciones.

Fué el iniciador del comercio de mercaderías con Bolivia, llevando a su capital los primeros carros, por caminos fragosos y llenos de peligros.

Después trabajó en ligar a la Argentina con Chile, por medio del ferrocarril que cruzára los Andes hasta Copiapó, en cuya empresa gigantesca realizó esfuerzos meritorios.

Fué un precursor y un pionneer que hizo resonar el somaten del progreso en aquella civilización antigua y dormida; y el Senado de la Nación, después de un justiciero y hermoso discurso del doctor B. de Irigoyen, en su sesión de 13 de Agosto de 1896, presidida por el general Roca, declaró por votación expresa y por unanimidad, que este argentino había mercido la gratitud nacional.

*
* *

Don Adolfo E. Carranza, de la generación de 1824, pudo hacer todavía su aporte al acerbo generoso de la generación de 1854.

Así la tradición es la cadena de eslabones recios y continuos que vincula las generaciones, en la obra solidaria, como es el medio de acción que inicia los grandes movimientos humanos y construye las instituciones seculares.

El fundador del Cristianismo nunca escribió ni dejó nada escrito, sino que habló sobre la arena candente a orillas del Jordán, con elocuencia soberana, popular y simbolista.

La vieja Inglaterra hace y rehace su derecho no escrito, y cuando quiere apagarse lo reanima, como el fuego sagrado de la libertad moderna.

Y la parte más preciada de nuestra breve y grande historia patria se construye por tradición oral, de abuelo en abuelo y de padres a hijos, reviviendo el drama argentino, hecho a golpes de luz y de sombra como los atormentados cuadros españoles.

La tradición es la nobleza de la democracia, y en los pueblos magnánimos es la memoria del corazón.

ALBERTO CASARES

Era en nuestra primera juventud, un muchacho grandote, fuerte, discreto, bueno, y para la cólera tardío pero seguro.

Trabajaba de sol a sol en el vasto comercio de maderas de su señor padre, don Sebastián Casares, honrado trabajador y buen ciudadano.

Alberto se trasladaba a la Boca del Riachuelo al rayar el alba en su tordillo negro, para él un gran caballo, para nosotros un mancarrón bien montado.

Allí, en la ruda jornada de doce horas, dormía la siesta con los trabajadores, en los vastos galpones, sobre las pilas de maderas, y al crepúsculo nos juntábamos en el centro con Luis Acuña, Martín Zarratea, Bernabé Láinez, Josué Moreno, Héctor Quesada, el paraguayo Capdevila y otros, comíamos en patota en el Café París, o en La Sonámbula, según andaban los bolsillos, y según el mismo termómetro íbamos a la Opera o a la Cancha de Belgrano, los dos polos sociales de entonces.

Alberto se parecía mucho a la madre en el porte como en el modo de ser, y pienso que su modelo clásico o romántico, era su tío D. Carlos Urioste, un distinguido caballero y un porteño de cepa, acaso

D. ALBERTO CASARES.

un tanto localista: así Altberto formó el 80 en el batallón Tejedor.

Era mitrista ingénito como su padre, sin que se diera de ello cuenta y razón, por lo que ha solido ocurrírseme que las matronas porteñas incubaban en aquel entonces chicos mitristas, que lo eran durante

la vida y a su tiempo engendraban otros: lo cual pudiera ser una explicación circunstancial y empírica de las castas o dinastías que han formado con sus diversos cauces nuestra tenaz democracia, al chocar y rebullir en la áspera lucha como un Niágara turbulento.

Alberto terminó roquista sin dejar de ser mitrista, amalgama que resultó del acuerdo político, abrazado también con su decisión habitual por Adolfo Alsina.

Yo me quedé alsinista hasta más allá de la muerte, por sumisión o superstición, porque aquel jefe democrático me impresionó de chico y me sacó porfiado y difícil, es decir, autonomista.

*
* *

Cuando asumí el gobierno de Buenos Aires en Mayo de 1890, lo primero en que pensé fué en unos cuantos amigos pobres de fortuna, consecuentes de carácter y que tenían lo que sólo da natura.

Ofrecí un alto cargo a Mariano de Vedia, que tuvo que declinarlo por haber asumido la dirección de "Tribuna", otro a Miguel Goyena, que hizo lo mismo por un compromiso secreto que no podía revelarme y fué a cumplir en el Parque, y mi concurso para un cargo electivo a Belisario Montero, que había sido mi compañero de prensa como autonomista desde 1872, y a quien me vincula aún

la buena amistad que no desflorece en la alta vida.

De cuando en cuando recibo del último, con sus líneas afectuosas, como preciosos obsequios y valiosos amigos intelectuales, los libros con que viene enriqueciendo nuestra literatura política, y rubricando su pacto seguro con la posteridad. Y de cuando en cuando, también, alguna confidencia intelectual, por las cuales he podido gustar la primicia inédita de su retrato del Dr. Plaza, semejante a un bronce egipcio patinado a la Rembrandt, como cincelado con el pincel de Saint Beuve y repujado con la filosofía de Montaigne.

A este retrato de Plaza por Belisario Montero de que doy anticipada noticia, sólo se le puede hacer el reproche, que es al propio tiempo un elogio del carácter del autor, de ser superior al original, aunque éste sea, por cierto, de un hombre superior y destacado ciudadano.

Belisario Montero tampoco pudo utilizar el concurso ofrecido por mí, atraído ya por la carrera diplomática que se le brindaba y se había propuesto seguir, en la que llegado a la meta, retiróse hace poco con el título, rango y prerrogativas de Ministro Plenipotenciario de la República.

En el primer cambio de Ministerio que hice a poco andar en mi gobierno, después de la breve luna de miel gubernamental, designé Ministros a Federico Pinedo, de Gobierno; Luis A. Huergo, de Obras Públicas y Alberto Casares, de Hacienda. El

propósito de la designación de éste fué cumplido, organizando con su espíritu de orden y asiduidad de trabajador un presupuesto sin déficit, que entonces alcanzaba a 13 millones al año y ahora es de más de cien millones, lo que podría demostrar el progreso de los tiempos.

Para uno que otro metejón legislativo, (porque Alberto no era un parlamentario sino un administrador), tenía el concurso eficaz de su colega el Ministro de Gobierno, quien era un D. Bernardo de Irigoyen en miniatura.

Alberto llegaba al Ministerio de Hacienda, después de haber sido, con acierto, Director y Presidente del Banco de la Provincia, y siendo ya un hombre público de concepto y jerarquía, como los usaba el Régimen; con lo que ha sido uno de mis inventos útiles, como Federico Pinedo según lo ha dicho éste mismo en prensa con su gracia habitual.

En la revolución del 90, Alberto se vinculó estrechamente con el general Roca sin abandonar su envergadura mitrista, y esa alta vinculación lo acompañó hasta el fin de su breve y distinguida vida pública.

Fué después Intendente Municipal de la Capital, haciendo una administración progresista, ordenada y austera, en la que se plantearon o complementaron las grandes reformas edilicias del 80, como las Avenidas Rivadavianas, la ampliación de la Plaza del Congreso y la expropiación de la quinta Hale

por un millón de pesos, que produjo muchos de beneficio, sin contar la magnificencia del barrio y paseo.

*
* *

Vez pasada, por un asunto de interés público, llegué hasta el actual despacho de los Intendentes de la Capital, que mejor estaría en el salón tradicional del Cabildo de 1810, restaurado para el caso lo indispensable y lo menos posible.

En aquel despacho, pude contemplar con imprevista emoción, el busto en mármol de Alberto Casares, que se destaca digna y modestamente al lado del fundador de la Intendencia de la Capital Federal, Don Torcuato de Alvear.

El Intendente Alberto Casares, nacido el 23 de Enero de 1855, fué derribado por la pálida muerte a los 51 años, el día 11 de Noviembre de 1096, y cayó prematuramente como el obrero antes de terminar su jornada; acaso un gesto de sorpresa del subconciente ante el propio destino se acentuara en su noble fisonomía envuelta en el blanco sudario.

Yo me quedé abstraído ante la muda evocación del mármol, hasta que el joven secretario vino a despertarme del fondo de la remota adolescencia, poniéndome afectuosamente la mano sobre el hombro, para anunciarme que el señor Intendente me esperaba en su despacho.

DON EDUARDO CASEY

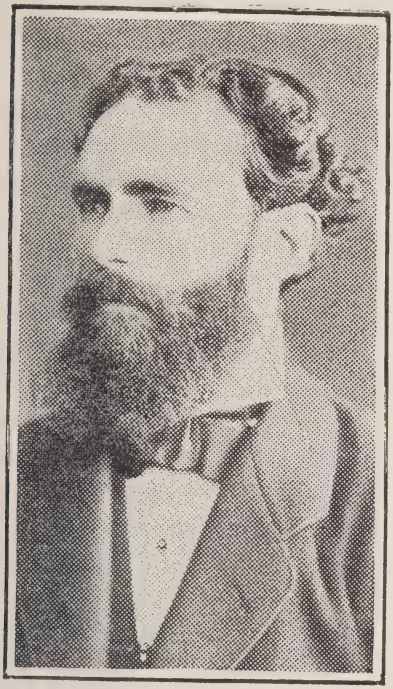
En la tierra argentina, vasta y desierta, primero es la espada, después el arado, después el comercio y la escuela.

Primero el latifundio, después la estancia, la chacra, la colonia y la cultura.

Así Curamalal. Primero los avanzados capitanes de la lejana frontera desalojando al indio que dió al valle y a la sierra sus nombres compuestos, quichuas o araucanos, títulos graníticos de su antiguo señorío.

Después los concesionarios que se asomaron al desierto con los latifundios de cientos de leguas. Y después D. Eduardo Casey, en 1884, que a base de capital propio, del levantado entre sus amigos irlandeses con su palabra influyente, y de un crédito de setecientos mil nacionales acordados por el Banco Hipotecario de Buenos Aires; y con la gerencia infatigable del pioneer canadiense D. Juan Sewell, puebla el latifundio de Curumalan con vacas Polled

Angus y Herreford y yeguadas Clydesdale de alta mestización criadas por mayor y a campo con la sierra como abrigo y reparo, y siembran en los valles veinte leguas cuadradas; levantan en la inmensidad



D. EDUARDO CASEY.

la iglesia cristiana con la alta cruz al tope de su nave, como el arca salvadora de las almas, y fundan con la cooperación de comunidades evangélicas do-

centes, la escuela común en edificios propios, con salones llenos de aire y de luz, bancas individuales, mapas murales geográficos y zoológicos, pizarrones, tableros contadores y utilaje completo, hasta el esqueleto humano para el estudio de la propia anatomía, de donde ha de irradiar el conocimiento; escuelas con jardín de infantes anexo para los pequeñitos de la colonia, bajo los métodos más adelantados de Pestalozzi y de Froebel aplicados por normalistas, y bajo la ley de educación común regida por Sarmiento.

Todo esto no me lo han contado, lo he visto en mi excursión por la provincia de Buenos Aires como gbernador electo en 1889.

Fuimos obsequiados con un gran almuerzo en "La Cascada", estancia vecina de la de Curamalal fundada dentro de la misma concesión por Mr. Langworthy. Este fué un millonario excéntrico que tenía al lado de su dormitorio un cuarto de baño donde en corriente continua entraba por un lado el arroyo Curamalal y salía por el otro, llenando con su onda fresca y cristalina una pileta de piedra como las del paseo Sobremonte de la antigua Córdoba; rasgo de buen gusto y de buen juicio que no le impidió perderlo con la colaboración de una bella inglesa, y andar en la alta noche a tiros de escopeta con los fantasmas de su espíritu. Concluyó Mr. Langworthy por volverse a Inglaterra, retornando "La Cascada" a la propiedad de la Compañía con-

forme al contrato en caso de abandono, con todas sus mejoras e instalaciones de estancia y cabaña de primer orden.

*
* *

Vimos en sus potreros y boxes el Haras de carrera de Casey en plena producción de ganadores de los clásicos de entonces, Dichosa, Sam Weller, Marino, Coronel, Noé, Secretario, Miss Palmer, General, etc.

Vimos a la sin par Condesa, retirada de los triunfos mundanos con su triple corona de los clásicos Buenos Aires, Nacional y Santa Rosa, ya casada y madre de familia, y con Primero al pie, futuro ganador del gran premio internacional, que saltaba a su alrededor como un Corzuelo.

Allí estaban descansando de sus glorias de las pistas y generando la gran raza del futuro, los padrillos importados por Casey, Balaklava, Chivalrous, Eearl Clifden, Poor Lack, The Baron y Zanoni.

Decía Don Eduardo que Curamalal era el ambiente propicio, como el de la vieja Inglaterra, para criar en libertad y a medio galpón, con alfalfa y avena, los sangre pura argentinos, sobre el suelo accidentado y duro, que los armaba para la lucha con el músculo poderoso y con el pie sólido del caballo serrano.

Entre los asistentes al almuerzo había reputados campeones de la Champañada, que no bebieron ese día sino el agua de las vertientes de la sierra, tan exquisita la encontraron, rociando con ese vino claro el mutton chopp de los "South Down" de "pré salé".

Al regresar, fumando nuestros habanos en el comedor Pullman del tren, pagado de nuestro bolsillo como entonces se usaba, y de lo cual tengo en mi archivo las cuentas comprobantes del ferrocarril, también de "pré salé", un huésped taciturno, de buen tino y de alta autoridad, le decía a Casey:

—Parece increible que el señor de Curamalal prefiera a este condado la especulación de acciones del barrio Reus de Montevideo!

Y el esforzado Celta contestaba fijando en el incierto horizonte sus ojos claros:

—En dos vueltas de esas acciones yo hago varios Curamalal.

La verdad es que a pesar del derrumbe de su especulación en la otra orilla del Plata ondulante, hizo varios Curamalal aquel campeón de la acción civilizadora que se llamó D. Eduardo Casey.

*
* *

Hizo también en el latifundio santafecino otra gran colonia ganadera y agrícola, en el paraje tra-

dicionalmente conocido con el nombre de "Venado Tuerto".

Leguas y leguas de alfalfa, miles y miles de novillos — casi puros — invernando en la inmensa pradera, el verde infinito del maizal, las rubias mieses espigando de oro el horizonte y el desierto matizado con quintas y pueblos, tal fué la transformación maravillosa del pajonal santafecino entre las manos ágiles del vigoroso luchador.

Parecían ellas sacar del mismo sol de 1810 su poder fecundante, para animar con el aliento de la civilización y del progreso, aquella pampa legada intacta por la colonia, que había transportado a la llanura sudamericana, al través de los mares, el soplo helado del Escorial.

Conquistadores afanosos, que no tuvieron tiempo de producir el oro con el arado, sino apenas de extraerlo de la mina y llevarlo a la España de Carlos V para que ella defendiera a la vieja Europa de la invasión mahometana dominadora del Bósforo y del azul Mediterráneo.

Y así se salvó, por un último milagro del cristianismo, y por un arranque visionario del genio latino, la civilización occidental con los tesoros de la América.

Y la España aventurada de don Quijote y de Colón, que hizo surgir el nuevo mundo del Atlántico proceloso, quedó pobre y yerma, como la loba latina después de criar y sustentar al mundo antiguo.

*
* *

A Eduardo Casey le llegó, al final, el derrumbamiento como a todos los los precursores que avanzándose demasiado sobre los lindes del tiempo, pierden pie y caen al abismo.

Su ruina fué el barrio Reus, de Montevideo, el peligro que le señalara ya con índice pesimista su huésped taciturno de Curumalal.

El Reus fué la primera iniciativa de los grandes barrios suburbanos con casas confortables y baratas para el obrero, que ahora son preocupación primordial de la legislación argentina y que continuára más tarde en Montevideo con éxito merecido ese otro trabajador oriental, Don Francisco Piria, el fundador de Piriápolis.

Al pronto las acciones se fueron a las nubes, y muchos se enriquecieron a la sombra del afortunado especulador. Pero pronto retornaron a su bajo nivel en aquella tierra positiva y a oro contante y sonante, a la cual Casey pretendía inyectar el espíritu azaroso de la banda occidental.

La especulación en su vértigo arrastró a los especuladores hasta el fondo del barranco, y se tragó 37 millones en los que se fueron "Curumalal" y el "Venado Tuerto", y los capitales irlandeses ganados peso a peso y kilo a kilo, sobre el rubio vellón de las majadas.

El luchador Celta quedó knock out, y pasaron sobre él los diez segundos fatales de la mala suerte.

Más tarde se incorporó todavía y fué a Londres a financiar trabajosamente el ferrocarril Midland, hoy próspero. De día aparecía en la Bolsa mundial como el espectro de la fortuna desvanecida, tratando de manipular rehacios millones, y de noche se refugiaba en la buhardilla de un hotel, donde los trasnochadores de la City podían apercibir en la madrugada la luz mortecina que oscilaba entre las columnas de números de la insomne fantasía.

Por fin financió la ardua empresa, y se vino a Buenos Aires con 100 mil libras esterlinas de ganancia propia que invirtió íntegras en pagar a toda la gente pobre que había depositado fondos en su casa.

Después murió de muerte prematura, a los 58 años de dad, de pena por no poder cumplir todos sus compromisos, y con la amargura de su honradez ingénita, que no habían enervado los cracks financieros. Murió pobre y bajo la inhibición general de bienes, esa muerte civil de los trabajadores audaces, cuya derogación propuse yo al Senado de Buenos Aires, y, como es natural, la detuvieron los acreedores, poco filósofos. Don Eduardo había trabajado mucho para todos y mal para sí mismo, a diferencia de los parásitos que se enriquecen sin hacer nada con el trabajo de todo el mundo. Era hijo de irlandeses, nacido en la estancia El Durazno, en Lo-

bos, provincia de Buenos Aires, y tenía la fantasía y tenacidad de su raza Highlander, y la generosidad y la grandeza de su natal llanura.

*
* *

Su última creación fué el Mercado Central de Frutos, monumento al trabajo y a la riqueza que cubre varias hectáreas en la populosa Avellaneda, y cuya vasta mole contemplan con asombro los presentes y contemplarán más y más grande las futuras generaciones, colosal como la cosecha argentina, y por dentro de oro macizo como los templos del Sol.

A su entrada, tallada en el granito de Curamalal, donde él hizo surgir el agua de la roca y el maná del fértil valle, debiera levantarse la estatua de de Eduardo Casey, en su alta y distinguida figura, vestido con su levita cruzada, cara al Sur obscuro, y con la larga barba al viento y a la tormenta, como el obrero bíblico.

AUGUSTO COELHO

(*Autobiografía original en mi archivo*)

Ingresé al Banco de la Provincia de Buenos Aires en 1872. Desempeñé mi empleo, durante 2 años en la Oficina de Depósitos a Premio, y 7 en la Oficina le Letras, cuyo Jefe era Mariano F. Marenco. Estuve 9 años y pico; entré y salí con igual sueldo, tres mil setecientos cincuenta pesos moneda corriente; es decir, ciento cincuenta pesos fuertes.

Renuncié mi empleo en dicho Banco en 1º de Marzo de 1882, para establecerme de Corredor de Cambios y Descuentos. El primer mes, gané en comisiones, veinticinco mil pesos moneda corriente ($ 1.000.—). Compré entonces un buen cupé con un caballo en $ 10.000.— m|corriente, en razón que me era difícil trabajar activamente sin esa ayuda.

Al mes siguiente sólo gané $ 14.000.— y me asustó el gran bajón, pero seguí en mis tragines, y

en los meses siguientes nunca produje menos de pesos 30.000.—. En Octubre de ese mismo año, ya tenía economizados más de cien mil pesos moneda nacional corriente, lo que en aquellos momentos representaba una fortunita. Resolví hacer mi primer viaje a Europa, en procura de hallar capital para establecer aquí el Banco del Comercio. Mi viaje no tuvo éxito, en ese sentido.

Volví a Buenos Aires a los tres meses, y reanudé mis tareas de corredor, con toda suerte.

Más tarde, en el mes de Enero de 1884, propuse la constitución del Banco del Comercio; conseguí aquí el capital de dos millones de pesos de curso legal, y lo dejé inaugurado en Marzo del mismo año.

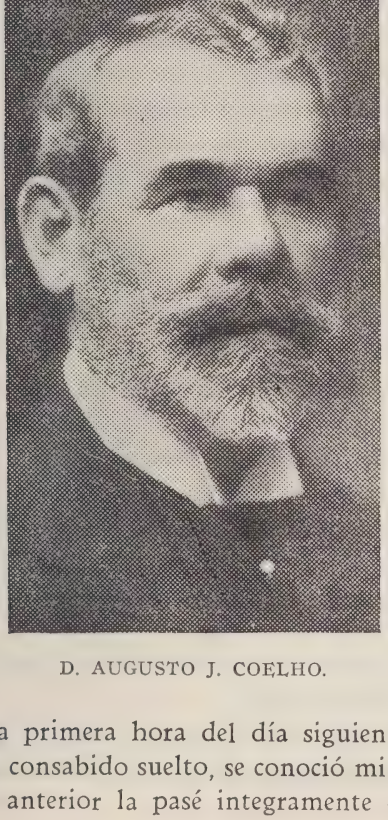
En Enero de 1885, celebróse la primera Asamblea General Ordinaria de Accionistas, a la que asistí en mi carácter de tal, y con el propósito de hacer triunfar mi lista de candidatos para substituir a los Directores que resultaron salientes. Estos fueron reelectos y yo fuí derrotado. Echase de ver, desde luego, que no se puede luchar victoriosamente contra el elemento oficial.

En tales circunstancias y convencido que el desarrollo del Banco del Comercio era demasiado lento, me propuse fundar el Banco Español del Rio de la Plata.

Al efecto, escribí un sueltito, que llevé al "Correo Español", entonces a cargo del Sr. López Be-

nedito. Este caballero, precedió la noticia con un comentario muy favorable.

A nadie había yo comunicado mi idea, de modo



D. AUGUSTO J. COELHO.

que sólo a primera hora del día siguiente en que apareció el consabido suelto, se conoció mi proyecto. La noche anterior la pasé integramente confeccio-

nando los Estatutos, Boletos de suscripción de Acciones y un Prospecto explicativo. En esa mañana y durante todo el día siguiente, el Capital inicial de tres millones de pesos de c|legal, quedó completamente subscripto, y doce días después fuí nombrado Gerente por unánime resolución del Directorio, constituido oportunamente. Me fijaron un sueldo de mil pesos y el 2 o|o de los beneficios anuales; de ese 2 o|o cedí el 1 o|o a favor del Hospital Español de esta Capital, Institución de Caridad que es un honor para la colectividad española.

El 2 de Enero de 1887, el Banco Español inauguró sus operaciones, y no hay para qué agregar que dicha importante colectividad española contribuyó con entusiasmo y con valiosos elementos a su desarrollo, que más tarde resultó colosal.

Las dos primeras cuentas de las que se abrieron ese día, fueron las del Doctor Don Carlos Pellegrini y Doctor Don Roque Sáenz Peña, y nunca, ninguno de los dos ni solicitaron créditos, ni recomendaron a nadie en tal sentido. Cuando el Doctor Pellegrini hacía sus periódicos viajes a Europa, sólo llevaba Cartas de Crédito del Banco Español, depositando previamente su equivalente y la comisión correspondiente. De igual modo procedió su colega y amigo Sáenz Peña.

Algunos años más tarde, el Capital del Banco se elevó a seis millones, después a doce, a veinte la 2ª

vez, enseguida a cincuenta, y por último a cien millones.

Era tan grande la importancia que el Banco iba adquiriendo, que presenté al Directorio un estudio y proyecto que fundé ampliamente, haciendo notar la conveniencia de establecer una Sucursal en Madrid y otra en París. Esa mi propuesta, fué aprobada por unanimidad de votos del Directorio, quien me hizo el altísimo honor de encargarme de llevarla a la práctica, confiriéndome un poder general tan ámplio, que lo conservo como el honor más grande a que puede aspirar una persona digna, como una reliquia.

Algunos accionistas del Banco, y muchos otros que no lo eran, creyeron descabellada la idea, argumentando entre otras cosas, que sólo un loco perseguido por el delirio de grandezas, podía pensar en ir a Europa con una Sucursal a prestar dinero al 3 o|o anual, cuando en Buenos Aires se colocaba al 9 o|o y más.

Tuve la suerte de probar, durante toda mi gestión personal, que fué constante, sin desfallecimientos y con un gran entusiasmo que nunca me abandonó, que los que criticaron mis proyectos estaban equivocados, pero, debo agregar, que después aplaudieron mi actuación, en la forma amplia y generosa tan natural entre los españoles.

En el desempeño de tan complejo cometido, re-

sidí en Europa desde 1902 hasta el 1º de Enero de 1912 en que renuncié mi honroso cargo.

El Banco Español inició en 1887, sus operaciones con un millón y pico de pesos de Capital realizado, y al retirarme, tenía cien millones de Capital y cuarenta y seis millones de Fondo de Reserva y Previsión. Sus acciones las dejé con una cotización de 220 o|o, siendo su valor nominal pesos 100.

*
* *

Ese para mí tan querido establecimiento, ha prestado al País, grandes beneficios y servicios oportunos.

Recuerdo, entre otros, cuando cayó la respetable firma Baring Brothers, y siendo entonces Presidente de la Nación el malogrado y mi muy querido Doctor Pellegrini, y actuando como Ministro de Hacienda el respetable Doctor Vicente Fidel López, a invitación de éste, se reunieron en su despacho todos los Gerentes de Bancos particulares, para solicitarles un préstamo para el Gobierno Argentino por la cantidad de treinta millones de pesos de curso legal, con los cuales quería ir en ayuda de los señores Baring.

Después de la explicación tan clara y precisa que sobre ese particular hiciera el Doctor Pellegrini que

presidía la reunión, preguntó a cada Gerente de Banco, siguiendo el orden de la gerarquía e importancia en esta plaza de cada uno, con qué cantidad contribuirían con tal propósito, que tanto honraba a mi juicio, al país, a este país de mis mayores simpatías. El que mayor cantidad ofreció en aquel instante, alcanzó a un millón de pesos de curso legal; los siguientes, indicaron cantidades bastante menores, y, cuando me llegó mi turno, contesté que entregaría, en el acto seis millones de pesos, que era, en aquella fecha todo el Capital del Banco Español.

Excuso manifestar el efecto que produjo mi respuesta. Su consecuencia inmediata fué una efusiva felicitación del Presidente y de su digno Ministro de Finanzas y la reunión a que fuéramos invitados terminó un tanto fría. El único que no estaba era el representante del Banco Español.

Al siguiente día todos los banqueros tuvieron una reunión privada, a la que el Banco Español no fué invitado, en la que resolvieron cubrir los veinticuatro millones de pesos de curso legal que faltaban y lo cumplieron.

Otro buen día, y con motivo de la pérdida total de la cosecha de trigo de la Provincia de Santa Fe, siendo Gobernador de esa Provincia el Doctor Freire, encargó a su Ministro de Hacienda Doctor Andino, procurar que los Bancos establecidos en Rosario, le hicieran un descuento de quinientos mil pesos por seis meses, contra una letra girada por el

Gobierno de Santa Fe y aceptación del Gobierno de la Nación.

El Doctor Andino hizo la gestión con resultado negativo.

En esos días se había inaugurado en Rosario la primera Sucursal del Banco Español, y el Dr. Andino fué a visitar, en último término, a su digno Gerente, mi buen amigo Cornelio Casablanca. Hecha la proposición del caso, Casablanca me consultó la operación, valiéndose del teléfono que se había inaugurado el día anterior. Mi contestación fué autorizando el descuento, fijando 6 o|o de interés anual, cuando en esos momentos se cotizaba al 10 por ciento.

La satisfacción del Doctor Andino fué amplia. Pocos instantes más tarde, la noticia circuló rápidamente por toda la población de Rosario, y tan grande fué su contento, que muchos miles de personas, expontáneamente fueron al local del Banco para felicitar al Directorio por intermedio de Casablanca. Fué indispensable que la Policía enviara algunos agentes para regularizar el turno entre los visitantes.

Dos meses después, la Legislatura de Santa Fe, sanciona el Presupuesto de Gastos para el año siguiente, y al Banco Español le aumenta la Patente cuatro veces más de lo que pagaba, pero, al subsiguiente año se la rebajó en un 50 o|o.

En otra circunstancia, que siempre recuerdo con

placer, me invitó el Doctor Escalante para visitarle en su despacho del Ministerio de Hacienda.

Me pidió dos millones de pesos, que ningún Banco le quería facilitar, para el pago de la última cuota que se adeudaba para poder traer de Génova el acorazado Pueyrredón. El Banco Español, por mi intermedio, se los facilitó en el acto. Una vez el Dr. Escalante en rueda de amigos, dijo que el Banco Español había contribuido con sus dos millones a evitar la guerra con Chile, guerra en la que nunca creí.

Conservo en mi poder manuscrita por mí, toda la historia del Banco Español desde antes de la inauguración de sus operaciones hasta el día que renuncié mi empleo. Algún día tal vez se publicará, y es interesante.

Olvidaba mencionar que en 1910, establecí la "Marina Mercante Argentina", la que se dedicó sólo al cabotaje.

Producida la guerra europea, se liquidó la Sociedad, en razón de que la Asamblea Extraordinaria de Accionistas aceptó la propuesta de compra de sus barcos, en cuya operación los accionistas triplicaron su capital invertido.

¡Aún continuamos sin Marina Mercante Argentina y tenemos Petróleo!

A este respecto agregaré que por no tenerla en la amplitud que se podría, sin grandes sacrificios ni esfuerzos, el país paga cada año solamente por concepto de fletes para la exportación de sus produc-

tos, una cantidad que ya excede de cuatrocientos millones de pesos c|l.

El pueblo, hasta ahora, no se da cuenta del enorme drenaje de oro, que por tal concepto, sufre este rico país.

Por último, agregaré, que en 1916, y en la peor época imaginable, porque estaba aún en su apogeo la gran guerra europea, fundé el Banco Argentino-Uruguayo, cuyo porvenir lo creo muy interesante; a pesar de que el actual Directorio, con un criterio equivocado, a juicio mío, ha propuesto, y la Asamblea Extraordinaria de Accionistas ha aprobado modificaciones, una de las cuales, abre las puertas a la nefasta partida de Deudores en Mora, que no podía existir por los Estatutos que yo proyecté, y que fueron sancionados en la Asamblea de Constitución de tan simpática Institución, de la cual creo ser uno de los más importantes accionistas.

AUGUSTO J. COELHO.

DON ANTONIO DEVOTO

Hace como sesenta o setenta años, en una casucha situada en lo que son hoy las proximidades de la City de Buenos Aires, y en el mismo lugar donde después se edificó un feo palacio con depósitos debajo, tenía un pequeño boliche de almacén un trabajador recién llegado de la alta Italia, que era simultáneamente en sus ratos perdidos hombreador de bolsas del almacén por mayor vecino, y a quien le llamaban en la cuadra Don Antonio. Se parecía como tipo físico al farmacéutico de la Boca que enterraron vez pasada con grandes y merecidos honores, y cuyo retrato de cuerpo entero fué publicado en un diario de la tarde.

Este trabajador italiano en su pequeño almacén al menudeo, surtía a todo el barrio en la sencilla vida de entonces, y tenía dos métodos de comercio según el cliente, y dentro de la exactitud escrupulosa de la libreta en cuanto a la enumeración de las mercaderías y a sus pesos y medidas; los dos mé-

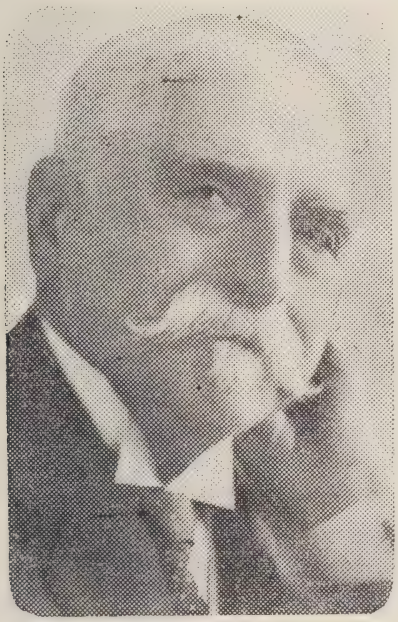
todos eran cargar la mano en los precios a los ricos y aflojarla para los pobres. Cuando algún rico se quejaba Don Antonio se encogía de hombros, siendo el suyo el único almacén al menudeo en la cuadra por entonces. Además siempre se le oía decir "pronto voy a ser rico poderoso, en cuanto junte un capitalito para hacer pie". Don Antonio no sabía leer pero veía en el futuro del país donde había venido a hacer la América; era un financista instintivo que son los que prosperan, mientras los sabios se arruinan. Así Don Antonio llegó a millonario mientras Dominguito Lamas, el autor técnico de la Ley de Conversión, nunca pudo salir de entre su levitón descolorido y su galera colonial.

El corredor señor Gandulfo de nuestra antigua Bolsa de Comercio, que aunque no era un analfabeto tampoco era un sabio, decía "se ne sube", o "se ne baja", y compraba o vendía oro o papeles guiándose por su seguro pronóstico, y así ganó una fortuna y ganó siempre hasta que quiso y se retiró. Pues no es nada la filosofía si es la misma piedra filosofal! Estos especuladores son como los jugadores afortunados que parecen tahures sin serlo, porque son semblanteadores de caras duras en las que leen la emoción de la verdad.

Con sus dos métodos diferenciales para ricos y para pobres que constituían la igualdad absoluta, Don Antonio que era un corazón de oro podía ayudar a muchos necesitados.

*
* *

Al lado del almacén, en una pieza a la calle que en sus buenos tiempos había sido taller de costura,



D. ANTONIO DEVOTO.

vivía una viejita octogenaria que se llamaba Teresa, conocida en el barrio por Santa Teresa, sobrenom-

bre o renombre ganado en buena ley como en seguida se verá.

Santa Teresa había tenido antes de serlo, de su matrimonio por la iglesia con un gallardo Piamontés, una hija divina, rubia como el oro, que se peinaba de bandeau bien dividido sobre su frente griega y recogido desde el cuello de cisne en una sola trenza blonda, gruesa como el puño, que le llegaba hasta las corvas.

Por delante un delantal blanco sobre una pollera azul ciñendo su busto de Diosa, y dejando apenas visible un pie menudo calzado con un zapatito charolado, su único lujo; y era así la misma Margarita, cuyo nombre llevaba como la flor de la pradera y como la Greschen del poeta.

Margarita se casó temprano y mal, con un compadrito de comité de melena lustrosa y cogote afeitado, buen mozo, tocador de guitarra y cantor con una voz magnífica de barítono atenorado, quien logró prendar a la divina criatura en un baile al que ella asistió por su mala suerte.

Los maridos de las niñas debían elegírselos los padres, cual lo hacían los patriarcas y lo han hecho algunos de nuestros grandes hombres, pero esta costumbre se ha considerado absurda, como cortarle las alas a los pajaritos, y ha caído en desuso.

El compadrito a quien no nombraré porque algún homónimo no se vaya a dar por aludido, era

matón, egoista y brutal, y tenía todos los demás vicios como extra.

Margarita se casó enamorada perdida de este Fausto de Comité; y siendo una maravillosa costurera y bordadora, lo mantuvo y fué su souffre-douleur, y tuvo de él dos niños como dos querubines, bellos y buenos, felizmente idénticos a la madre.

El compadrito murió prematuramente de una sabia puñalada en un peringundín, y Margarita que lo adoraba por ese inexplicable absurdo tan frecuente, lo siguió a poco, enferma de los sufrimientos que el marido le había dado en vida y que le causó todavía después de muerto, minado su físico por las fatigas del excesivo trabajo que ya no le daba para las necesidades de su pequeño hogar, y por las noches en vela del frío invierno que la hirieron en el pulmón.

Durante todo su martirio en vida del marido, la madre, testigo mudo y doliente, callaba, lloraba y rezaba; en su fe sencilla apelaba a Dios, la gran fuerza que a veces no ayuda pero siempre consuela, aportando la esperanza que es la ración del sufrimiento: antes de aclarar salía a la primera misa de las Catalinas, como quien se refugia en sagrado huyendo de su propio dolor.

Los vecinos madrugadores que la sorprendían en esas excurisones místicas, la canonizaron por plebiscito llamándola Santa Teresa, y ese sobrenom-

bre fué como el bautismo de fuego en la batalla de la vida de la viejita.

Cuando Margarita murió, Santa Teresa quedó sola en el mundo a cargo de sus nietos que aún no podían valerse.

El mayor, como de diez años, grave y precoz con pretensiones de grande, y con la voz ronquilla del futuro gallito que quiere cantar, le dijo al hermanito apenas de ocho, mientras la abuela rezaba hincada con el rostro hacia la pared. No llore chiquilín y vamos a ganarnos la vida como los chicos del conventillo de enfrente, para que abuelita tenga su puchero con verdura y su café con leche, como no le faltó mientras estuvo mamita, que se ha ido al cielo a visitar a la madre de Dios y mañana vuelve. De su propio padre no se acordó, porque se acordaba demasiado, y los niños como los pichones están siempre del lado de la madre.

Y tomando de la mano al hermanito se fueron los dos como dos pequeños soldados que no saben llorar, a ver a Don Antonio, estando siempre acostumbrados a ir al almacén por las provisiones y siendo el almacenero muy bueno con ellos, dándoles frecuentemente un rico ticholo de yapa: y con palabras sencillas que brillaban entre las lágrimas como flores en el rocío, le contaron su desamparo y su valerosa resolución. Don Antonio honrando la hazaña y pensando formar dos hombres les hizo dar trabajo de doce a cuatro con un generoso sala-

rio que él pagaba, en dos tiendas de la cuadra, diciéndoles — para que no tengan que atravesar la calle no los vaya a atropellar algún coche — y llevan todos los meses el sueldo que ganan a su abuelita, y son dos hombres guapos: por la mañana los puso en la escuela de la Catedral al Norte donde la maestra, clienta del almacén, tenía encargo de darles el café con leche, pan y manteca.

Los niños eran felices aunque extrañaban mucho a su mamita que no volvía del cielo como ellos esperaban, y Santa Teresa rezaba y concurría siempre a la primera misa, donde lograba ver con los ojos de la fe a su rubia Margarita en la gloria celestial.

*
* *

Esta familia que Dios le mandó, recargó un poco el presupuesto de Don Antonio que aunque no de presente era ya un futuro amarrete, y haciendo un cheque de mil pesos de la antigua moneda sobre su exiguo saldo de dos mil en el Banco de la Provincia, fué a cobrarlo para atender estos gastos, que él hacía como el buen donante, con alegría de corazón.

El empleado del Banco equivocado le pagó diez mil pesos, y a pesar de observarle Don Antonio el error, no le hizo caso y lo echó con cajas destempla-

das, fastidiado del atrevimiento de este pobrete que lo acusaba de error técnico.

Don Antonio se fué con los diez mil pesos en la mano hasta el presidente del Banco, pidiendo hablar con él por un asunto *sirio* según él decía, y el presidente lo recibió en el acto, pensando que se trataría de la cuestión de Oriente entonces como siempre complicada, y llamado el cajero se verificó el error, haciéndole pagar a Don Antonio el cheque de mil pesos que había presentado al cobro, y despidiéndolo el presidente con un gran apretón de manos.

Al otro día se fijó en la pared del salón de pagos un cartel notable que decía así: —Don Antonio Devoto, jornalero y almacenero de la calle Reconquista Nº..., tiene crédito ilimitado en este Banco.

Don Antonio que sabía poco pero *veía*, como Gandulfo donde "se ne sube", compró campos, hizo varios dobletes sucesivos, se hizo rico, colonizó, sembró, pobló, y murió dejando una fortuna de cien millones de pesos moneda nacional: siendo uno de tantos casos que hacen de este suelo argentino la tierra de promisión para todos los trabajadores del mundo.

Los dos valientes niños salieron dos hombres de bien y de trabajo, y siendo gallardos mancebos se casaron con dos bellas niñas.

Santa Teresa murió de noventa años, un día al caer la tarde, cansada de vivir y en el éxtasis de ir a ver a Margarita para lo cual tenía que morir pri-

mero, como lo hizo en la paz del Señor y en olor de santidad, habiendo asistido esa madrugada todavía a la primera misa en las Catalinas.

No voy a ocuparme de lo mucho que este rico trabajador Don Antonio Devoto hizo con su dinero y con su crédito en bien del progreso colectivo, pero voy a acreditarle a su haber para su rendición de cuentas en el otro mundo este saldo que dejo relatado de sus días de jornalero, y que es de los que cuentan en la vida eterna.

EL PARAGUAYO

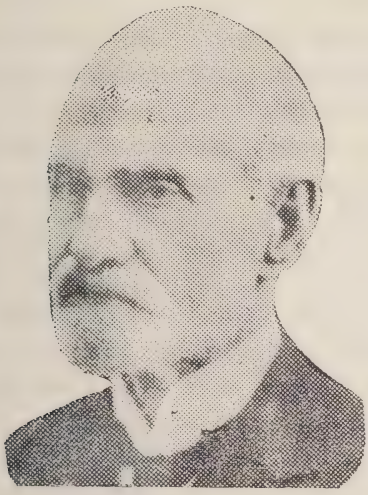
(Al más difundido de nuestros novelistas, quien dice ser mi lector asiduo.)

Sigo por ahora con mis muertos, que han de ser los primeros porque son los que tienen el primer lugar en la memoria, y hacia quienes va más libre y desinteresado el elogio.

A José Antonio Capdevila le decíamos el *Paraguayo* porque había pasado su infancia en el Paraguay, siendo tan Argentino como todos sus hermanos; habían ido muy chicos a la Asunción, donde el padre, acaudalado comerciante argentino a quien tomó allí la guerra, sufrió por ayudar y socorrer a los prisioneros o mártires argentinos, aparte de la fortuna que le quitaron, cárcel y grillos y finalmente la muerte por algún suplicio ignorado, en los que era artista el Nerón Americano.

José Antonio, el primogénito de la infortunada

familia, había quedado en Buenos Aires, concluyendo en un internado sus estudios primarios, para ingresar a nuestra Universidad, donde se matriculó al estallar la guerra, de once años de edad, para seguir la carrera del Derecho.



Dr. D. JOSE A. CAPDEVILA.

El pobre niño sin poder saber qué era de los suyos, interceptados por los ejércitos y errantes en la selva paraguaya, estudiaba con asidua contracción y con el vigor de un organismo de acero, como si se preparára, apenas adolescente, a cargar sobre sus espaldas un gran peso que él no sabía de dónde había de venir.

La hora llegó y un día el pequeño estudiante, solo en el vasto mundo, se encontró a cargo de la madre y de varios hermanitos vueltos de su larga odisea, tristes *reduci* de la cruel guerra, y sin más sostén que el débil niño que había quedado en la patria.

Aquí empezó la heroica lucha del *Paraguayo*, que hemos contemplado con admiración todos sus condiscípulos y amigos.

Estudiaba desde el alba hasta la hora hábil del día, en que empezaba su gimnasia física y mental para atender los tres o cuatro empleos que se había podido conseguir: noticiero de "El Nacional", "El Autonomista" y "La Política", y empleado en la secretaría de la Convención Constituyente de Buenos Aires. El empleado tenía poco que hacer pero el noticiero mucho, sobre todo a fin de mes para cobrar los suelditos.

Su única suerte era, por las vinculaciones de su familia patricia, contar con buenos amigos entre los hombres influyentes del partido Autonomista.

*
* *

Un día, al siguiente de quedar vacante el empleo de secretario de la Facultad de Matemáticas, con 120 pesos fuertes mensuales, José Antonio con una carta de presentación, fué a ver en su despacho al

Dr. D. Adolfo Alsina, Gobernador de Buenos Aires, que tenía mayoría de amigos entre los miembros de la Facultad: la carta, que era de Don Jacinto Aáuz, decía: Este joven es nieto del Cabildante de la Reconquista Don José Antonio Capdevila e hijo de Don Ramón José Capdevila, arruinado y asesinado por el tirano López, y sostiene con su trabajo a la madre y a los numerosos hermanitos. Adolfo Alsina se levantó de su alta silla, fué hasta el tímido niño, le dió un gran shake-hand, le levantó con su propia mano la carita imberbe, diciéndole que siempre debía mirar para arriba en la lucha por la vida, y lo hizo sentar en el gran sofá del salón, sentándose él después a su lado.

José Antonio le pidió una carta de recomendación para el Presidente de la Facultad, y Alsina, como si pensara ya en otra cosa, tal vez distraído por algún recuerdo amargo de su acerba lucha, o para aquilatar el temperamento del niño, le dijo indiferente, casi bruscamente:

—¡Venga mañana a verme aquí, a la misma hora!

José Antonio volvió al día siguiente, mustio y de mala gana, y en su angustia interior mirando en faz al destino adverso, como Alsina le había indicado.

Cuando lo hicieron entrar Alsina dejó otra vez su asiento, lo miró de frente sin que el niño bajára la vista, le hizo un profundo saludo, y le dijo:

—Un estudiante pobre, que sostiene a su familia con su trabajo y que sabe mirar alto en la adversidad, es mi amigo, y yo para servir a un amigo no doy carta, voy personalmente. Ayer, después que usted salió, me fuí a ver al Presidente de la Facultad, que se reunía anoche, y aquí tiene su nombramiento firmado por él. Ahora vaya en seguida a darle esta noticia a su señora madre, que bastante ha sufrido, como la mía.

El niño salió con el corazón ligero y el paso elástico, mirando hacia el abierto cielo: desde entonces hasta su última hora, fué Alsinista.

Esa noche celebramos el acontecimiento en un *reveillon* con Champagne frappé en sopera con tajaditas de limón adentro, como entonces se usaba, porque el hielo era la nieve de los Andes y se depositaba en los sótanos del Teatro Colón, la única heladera de la ciudad; yo tuve mi primer éxito oratorio, brindando por el *Paraguayo* Capdevila, campeón de la acumulación de empleos, santa ilegalidad cuando se hace para sostener a la madre y los hermanitos. Hice en el brindis un pretendido juicio literario sobre "Le Roman d'un jeune homme pauvre" y "Mr. de Camors", dos libros nuevos recién llegados de Francia.

*
* *

José Antonio tomó servicio el 74 como teniente en el batallón de Julián Martínez, y al acampar en

Mercedes, bajo un temporal deshecho, lo encontré en su carpa echando sapos y culebras contra las tempestades, que tanto lo habían encantado en "Childe Harold" y "El Corsario".

Era un espíritu selecto, cultor de las letras y de la poesía, forma esencial del pensamiento, que acaso atraía con su síntesis al futuro juez. Pocos días antes de morir, conversando de cosas de la juventud en su despacho de la Asesoría Municipal, me declamaba con maravillosa memoria de anciano sentimental, unas mediocres estrofas románticas que yo había escrito en la gacetilla de los diarios "El Autonomista" o "La Política" de 1874 a 75, y que el curioso lector que se anime puede encontrar en la colección de esos diarios en la Biblioteca Nacional.

*
* *

El joven universitario cursó las aulas de Derecho, estudiando a conciencia, con método y disciplina, bajo los grandes maestros de entonces, se recibió de Abogado, y debutó en el primer escalón de Asesor en el Departamento Judicial del Centro, ascendiendo grado por grado hasta Camarista en Mercedes.

Allí lo encontré yo en 1890, y lo llevé a La Plata en el mismo cargo, lo que valía como un ascenso, de donde llegó a su tiempo, paso a paso, a la Corte

Suprema de la Provincia de Buenos Aires, integrada entonces con él y con los magistrados French, José Ma. Rojas, Dimet y Alsina; como se ve por esta muestra, la justicia en la Provincia no había venido a menos en mis manos. A los años José Antonio se jubiló, se compró una casita para vivir y empezó a comerse su jubilación, porque en su constante labor de dar a cada uno lo suyo, no había tenido tiempo de reservarse nada para sí.

Ya anciano tuvo que retomar el trabajo como Asesor de la Municipalidad de la Capital, y empezó otra vez a los sesenta y tantos su jornada de doce horas del mes de Noviembre del estudiante.

Cuando con el escaso sueldo y la ímproba tarea ya estaba aprendiendo a no comer, se murió.

Trabajó incesantemente, día y noche, recién ahora descansa; yo no fuí al entierro porque habría tenido algo que decir sobre este compañero, y no habría podido hacerlo con serenidad.

El *Paraguayo*, enjuto, erguido y vigoroso, de esos ancianos con aspecto de longevos, ha muerto de muerte fisiológica, como el obrero que después de la larga jornada, con la conciencia tranquila y el cuerpo cansado siente que se le cierran los ojos y se duerme para siempre al caer la noche.

D. ANGEL ESTRADA

IMPRESOR, EDUCADOR Y FUNDADOR

Haré en este escrito el elogio del trabajo, que hombrea la vida, como los estibadores del puerto hombrean la carga de áurea cosecha para la exhausta Europa. Así Hércules, que no es sino el símbolo de la fuerza antigua, como podría serlo ahora el obrero del músculo, le hace esta hombrada al viejo mundo, de mandarle el pan de cada día. Pero ya no habría de vencer a Anteo, hijo de la tierra y de Neptuno, y que bien pudiera ser en un pueblo agrícola el símbolo del trabajo, porque el gigante toca este suelo fecundo y retoma aliento en la cruenta lucha. Así acabarán por hacerse amigos aquí, en bien de la especie humana, estos dos grandes adversarios mitológicos.

Como la mejor apología del trabajo, voy a contar la vida de un trabajador, de quien a más del episodio que me vinculó a él, aquí narrado, he si-

do compañero de tareas en la Educación Común de la Provincia de Buenos Aires, él como Vocal del Consejo, y yo como Secretario del mismo y del Director de Escuelas entonces, Sr. Sarmiento.

*
* *

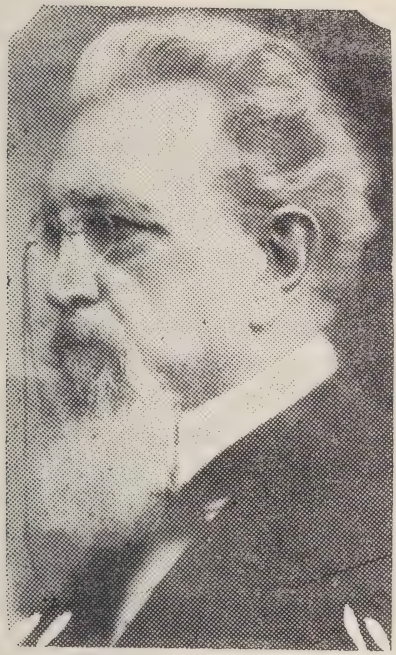
El señor don Angel de Estrada (ainé), fué el primogénito de una noble estirpe que tiene aún su casa solariega en España, frente al mar Cantábrico, con una inscripción de cuño arcaico en su muro de piedra gris, veteada por el paso de los siglos. Esta inscripción, que se encuentra registrada en la página 202, volúmen XXIX de la obra titulada "Enciclopedia Heráldica Hispano Americana", dice así:

"Esta es la casa de Estrada, — Fundada en este peñasco; — Más antigua en la montaña — Que la casa de Velazco; — Y al Rey no le debe nada".

Algunos descendientes de esos claros varones fueron entre nosotros obreros y maestros del pensamiento en la educación común, en el derecho público, en las letras y en la cátedra de alta elocuencia.

Como si la fragua que irradiara en el hogar paterno se forjara su propio medio de acción, don Angel de Estrada se inició en el trabajo convirtiendo el plomo en molde de idea, para difundirla en el diario y el libro, que aran profundamente la dura tierra.

Fué después la casa comercial de Estrada la primera corresponsal de Appleton entre nosotros, importando a nuestras escuelas los mapas que ornan



D. ANGEL DE ESTRADA.

sus altos muros, como una fantástica tapicería, con el verdor de los árboles, las figuras imponentes de las fieras, las cabezas siniestras de los grandes reptiles y el iris brillante de las mariposas pintadas; y

como centro de esta creación revelada a los ojos atónitos de los niños, el hombre mismo y sus supuestos antepasados, desde el sub-hombre de Heidelberg al Pithecantropus, y al fiero Homo Neanderthalensis, hasta llegar al formidable salvaje de ancha faz, nariz prominente y cráneo evolucionado, clasificado entre los primeros hombres de nuestra especie, bajo la denominación común y estrictamente antropológica, de Homo Sapiens.

Introdujo también la casa de Estrada las cartillas científicas, que en varios libritos escritos por maestros insignes de las ciencias que tratan, difunden sus nociones esenciales en breve síntesis.

Y fué ella la primera importadora de las bancas individuales con su pupitre propio, que han reemplazado a la larga y desordenada banca común, y son el orden y la disciplina de la clase; así como de los tableros contadores con bolillas de colores varios, en los que se aprende aritmética con la vista.

Esta orientación fundamental de nuestra educación común hacia la enseñanza objetiva, es debida al esfuerzo generoso y aventurado de don Angel de Estrada, quien comprendió el resorte de encanto y de interés con que los hombres del Norte de América han sabido hacer amar al niño la instrucción, colocando la educación común americana a la cabeza de la evolución cultural de ambos mundos: y haciendo innúmero el ejército de los conscriptos escolares, que ya no sienten el horror de la escuela, co-

mo casa de tiranía, *donde la letra con sangre entra,* sinó que claman y hasta lloran porque no los dejen de mandar ni un día a sus aulas de las "Mil y una Noches".

Los niños anhelantes pueden ya contemplar sobre la mesa de la clase, en los cosmógrafos giratorios y luminosos, las fases diversas de la luna, y el movimiento alrededor de sol de nuestro vasto planetat, donde respira ya el ser curioso y audaz que viene finalmente a sorprender la vida de la Creación, y acaso el secreto de la vida.

Y las jóvenes madres argentinas, contemplan con ojos resplandecientes de ternura, resuelto así sin la pena ni el llanto que compartían, el arduo problema de la educación de sus pequeñitos, que suben uno a uno los grados de las grandes Escuelas Comunes, con la alegría triunfal de los ángeles del cielo.

Y que son capaces a los ocho años, con sólo una lapicera en la mano, de dar ante sus progenitores maravillados una lección objetiva de historia natural; y con un mapa de Apleton a la vista, una lección sobre el mundo antiguo, señalando con el índice el sitio donde fueran la derruída Pompeya, el ígneo Mongibelo, la inmensa Tebas de las cien puertas, y el de la revuelta arena de Ilion, trabajada por el drama Homérico.

*
* *

Diré en qué circunstancia, para mí inolvidable, traté personalmente a Don Angel de Estrada, cuando él formaba parte en el pretérito año 1875, de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, formada además en ese momento por los doctores Don J. J. Montes de Oca, Don Próspero García y Don Julián Aguirre, por el viejo profesor Don David Lewis, y presidida por Don Palemon Huergo, distinguido caballero y *rico home,* dado también en sus ratos perdidos al cultivo de las letras.

Por renuncia del secretario, quien creo lo era un señor Dr. Terán, había que reemplazarlo, y varios jóvenes, entre ellos yo, entonces pinche en el diario "El Nacional", aspirábamos al cargo, cuyo titular debía ser designado por la Comisión referida, competentemente autorizada.

Con ese motivo hablé por primera vez, llevándole una presentación del Dr. Don Adolfo Alsina, con Don Angel de Estrada, quien me recibió con su deferencia habitual, especialmente hacia los jóvenes estudiantes.

Yo lo era, aunque poco asiduo, más contraido a la prensa que al Derecho, siendo lo que entonces se llamaba modestamente noticiero, y ahora se llama periodista, porque todo ha crecido, las cosas un poco, y los títulos mucho; ahora tienen carta de ciu-

dadanía en nuestra crónica social, los de Condes, Marqueses y Barones con b larga, entonces ignorados por nuestro sencillo espíritu republicano, que los había suprimido en la Revolución de Mayo y en la Constitución.

*
* *

El periodista es el obrero del pensamiento más meritorio, y también el más económico, que trabaja más de las ocho horas reglamentarias, gana poco, y ese poco muchas veces no se lo pagan, porque sus patrones, cuando son periodistas efectivos, suelen no ser buenos pagadores.

Excepto cuando son propietarios de diarios de gran circulación, y entonces suelen no ser periodistas efectivos; porque aunque sepan serlo, es más agradable Niza y la Costa de Oro, que la Rotativa.

Yo trabajaba pues en el Nacional, que era hecho en aquel tiempo a fuerza de talento y demás atributos, por Sarmiento, Juan Carlos Gómez, Aristóbulo del Valle, Eugenio Cambaceres, Miguel Cané, etc., patriotas, luchadores y periodistas de verdad, que acaso por lo mismo nunca supieron de hacer fortuna, a no ser alguno que la recibiera por herencia y con indiferencia señorial.

Acababa de asumir en su turno la redacción, el Dr. Don Juan Carlos Gómez, finalizando su pri-

mer editorial con esta línea de sobria y altiva elegancia: "Tomo la pluma que deja Sarmiento".

Así yo, simple tambor en ese batallón ilustre, ganaba mi pequeño sueldito, que me pagaban con exactitud, porque era Director-Gerente del Nacional el activo e inteligente Administrador Don Samuel Alberú, dos veces Judío según Sarmiento, como Samuel y como Alberú, y que con ese espíritu de órden y parsimonia característico de aquéllos, sabía que para hacer marchar la fábrica es preciso tener bien lubricada la máquina.

*
* *

El antiguo romance de Eugenio Sué titulado "El Judío Errante", se difundió tanto en su época, porque no es sinó la Odisea de una raza, que anda y anda a través de los tiempos y de los pueblos, sin morir ni amalgamarse; conservando los hombres el tipo aquilino y los rasgos ancestrales, la tenacidad y la áspera economía, con que sacan oro hasta de una piedra, como Moisés el agua de la roca, y así contralláron, con el oro poderoso, las persecuciones de la edad media; conservando las mujeres su línea de belleza soberana, la tez pálida, el cabello color aa de cuervo, y los ojos de terciopelo, velando el fuego interior, destacándose así estas mujeres en la escena social y en la vasta multitud.

Alberú debía también ser exacto en los pagos, teniendo en el personal operarios insignes como el regente Don Pantaleón Peñaflor, con su larga familia a cuestas; quien como obrero ejemplar trabajaba todo el día, y con clásica exactitud todas las noches. Así su fiel compañera pudo optar al premio asignado al séptimo hijo varón, que apadrina el Presidente de la República como un homenaje y un estímulo, también para el padrino. Dios discierne a la honesta pobreza el don de la fecundidad, sagrada y consagrada entre los antiguos, y característica de aquellos bárbaros fuertes y libres, que profesaban según Tácito, en las selvas de la Germania, el respeto a la mujer, no ya sierva sino compañera, y el culto a las virtudes matrices del hogar. De donde salieron, en la edad Cristiana, los pueblos numerosos, animosos y conquistadores, que tumbáron el despotismo romano y cimentáron la libertad moderna.

*
* *

Decía pues que Don Angel me recibió muy deferentemente, pero manifestándome que la Comisión de Bibliotecas Populares, en la dificultad de elejir entre tantos buenos candidatos, había resuelto sacar el puesto a concurso, debiendo discernirse así el cargo por acto de justicia y no de complacencia, pro-

pendiendo también a iniciar con ello una práctica administrativa estimable.

Yo me sometí de buena o mala gana, como quien se arremanga para subir al palo jabonado, que había visto trepar trabajosamente tantas veces a los pillitos y a los marineros en la plaza de la Victoria para las fiestas Mayas, alcanzando uno que otro al tope, donde ponían un traje nuevo adecuado: que en este caso era algo más, porque eran los 120 mensuales, entonces oro a la par, que constituían una buena remuneración, y con el cargo una decorosa posición para un joven.

Así fuimos denodadamente al sacrificio tres o cuatro mártires que habíamos quedado firmes de los numerosos pretendientes.

Nos sentaron en el vasto salón de una casa central que cumpliendo con su deber era de Anchorena, y a prudente distancia uno de otro, para evitar la soplada posible, aunque poco probable entre competidores.

Sobre cada escritorio había un cuadernillo de papel de oficio, un tintero lleno bastante grande, y dos lapiceras con sus plumas nuevas, como para asegurar una buena jornada sin interrupciones. Frente a eso, una silla, dura y aislada como un banquillo.

Sobre el muro rigurosamente blanqueado a cal, un modesto pero estridente reloj americano, destinado a dar la campanada fatal, al cumplirse cincuenta minutos, que era el término asignado a la

ejecución, por ser considerado como el máximo de la atención humana, lo cual es la razón fisiológica del recreo escolar de diez minutos a cada cincuenta.

Como se vé teníamos el tiempo justo, sin ser escaso, para amacárnos. Debíamos firmar con un pseudónimo, entregado de antemano bajo sobre cerrado al Presidente de la Comisión, dentro del cual quedaba consignada la firma del autor, a manera de impresiones digitales para individualizar a este desgraciado.

Como se ve el señor Huergo en su ingenuo y honrado empeño, no había incurrido en ninguna de las imprevisiones comunes a los reformadores, ni dejado resquicio a la maniobra.

*
* *

Cuando yo me encontré frente al blanco pliego, con la lapicera en la mano y el tintero encerrando en su oscuro seno los pensamientos ausentes, me sentí sin ideas ni expresión, apesar de mi técnica de prensa, ante el tema comunicado de improviso por el inexorable señor Huergo; y así estático hubiera permanecido largo rato, a no ser una visión celeste que se me apareció, con alba veste, y un cinturoncito punzó ciñendo el leve talle.

En mi ilusión creí sentir que aquella figurita suave, me susurraba toda ruborosa:

. . . . . "Va, je ne te hais point,
¡Sors vaiqueur d'un combat dont Chiméne est le (prix!"

En ese momento hubiera dicho yo también como Rodrigo de Bivar:

"Paraissez, Navarois, Maures et Castillans,
Et tout ce que l'Espagne a nourri de vaillants!"

Y mi pluma de pichón de prensa empezó a correr sobre el papel, silenciosa y ágil como una bicicleta, llegando sin solución de continuidad hasta el momento en que vibró en el mudo salón el fatal Somatén.

Entregamos al Juez cada uno en sobre de oficio, lacrado con tétrico lacre negro, nuestro respectivo *factum*, y esperamos como dos horas la sentencia, conversando amistosamente los jóvenes contendientes, como leales Gladiadores después de la áspera lucha.

Cumplido ese tiempo más o menos, el señor Don Angel Estrada, que hacía de Secretario provisorio por ser el más joven de aquella arcaica Comisión, apareció afable pero solemne, y vino directamente hacia mí, entregándome mi nombramiento de Secretario de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, repitiéndome como benévolo elogio clásico estas tres palabras de Horacio... "Omne tulit punc-

tum"... significándome así que la grata sentencia había sido pronunciada por unanimidad de votos.

Y yo que estaba entonces en la mañana de la vida, saludé modesto y jubiloso, y salí como alma en aeroplano, derecho a la vereda de una cuadra para mí bien conocida, a dejar en una ventana de reja muy artesonada, junto a cuyos cristales brillaba la carita de mi visión celeste, un pequeño ramo de violetas, adornado esta vez como emblema triunfal y seña convenida, con una hoja de laurel, todo adquirido al pasar por el antiguo almacén de flores de mi amigo Don Vicente Peluffo.

Mi conclusión es que los chicos desde temprano deben tener novia, (si les llevan el apunte), porque eso inspira y dá coraje, cuando no pegan el esquinazo. Para evitar este accidente es preciso trabajar, porque el ocio no dá derecho al don divino.

*
* *

Llegado el señor Don Angel de Estrada en su noble comercio a una cómoda posición pecuniaria, antes aún de recibir su cuantiosa herencia, el trabajo, que es la sal de la vida, lo salvó de la pálida usura, que es el vicio de los ricos.

El interés del préstamo usurario sube y sube, hasta alcanzar, del dos por ciento al mes, que es el modesto punto de partida, al dos por ciento al día, que

es el ideal relativo. Y así se va tendiendo la cama de oro del viejito de "Les Cloches de Corneville", que llega hasta ella arrastrándose, alumbrándose con una velita de sebo por economía, a cuya luz mortecina brilla el duro lecho como un mundo resplandeciente ante los ojos ávidos del usurero, quien va a rendir allí su último aliento.

De este vicio con tan mal fin, salva al hombre el trabajo que es un tónico ascéptico, y que no es sinó la energía individual hecha fuerza y cooperación.

Así don Angel de Estrada, ya rico con su trabajo, en vez de vejetar dando dinero a interés, fundó, en sindicato con los señores Maupas y Mariano Escalada, en el cual llevaba él la parte del león como capital, esta industria problemática — una fábrica de papel. — Como se vé el ideólogo majaba sobre el mismo tema, pero en sus manos hábiles la ingrata industria surgió, vivió, y contra toda espectativa prosperó y dió utilidades.

Se puede marcar su crecimiento como con termómetro por un caso individual, tal cual se procede en la demostración científica.

Un joven que ingresó al trabajo en la nueva industria a la época de su fundación, hace 44 años, ganando 25 pesos mensuales, hoy gana como gerente de la misma, tres mil pesos mensuales, y un por ciento en las utilidades que le representa cuarenta y tantos mil pesos al año.

Esto demuestra varias cosas : como ha prospera-

do la empresa que ha producido este fenómeno; como la constancia y la conducta hacen ascender la vida naturalmente, cual los escalones de una escalera; y como un criollo normal puede también hacer lo que los extranjeros, y venir a más en vez de venir a menos.

Este compatriota para resolver tal problema no necesitó sino un método teóricamente muy fácil: hacer la misma cosa todos los días durante cuarenta y tres años, procedimiento tan sencillo que en una población de millones de habitantes representa una proporción muy escasa.

La fábrica de papel fundada por Don Angel de Estrada se instaló en Zárate, buscando varias características favorables del medio, el agua profunda y de poderosa corriente, la flora abundante en materias primas útiles a la elaboración, el puerto hondo y el cómodo transporte al interior.

Y apesar del desamparo fiscal que poco o nada la protegió, cuando lo ha hecho el fisco ampliamente con el azúcar y otras industrias favorecidas, fué esa única fábrica de papel durante mucho tiempo, la salvación de la vida de nuestra prensa en horas difíciles, sin cuyo concurso ésta hubiera tenido que desaparecer, como cuando en la catástrofe se abre la tierra y se apaga la luz.

Consolidada la industria y vistos sus rendimientos, el noble fundador tuvo el altruismo de convertirla en Sociedad Anónima, pudiendo explotarla só-

lo, para lo cual le bastaban ya sus recursos propios sabiamente administrados y entrenados en larga experiencia. Acaso tuvo en vista también que la vida es breve, y que al terminar la suya pudieran los pósteros continuar y ampliar la obra perdurable.

A base segura de la experiencia inicial, empezaron a fundarse otras fábricas de papel bajo el mismo amplio sistema de la Sociedad Anónima, y que hoy confederadas para afrontar con más vigor la competencia libre con el artículo similar importado, son un resorte de importancia decisiva y benéfica, en aplicación tan noble de nuestra industria cual es la que abre cauce a la idea fecunda y propulsora.

Esto es fundar y ser fundador, y de estas fundaciones hay muy contados ejemplares que ya son como instituciones de la tierra: el diario La Prensa, el Ferrocarril del Sur, el del Oeste, el Banco de la Provincia, las Obras de Salubridad, la Martona, industria exponente de nuestra evolución agrícola integral; algunas levantadas por el esfuerzo personal de un hombre y otras por el de Estadistas o Administradores del tipo Rivadaviano, como Ugarte, Antonino Cambaceres y Guillermo Villanueva.

De los primeros ha sido Don Angel de Estrada, en algunos de los aspectos más nobles y trascendentes de la economía colectiva, y por eso debe presentarse esta vida a las generaciones del presente como ejemplo y enseñanza.

*
* *

A pocos días de aquél en que me fuera discernido por la Comisión de Bibliotecas, en las circunstancias expresadas, el cargo de su Secretario, fuí invitado a comer por Don Angel Estrada en su quinta de Flores, que en ese tiempo fundaba para descanso del trabajo y expansión del ánimo, conservando cuidadosamente restaurada la vieja casa, y convirtiendo el antiguo jardín en un hermoso parque moderno, donde ostentaban también sus vívidos colores y expandían su sombra gigantesca las flores y los árboles de la llanura y de la selva americana.

Fuí recibido y agasajado afectuosamente por aquella familia patriarcal, en la cual era entonces un pequeño niño el primogénito que después fué luz de las letras; y me quedé estático ante la concurrencia de aquel comedor, casi tan amplio como toda la casa, amueblado con la sólida y modesta suntuosidad antigua, y donde contemplé el más raro conjunto que pueda imaginarse, de personalidades con las características ideológicas más opuestas, cual una reunión presidida por el espíritu libre de la aurora del Cristianismo, antes que las sectas trazarán en la construcción monumental sus líneas tétricas. Así iban llegando sin rencor y sin amargura hombres de mentalidades y psicologías tan diversas, a esa mesa de mantel largo, que en los días

señalados empezaba a veces con dos o tres comensales, y concluía con veinte o treinta.

Allí ví al lado de don Félix Frías, dogmático, ultramontano y autonomista, al doctor Don Eduardo Costa, epicúreo y mitrista, al lado de Pedro Goyena a Eduardo Wilde, y al de sacerdotes y frailes a libres pensadores y carbonarios emigrados; así cultivaba el hijo mayor la tradición de lo que fuera la mesa de Don José Manuel de Estrada, en la casa paterna ubicada hoy en la esquina de Arroyo y Suipacha, y conservada hasta ahora, por azár de las cosas, en sus líneas principales y armoniosas, como trazadas por la mano maestra del antiguo arquitecto Canale.

Aquella mesa de Don José Manuel recibiera también más de cerca el resplandor de la Colonia y de la Emancipación, en que hasta los sacerdotes y los frailes eran revolucionarios y libertarios, como lo fueron el Dean Funes, Oro, Alberti, Fr. Cayetano Rodríguez, Fr. Francisco de Paula Castañeda, Fr. Mamerto Esquiú.

*
* *

Epoca colonial, que en la Emancipación y en la epopeya, tocando el suelo nativo, hizo surgir a ese héroe de la tierra que galopó toda la América Latina, libertando pueblos oprimidos.

Por eso no se les puede hablar a estos descendientes de veteranos de la libertad, no se le puede venir a hablar a esta Comuna de Mayo que los lanzó por sobre la alta Cordillera, de Dictaduras Primarias y efímeras, que andan de mano en mano, buenas cuando más para colchón de pasajeros en una noche de tormenta.

Y habría sido un gesto ético, haber mandado en la gran contienda, al Frente Occidental, a este símbolo de un pueblo redentor: —El Regimiento de Granaderos, con sus grandes caballos de guerra; para que en el principio o en el final de la batalla del "Marne", diera ante los ojos de la Europa una carga de caballería, como las veinte que dió en Moquegua, comandado por su capitán Lavalle, ante los ojos de la América.

EL CORONEL FALCON

Tenía la nariz prominente del *"Pointer"* y el mentón ancho de los hombres de voluntad.

Era un narigón pero no era un narigueta, olfateaba los acontecimientos pero no gangueaba.

En nuestra debacle del 93, en Buenos Aires, en la que tuvo el comando militar, encontrando yo sutil y exacta una apreciación suya sobre las incógnitas de la grande intriga, me contestaba con cierta vanidad satisfecha, pasándose el índice y el pulgar por su rasgo aguileño, entornando los ojos como dormidos y sonriendo bondadosamente:

—¿Para qué tenemos esto, mi gobernador?

Era enjuto de carnes, de mediana estatura y proporcionado de formas, como los campeones de peso leve, aptos para las recias campañas y para las largas vigilias.

Tenía una serenidad imperturbable frente a los sucesos y a los hombres, era como aconseja Martín Fierro, cauteloso entre los flojos, moderado entre valientes.

Coronel D. RAMON L. FALCON.

*
* *

Nació en Buenos Aires en 1855, y en la fecha del referido comando del 93 tenía 38 años, edad más bien escasa para responsabilidad tan grave.

Ingresó al Colegio Militar en 1870, donde fué de los alumnos fundadores con Alberto Capdevila, Eduardo Campos y otros, a los que se vinculó para siempre con su fuerte y sólida amistad.

Si hubiera completado sus estudios militares, habría sido un táctico al estilo del general Paz, a quien semejaba en la idiosincrasia reflexiva e irreductible.

Pero la acción y la política lo agarraron en su engranaje, y al tercer año dejó el colegio, obteniendo se le permitiera marchar a Entre Ríos a combatir la revolución de López Jordán.

Acaso era el instinto del porteño que reaccionaba contra el último de los caudillos litorales.

El gran colegio dejó ir con pena a uno de sus alumnos predilectos, a uno de sus *tres años*, en quien había ya repujado el relieve de oro de la disciplina y del comando.

En Córdoba, sitiada en 1874 en el fondo de su hondonada por Arredondo, alineado en las alturas, desde donde podía hacer a punto en blanco una sola hoguera de cordobeses, teologías y leyes de Justiniano, Falcón estuvo sin embargo por la resistencia;

olfateando al aire que Arredondo tenía que retirarse antes de la rendición, como se retiró después de ésta porque se le desgranaba la tropa, frente a aquella recóndita ciudadela provinciana, que era el nido de águila de la presidencia Avellaneda.

Arredondo fué a dar, derrotado de antemano por el invencible provincialismo, al campo de Santa Rosa, donde Falcón, como teniente ayudante del general Roca, y siguiendo su poncho blanco a lo más profundo del avance, según era la orden del día de la batalla, se ocupaba tranquilamente de fotografiarla en su cerebro militar, y así pudo llegar el plano gráfico hecho por él junto con la noticia del triunfo.

Ramón Falcón empezaba a hacerse popular, y el Tenientito de 19 años a embriagarse con la ambrosía del Olimpo.

Después hizo dos años de guerra de fronteras como capitán, para tomarle amor al servicio, y revistó también en la Escuela Naval en 1870 y 79, haciendo dos viajes de instrucción al Sur, a bordo de la cañonera Uruguay, fijando su aptitud en el arma de artillería, que debía esgrimir pronto y hábilmente.

*
* *

Cuando Buenos Aires tocó llamada el 80, el coronel Martín Guerrico, el capitán instructor Falcón

y el teniente Barilari, de la Escuela Militar de Palermo, se adhirieron personalmente a la revolución, sin inducir a ello a los cadetes. De éstos, a poco andar, se sublevaron los que no pudieron ser llevados a Martín García, por encontrarse enfermos, y que fueron, Juan Pablo Sáenz Valiente, Belisario Salvadores, Eleodoro Suárez, Félix Sagasta, Martín Lascano, y Rodolfo Rojas que rindió la vida en la barricada Porteña.

Los cadetes ascendidos a tenientes formaron bajo las órdenes del capitán Falcón la esforzada y certera artillería de la defensa, y entre ellos también un excapitán del ejército francés, aplelidado Pierre, que fué herido en las trincheras: y cuya singular y pequeña figura a caballo y de gran parada, he visto después entre los locos lindos que se llamaron los Habitantes de la Luna, donde estaban muchos de los del 80, bajo la presidencia de un capitán de id. Rodolfo Giménez, que ahí anda felizmente fresco y rosado como la primavera, siempre triunfante de los inviernos.

Después de Chascomús, tomado por asalto por Exequiel de la Serna, y después de mi renuncia, cuyo objetivo político alcanzado he referido en su lugar propio, Falcón subrayó el honor de las fuerzas del Gobierno, donde estaba el leal y bravo Guardia Provincial de Buenos Aires, al que hago la venia desde el umbral de lo desconocido.

En la tarde del día 1º de Mayo cuando la mul-

titud rugía de cólera después de las cargas cruentas de los Guardias de Seguridad, el Jefe de Policía Falcón, ya Coronel, cruzó la plaza de Mayo en su modesto traje civil, hacia la Casa Rosada; y la muchedumbre inmensa, muda y sombría, abrió sus filas para que pasára este enemigo irreductible que iba solo.

*
* *

Como Jefe de Policía, Ramón Falcón cumplió su deber a ciencia y a conciencia, con entereza y disciplina, como obrero y como militar, y su sacrificio fué un acto de heroísmo y un accidente del trabajo.

Cuando mortalmente herido lo quisieron transportar a un Sanatorio, el exalumno de la Escuela Militar argentina alcanzó a decir:

—Nada de Sanatorios, soy un soldado y debo ir al Hospital o a la Asistencia Pública!

A su lado cayó un adolescente intrépido y bueno, el joven Juan Alberto Lartigau, quien al ser recogido por sus amigos en su campo de batalla sin culpa, con las dos piernas trozadas por el bárbaro proyectil, sólo tuvo este murmullo alado como de un ángel que tiende el vuelo:

—¡No le digan nada al viejo, que está enfermo!

Eran dos héroes del deber que morían, de muerte injusta y prematura, y hasta los caballos del ensangrentado coche, con las cabezas inclinadas al suelo y las crines abatidas sobre el roto yugo, como los del carro Homérico, ¡parece que lloraban!

D. LUIS GARCIA

Todos los jóvenes deberían empezar por ser dependientes de Banco.

Este trabajo hace levantar temprano, o no acostarse cuando se ha trasnochado, porque hay que estar en el Banco a las diez en punto y éste no da cuartel: es como el del herrero, o herrar o quitar el Banco.

Este empleado es el primer obrero de la jornada de ocho horas, que como todas las cosas reales y positivas, es un saldo experimental de la capacidad máxima de trabajo útil. Los dependientes de Banco de aquel tiempo, hablo del de la primera guerra franco-prusiana, del de 1870-74, trabajaban de 10 a. m. a 7 p. m. con media hora para almorzar y media para descansar más o menos como el jornalero.

Don Fernando García del Molino, buen pintor retratista del tiempo de Rosas, si hemos de atenernos a sus espléndidas miniaturas en porcelana o en

esmalte, de Manuelita Rosas y de Juan Facundo Quiroga, quiso acaso hacer de su hijo un Doctor, como todos los Porteños de entonces, y empezó por hacer de él un dependiente de Banco.

Se equivocó el buen señor, en el fin pero acertó en los medios. Luis no pudo aprender a ser Doctor por falta de tiempo, pero aprendió laboriosidad, economía y contabilidad, las tres virtudes cardinales que hacen al trabajador y al hombre de bien.

Lo demás, dice el Evangelio, libro divino porque es humano, nos será dado por añadidura.

Luis era en la época referida dependiente del Banco Wanklyn, calle Cangallo por ahí entre Maipú y San Martín, y como lo sugiere su fisonomía que refleja bondad y resolución, era un muchacho buen mozo, petizón y bien plantado, de puños de acero y un corazón de oro.

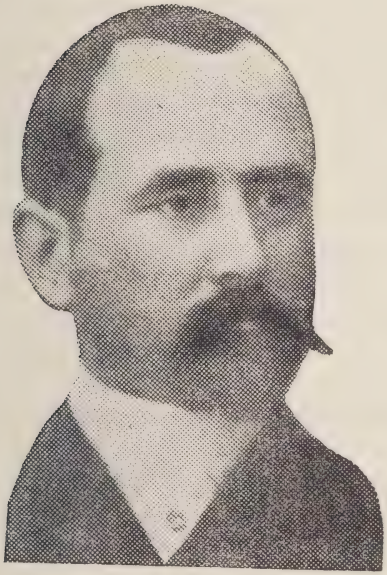
Su rasgo característico era por entonces la combatividad; combatía como por un imperativo de su temperamento, pero siempre por motivos altruístas y en su sentir con razón y derecho.

Ya fuese contra un grosero que en el Café de París, almorzando en la mesa de enfrente, comía los higos con la mano y con cáscara, violando así la costumbre culta, que es el derecho común.

Ya fuese cuadrándosele a un inglés gigantesco y boxeador de fama, que en las carreras del antiguo Hipódromo de Lanús, después del almuerzo en el Restaurante de la Estación, se acordaba demasiado

de la conquista de Berresford y nada de la Reconquista de Liniers.

*
* *



D. LUIS GARCIA.

Cuando yo asumí el gobierno de Buenos Aires, en Mayo de 1890, un trimestre antes del ciclón, designé ministro de Obras Públicas a Luis, en un ministerio *Flor de un día,* formado así: Gobierno,

Doctor D. Epifanio Portela; Hacienda, Doctor D. Ricardo C. Aldao; Obras Públicas, Don Luis García, este el único que no era Doctor, como el Gobernador mismo, quien tampoco alcanzó a serlo, a pesar de truncos estudios universitarios.

Después, Luis García, ha sido, por orden cronológico, que es el mejor orden visto a posteriori, además de dependiente de Banco y ministro, lo siguiente: jefe de policía de la provincia de Buenos Aires (después de Carlos Costa, quien había renunciado por ser hermano del Gobernador), presidente del Banco de la Provincia, diputado nacional por Buenos Aires, Prefecto general de puertos durante la segunda presidencia del general Roca (gran presidencia, aunque no tanto como la primera), vicegobernador de Buenos Aires en la fórmula Juan Manuel Ortiz de Rosas-Luis García, Gobernador en reemplazo del señor Ortiz de Rozas, fallecido en el Gobierno, senador nacional por Buenos Aires.

El podría decir como Don Juan:

Ha recorrido mi amor
toda la escala social.

*
* *

Era conservador por temperamento, porque todo lo era por temperamento, y por eso era fuerte y vehemente.

Su ideología era instintiva y sintética, a base de buen sentido, que lo tenía tan claro como era claro y noble su intelecto, dado a las altas lecturas.

Esta ideología era el capital, por el trabajo y el ahorro, como se ve ideas de Smiles.

Su único odio central y profundo fué el Senador Del Valle Iberlucea, en quien veía la personificación de la ideología adversa, y lo tenía en frente en el Senado, con la exacerbación del trapo rojo.

Al último ya era a tal punto que ni lo nombraba; decía simplemente *el gallego,* queriendo así desaforarlo con una palabra, sobrenombrándolo, sin fijarse que lo renombraba con una ilustre ciudadanía de origen, que no le quitaba su ciudadanía legal.

*
* *

Así fué y es felizmente todavía Luis García.

En su vida natural y limpia se ve hasta dónde pueden ascender en la acción pública las altas y sólidas virtudes que la llenaron, la lealtad, la honradez, el valor, virtudes escasas y casi coloniales, virtudes de antecesor.

Me escribe en una de sus breves cartas un amigo común, con su elegancia habitual:

"Nos despedimos con un abrazo de otros tiem-

pos con motivo de su viaje a Europa, y lo vi alejarse, *vechio bianco per antico pelo.*

Así quedaba también su amigo,

Federico Pinedo.

A mí me dejó una carta en el Jockey Club por no encontrarme a tiempo para llevarme a bordo, un abrazo vibrante escrito allí sobre el tambor, antes de partir, con su dirección en Londres.

*
* *

Hecho mi Agosto con gripe y todo, de que voy saliendo con vistas a bandearmela hasta el próximo invierno, lo esperé de regreso después de derrochar o acaso economizar en el viejo mundo, donde probablemente no habrá abierto el puño formidable.

Volvió pronto el querido amigo, porque el sol declina, la sombra eterna del crepúsculo avanza, y de los viejos como él quedan pocos.

Hay que volverlos a ver, diré hablando en la lengua del gran poeta catalán:

...avans d'empéndre, el viatje aquell del que ningú retorna.

MIGUEL GOYENA

Después de su destacada actuación del 80, en que fué la pieza de resistencia del Ministerio de Avellaneda, Miguel Goyena había vuelto a su misantropía, atrincherada en un segundo piso en el barrio del Sur, a su colección de podencos, galgos y cuzcos criollos de todas las subrazas y pelajes, a su alquimia galante de aguas de Colonia, perfumes y cosméticos, en que acaso buscaba a su manera la piedra filosofal; a su pensamiento en monólogo y a su rincón solitario, donde solía ir a hacerle señas con el índice la sombra de la patria, quien contó siempre con él en sus aflicciones, en sus luchas, en sus batallas.

En esta casita ululante y desmantelada, con algunas panoplias de armas anacrónicas y retratos descoloridos mal colgados en las paredes blancas, desnudas y frías, ambulaba en robe de chambre, gorro de terciopelo con borla, zapatillas bordadas a mano con iníciales de mostacilla, y boa de vicuña al cue-

llo, un hombre alto, charcón, musculoso, de grandes y finas manos y de perfil enérgico y distinguido, pálido y abstraído, que parecía el ánima de Don Quijote, errante entre los romances de caballerías.

Ni siquiera estaban allí como en Cervantes, el ama y la sobrina ni el cura y el barbero que hiciesen escrutinio y auto de fe de los ensueños, las pesadillas y las visiones del misántropo.

Así pasaron diez años, en que la escuálida pobreza extendía su mano descarnada sobre el caballero de la Triste Figura, que había pasado abstinente por las alturas del Gobierno, y sus fieles compañeros ladraban no ya de alarma sino de hambre.

*
* *

A las seis de la tarde del día 2 de Mayo de 1890, una mano categórica sacudió con tres golpes secos los bigotes bronceados del león del llamador, y un paso ágil y firme se sintió en la escalera.

La jauría bramó pronta a lanzarse cuestas abajo, y un muchacho rubio y determinado como de doce años, el módico valet del celibatario, indignado y con los pelos de punta, se despeñó de a cuatro escalones para detener al intruso.

Este extendió la mano con la palma vuelta a lo Mussolini, apartando al niño bravío que se le cuadraba y diciéndole en voz baja y breve — ¡Paso al

Poder! — El chico pensó en la policía y se batió en retirada, aplacando a su mesnada gruñente.

La escalera cada vez más alta llegaba al fin a su fin y el intruso también. Allí junto a la flaca baranda del exiguo vestíbulo, de pie como un alto fantasma, sin descender porque era cegatón, y con un candelero en la mano cuya escasa luz más bien

Dr. D. MIGUEL GOYENA.

ensombrecía la penumbra, esperaba y apostrofaba el solitario asaltado. El intruso llegó a la cima de la trinchera, tranquilo e impasible, y al llegar exclamó con su voz clara y conocida: —Buen recibimiento hace Miguel Goyena a los amigos!...

El gigante miró cerrando los ojos para ver mejor, abrió los largos brazos dejando caer el formidable candelero que no era luz y no podía ya ser pro-

yectil, y gritó con su voz de bajo abaritonado: —¡Viva el Gobernador de Buenos Aires!

Este, medio cansado de los cien escalones, se dejó caer a cuerpo perdido sobre el sofá colonial en caoba y crin, blasonado de algunos pozancones en la vasta superficie.

Los perros calláron en el silencio pensativo del ayuno y vinieron a rendirnos homenaje plebiscitario.

El pequeño valet se acercó apurado barajando el saco en el aire, y brindándome un mate amargo en plata labrada del Potosí, de pie alto y bombilla petiza con virolas de oro, candidato magnífico para una vidriera de Montepío.

—Yo le dije a Goyena: —Esta es mi primera visita después de asumir el Gobierno, y vengo a sacarlo de su retiro y a ofrecerle en su provincia natal el cargo en que mejor crea poder servirla. El, irguiéndose en su sitial en toda su alta estatura con el aspecto hierático de una cigüeña fósil, me contestó: —Ahora no puedo contestarle porque tengo un compromiso contraido por un trimestre más con el silencio y con la sombra...

*
* *

El 26 de Julio siguiente estallaba la revolución del 90, y *Miguel Goyena* formaba parte de la Jun-

ta revolucionaria con *Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría, Juan José Romero* y *Lucio V. López.*

Y después participó del sueño de una noche de verano que se llamó el gobierno del Parque y que se constituyó así:

Leandro N. Alem, Presidente de la República.
Mariano Demaría, Vicepresidente.
Miguel Goyena, Ministro del Interior.
Juan E. Torrent, Relaciones Exteriores.
Juan José Romero, Hacienda.
Bonifacio Lastra, Instrucción Pública.
Joaquín Viejo Bueno, Guerra y Marina.

Del Valle no estaba porque estaba ya en el Senado, al que se incorporarían los otros prohombres del Parque, y Lucio López presidiría en Diputados.

Un mes después, Goyena se presentaba en La Plata en mi despacho, y me decía con su afabilidad habitual:

—Ahora estoy a sus órdenes, pero en un rincón donde pueda ver siempre la sombra.

Le arreglamos un alto cargo profesional de Asesor, y vivió allí acaso sus mejores días entre buenos amigos y en el retiro de la vida de Provincia.

Más tarde, la Comuna libre y autónoma lo designó su Intendente, cargo que después que todo había caído no quiso entregar a la Intervención, a quien no reconocía como autoridad comunal y que hubo de sacarlo por la fuerza.

*
* *

Miguel Goyena nació en Buenos Aires, el 31 de Octubre de 1844 y se doctoró en nuestra antigua Universidad.

Fué militar, Abogado, Senador Provincial, Diputado al Congreso y Presidente de la Cámara, Ministro Nacional de Instrucción Pública y fundador de Escuelas Normales y Agronómicas, Periodista, Interventor Nacional en Corrientes e Intendente comunal de La Plata.

Hizo toda la campaña del Paraguay en el 9 de línea, llegando por ascensos sucesivos de Alférez a Sargento Mayor.

Fué colaborador de don Félix Frías en la Legación Argentina en Chile, actuando con singular acierto en circunstancias críticas.

Después fué Secretario Ayudante del General Gainza en la guerra de Entre Ríos; e interventor en Corrientes el 80, después de aquel ciclo difícil en que el Gobernador Baibiene hizo Ñaembé, siendo secretario de Baibiene D. Eudoro Díaz de Vivar y su auditor de guerra, el Dr. D. Pedro A. Justo, mencionados en el parte de la batalla: este último posteriormente integérrimo magistrado en Buenos Aires, durante mi gobierno.

Goyena colaboró en la redacción de "La América del Sur" y la "Revista Argentina" con los Es-

trada y con Pedro Goyena su hermano, con quien se parecían en el alto intelecto y el patriotismo.

Se reincorporó al Ejército después de su larga odisea, y se retiró con el grado de Coronel jubilándose como Auditor de Guerra y Marina.

Vivió sus últimos años en Morón, en el retiro que fué siempre la ambición de sus servicios y de sus campañas, y que anheló en vida y en muerte, disponiendo ser enterrado sin invitación fúnebre en el cementerio local, con sólo la concurrencia de algunos de sus parientes más cercanos.

Así entró esta ilustre sombra, sola y su alma, en la tácita eternidad.

Buenas noches, mi viejo amigo!

INGENIERO
D. LUIS A. HUERGO

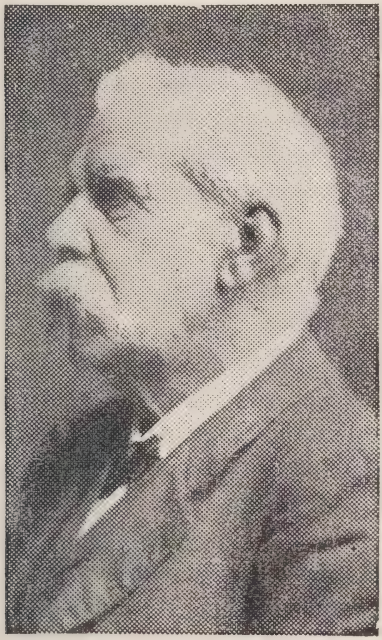
Antes del Puerto Madero, esa magna obra artificial, Buenos Aires vivía su blanca vida natural reclinada sobre el inmenso rio que besaba sus pies como un fino amigo.

Cuando soplaba el pesado Noroeste, paisano del Zonda San Juanino, la líquida llanura se batía en retirada hasta cerca de la Colonia, desnudando sus arenas donde la onda fugitiva dejaba dibujados sus arabescos; y la población se derramaba sobre la playa respirando a pleno pulmón la fresca brisa de su mar territorial.

Los niños corrían desnudos sobre el tapiz bruno, nadando como cisnes y zambullendo en los canales movedizos, y relucían al sol sus albos cuerpos de querubines, junto a los torsos de ébano y las caras picarescas de los negritos con sus dientes de mazamorra.

Los ginetes porteños galopaban al lado de las

gentiles amazonas en los corceles ágiles, que saltaban los charcos de plata, o los vadeaban al paso inclinando la fina cabeza para beber el agua cristali-



Ing. D. LUIS A. HUERGO

na que lavaba la espuma de su brío en el tascado freno. El estribo solía escapar en los saltos, y el ginete desmontaba presuroso para ajustarlo en el pie menudo: ella ruborosa continuaba el raudo galope, y él

saltaba de un solo salto en su arisco alazan para alcanzar al instante a la divina criatura.

Y cuando después del Norte amasador de la tormenta, esta pasa al Sur violento, lo entenebra de azul obscuro, y se viene tronando en el aquilón de la Suestada, el Rio enfurecido invadía la barranca en olas inmensas coronadas de espum,a y parecía querer conquistar la inconquistable Plaza de la Victoria. Y por días reinaba el temporal, saneando la atmósfera de la ciudad con las revueltas sales marinas, hasta que el Pampero barría con todo y relucía el nítido cielo azul y blanco. Por eso talvez se la llamó Buenos Aires, a causa de su aire batido por las olas y los vientos.

El Puerto Madero fué el don del comercio ultramarino, el cual se libertaba con ese puerto de las gabelas que le imponía la playa sin fondo del vasto estuario; el regalo, caro como todos los dones comerciales, le costó a la ciudad codiciada su playa y su rio.

El Puerto Madero hizo del inmenso Plata un pequeño Támesis, hondo, barato, cómodo y feo. La ciudad localista quiso un puerto para el libre comercio frente mismo a la Aduana clusa de los Virreyes, y ella lo tuvo a costa de su propia belleza infiel en esa hora, y fué la divorciada del Plata, su antiguo señor despótico y turbulento.

*
* *

En 1861 inició Don Eduardo Madero la obra tenaz que absorbió el resto de su vida y que insumió más de una vez la fortuna de los suyos; obra que él vió recién realizada inaugurando la Dársena Sud 28 años después, el día 25 de Enero de 1889.

En este momento pudo decir con buenas razones y con satisfacción patriótica:—"siendo ya positivo que el producto de los terrenos a vender cubrirá el costo de las obras, y bastando un módico derecho de entrada para cubrir los gastos de conservación y administración de aquéllas, nada impediría que la ley dijese a los productores y consumidores de la República. Los frutos de vuestro trabajo y artículos de vuestro consumo no son recargados con gasto alguno de embarque o desembarque en este puerto que no cuesta un centavo a la Nación".

En los diversos momentos de la accidentada gestión de la empresa, concurrieron a ella con sus capitales y su crédito honorables ciudadanos, como los señores Manuel José Guerrico, Juan Bautista Peña, Jorge Atucha, Jaime y Felipe Llavallol, Juan Frías, Tomás Armstrong, Carlos Saguier, Ambrosio Lezica y Anacársis Lanús; como concurrieron desde el principio con su acción administrativa y técnica y su consejo financiero los ingenieros Don Carlos A. Pellegrini y Don Otto Arnim, el asesor de

gobierno Dr. Don Valentín Alsina y el respetado financista Don Norberto de la Riestra; como la apoyáron también el Presidente Sarmiento, su Ministro Vélez Sársfield y los senadores Dr. Dn. Uladislao Frías y Don Martín Piñero, objetando la propuesta el Senador Bartolomé Mitre por crer que el puerto debía ser del Gobierno y no de una empresa, y apoyándola ulteriormente, cuando así se planteó el asunto.

Lo sostuvieron finalmente el Presidente Roca, y los senadores Pellegrini, Ortiz, Lucero y Dávila: después como Ministros los dos senadores primeramente nombrados y los doctores Wilde, B. Paz y Chavarría; los diputados Gallo, Ruiz de los Llanos, Palacios, Jofre, Bouquet, Calvo, Tagle, J. B. Ocampo y Solveyra; y como ciudadanos y periodistas los señores López Vicente y Lucio, Ocantos, Zavalía y muy principalmente el Ingeniero Don Emilio Mitre.

*
* *

En la ceremonia de la inauguración que fué presidida por el Vice-Presidente Pellegrini, consagró el Arzobispo Aneiros, bautizando el Puerto Madero con este nombre que ya le había discernido la voz popular.

El padrino fué Don Eduardo Madero y la ma-

drina Doña Carolina Lagos de Pellegrini. La bella señora brillaba a la luz de aquel día resplandeciente, al lado de su Gringo colosal, y en el centro de una corte de damas atendidas por paladines que llevaban sobre sus uniformes gloriosos la medalla del Boquerón y el escudo de Curupaytí.

Después de la palabra sencilla y elocuente del padrino entregando el puerto a la Nación, habló el Vice-Presidente Pellegrini con acento contenido, en aquella situación sin ambiente para su fuego interior.

Su hermoso discurso tuvo un párrafo que fué una profecía de pensador y de estadista y una voz más alta que las catástrofes del mundo, cuando dijo: —"El siglo XX que ya alborea será el siglo de América, y ese porvenir previsto nos impone especiales deberes."

Evocó la sombra del iniciador del Puerto de Buenos Aires Don Bernardino Rivadavia, y finalizó constatando que el Trasatlántico a cuyo bordo estaban acababa de entrar por el Canal del Sur, hecho por el esfuerzo de ingenieros argentinos, recordando aquí con lealtad viril el nombre del Ingeniero Don Luis A. Huergo.

*
* *

Ahí está pues el Puerto Madero, frente a la antigua Aduana de los Virreyes, como un error estético, y como un acierto económico y técnico.

Lo que habría que hacer por ahora sin perjuicio de los intereses creados, sería cortar los galpones de hierro en la línea de las calles de la ciudad que bajan a la costa, para que Buenos Aires pudiera todavía ver de todos lados, como en un miraje, su antiguo Rio de la Plata, y aspirar su brisa fresca y sedante.

Esto sería la posesión del miraje, que suele ser para el que más no tiene como la realidad de la posesión.

Ya veremos al tratar el Puerto del Riachuelo lo que podría hacer el remoto futuro.

*
* *

Don Luis A. Huergo era un hombre de mediana estatura, de musculatura poderosa, algo cargado de espaldas, con largos y recios bigotes ya entrecanos a los treinta y ocho años, y grandes ojos firmes y bondadosos bajo el alero de las pobladas cejas. Se parecía bastante a un león sentado, por la estatura, los bigotes y la zarpa.

Citaré un rasgo para dar la sensación de ésta. Siendo muchachón Don Luis, en uno de los días del grosero carnaval de entonces, un gigante del Piamonte, puestero del mercado próximo, molestaba a las niñas de la familia, acercándose a empaparlas así que salían a la ventana, a ver pasar las comparsas donde iban sus festejantes. Las niñas desesperadas, fueron a ponerle la queja al hermano, Hércules adolescente que estaba en su dormitorio en mangas de camisa, vistiéndose para el baile del Club del Progreso. El joven salió inmediatamente a la vereda con la tohalla en la mano, tranquilo y sonriente, tomó al gigante de la cintura, se lo echó al hombro y lo llevó al cuarto de baño zambulléndolo en la bañadera llena, y sacándolo en la misma forma lo depositó acostado en la acera, y lo despachó, dándole la tohalla, para que se secara la rizada melena y el empapado traje dominguero, con su clásica y desolada corbata verde. El importuno no volvió más, y las hermosas niñas a las que Don Luis adoraba con el tierno afecto de los fuertes, adornaron en seguida como blancas mariposas las voladas rejas coloniales.

A los veinte años de esto, en uno de los días del 80, siendo Don Luis Huergo ingeniero jefe de las obras del puerto, el pueblo se agrupaba en la ribera del Riachuelo para contemplar anhelante la carrera de un vaporcito que traía las armas para Buenos Aires sublevada, y venía perseguido por una caño-

nera que le hacía fuego con su ametralladora de proa. El vaporcito pasó como una exhalación hacia el Resguardo, donde lo esperaba la fuerza militar de la provincia mandada por el Coronel Arias, y la cañonera persiguiéndolo. Entonces Don Luis Huergo, porteño y localista, tuvo una inspiración serena y rápida: largó una chata que estaba amarrada a la orilla atravesándola en el río con una bandera roja al tope en señal de peligro; y como las balas voltearon la bandera, Don Luis subió el mismo a la chata y la reemplazó con otra, murmurando entre sus bigotazos: — Es necesario evitar el choque, porque los enemigos también son argentinos; — y volvió a la orilla a su tranquilo paso habitual, gritando con voz de bajo profundo a las balas que picaban a su alrededor: — ¡Viva Buenos Aires! — grito que se expandió en la ribera, y llegó en la onda popular hasta la Casa Rosada anunciando la entrada de las armas.

*
* *

Este era el hombre y el ciudadano. Como ingeniero, además del puerto de Buenos Aires había planeado el canal de Córdoba al Paraná, utilizando el agua de los interminentes ríos cordobeses y con el puerto de San Lorenzo, Rosario arriba, como punto terminal.

Esto no era sino una sección también del pensamiento de Rivadavia, que había indicado ese canal desde los Andes al Plata, cual lo tenían los Incas, y que los Conquistadores destruyeron a título de regeneradores.

El Ingeniero argentino Don Luis A. Huergo se pareció al ingeniero Don Fernando de Lesseps, el gran francés perforador de Istmos: que reunió las aguas del Mediterráneo y del Mar Rojo sobre las de los Lagos Amargos, cortando el Istmo de Suez, y después quiso reunir las del Atlántico y el Pacífico, cortando el de Panamá. Ya era demasiado, y a este hombre que parecía un Dios, sus contemporáneos lo procesaron y lo condenaron, como a Colón y a Cristo. El hombre suele no tener la virtud del perro, que es la gratitud.

A Don Luis Huergo no tenían pretexto para procesarlo, porque sus cuentas eran simples y claras, y siempre con saldo a favor arrojado por su obra reproductiva, pero detuvieron ésta con la inercia, que era como encadenar a Prometeo en la roca estéril. Amarrado a ella murió el gran Ingeniero argentino en 1913 sin vislumbrar la terminación de sus trabajos, legándolos como una pesada y alta herencia a su hijo el Ingeniero Don Eduardo Huergo; éste ha luchado en sus últimos días para conseguir hacer pasar una draga que está lista y desocupada, al otro lado del Puente Alsina, a fin de acelerar el canal que allí está abriendo; y esta obra lenta se va

desmoronando así que se excava, insumiendo como el tonel de las Danaides, el dinero de la Nación y la paciencia de la numerosa población trabajadora, que la espera con angustia sobre el techo de sus casillas cuando se viene la inundación.

JUANON

En la distribución que el ciego destino hizo de las sustancias psíquicas, fueron varios puñados de instintos egoístas, contra uno de instintos altruístas.

Este puñado cayó en dosis excesivas sobre algunos cerebros, creando ese ser excéntrico, pálido y flaco por el ayuno y las privaciones, que pasa como un sonámbulo por la tierra y por la sociedad, porque camina sin mirar el terreno que pisa, preocupado de los demás y acaso en la contemplación del azul infinito.

El puñado de instintos altruístas, como polvo de oro fino de muchos quilates, pesando en la cabeza doliente, la hace gravitar demasiado sobre el delgado cuello y el seco torso, y por momentos vacilar como si soñara, reaccionando entonces el soñador, y pareciendo andar con la alta frente hacia la bóveda del cielo.

A veces distraído, o bajo de vista por las vastas lecturas a la luz de la lámpara, el altruísta no salu-

da primero, y cuando hasta los lejanos amigos le dicen al pasar, no: Adiós señor, ni Adiós Doctor, sino Adiós Juanón, este sonámbulo parece despertar y contesta obsecuente como si saludara a su amigo predilecto, que es todo el género humano.

Este puñado de altruísmo que cayó por descuido sobre ciertos cerebros, es la sal de la vida, y la sustancia gris que mantiene la solidaridad social, como la médula sustenta el organismo físico.

Los altruístas son de dos clases, naturales o éticos, y místicos o religiosos. Los de la segunda clase son los que se defienden mejor de los desfallecimientos producidos por la lucha humana.

*
* *

Voy a ocuparme de una de esas vidas ejemplares que, como dijo un orador hablando sobre la tumba de un educacionista, pasan por la tierra "a la manera de la mansa lluvia que sólo se siente por sus beneficios".

Yo no me ocupo sino de vidas tales, las notorias ya están tratadas mejor de lo que yo puedo hacerlo, los temas abundan, las vidas inútiles no me interesan, y la finalidad literaria no me atrae porque no puedo alcanzarla, yo no soy un artista sino un artesano que forja a macho y martillo.

*
* *

El Doctor Don Juan Bautista de Estrada, por sobrenombre afectuoso Juanón, era nieto de Don José Manuel de Estrada rico-home Argentino, hijo de Doña Carlota Barquin Cerviño, Argentina y de Don Juan Bautista de Estrada, español cuyo origen nobiliario se pierde en los remotos tiempos. Don José Manuel de Estrada fué casado con una nieta del Virrey Liniers, y residía en su palacio hoy calle Suipacha y Arroyo todavía igual, edificado por el insigne arquitecto Canale, a cuyas salas hospitalarias y al inmenso comedor de mantel largo, concurría todo lo que se destacaba entonces, de todas las opiniones y tendencias, porque los señores de la casa, sinceros creyentes, eran tolerantes.

Para no andarme por las ramas, me he ido hacia el tronco del árbol, llegando hasta el abuelo Porteño, cuyos hijos más notorios fueron.

Don Angel, de cuya figura de trabajador he de ocuparme en su obra cultural e industrial, Don José Manuel ya tratado por muchos y que escribió a los veinte años de edad la única Filosofía de la Historia Argentina que yo conozca, Don Santiago cuyas páginas literarias viven y vivirán en las Antologías.

Así este Juanón es como un príncipe de la sangre, como la síntesis final de una raza, como la

célula imperecedera en la vida orgánica. Yo admiro mucho los linajes cualitativos y poco los linajes nobiliarios, que es útil sin embargo acotar para mejorarlos como hacen los criadores en la selección de las especies.

Voy a fijar de este altruísta algunos rasgos, antes que el vértigo cosmopolita pase por el pizarrón la esponja indiferente, porque es bueno que una generación se palpe y se conozca bien a si misma, que es el conocimiento primario del ser humano.

*
* *

Juanón se educó en el colegio del Salvador y muy frecuentemente estuvo en penitencia. Era culpa del pequeño alumno, o de la grande institución que ha dado tantas ilustraciones a la República y la única que se le cuadró a la sangrienta tiranía? Yo creo que Juanón no era marchante para la férrea disciplina, y que tenía las rebeldías ingénitas de la libertad de espíritu que a veces suelen resplandecer en los místicos, y acaso por esto no fué fraile. El hecho es que casi siempre estuvo en penitencia y según la lógica debió merecerlo; así le anoto este primer goal en su contra.

Más tarde, ya alumno de estudios secundarios, formaba en un grupo que se aislaba en Noviembre

en una hermosa quinta de Martínez, para estudiar diez y ocho horas diarias y poder dar examen.

Juanón se levantaba antes del alba para calentar el café, y que los compañeros pudieran dormir un rato más a cargo de su vigilia. Después tomaba el tren y se iba al Diario de Lainez, donde siendo el más difundido de los jóvenes de su tiempo, era el paladin de la crónica social, lo que le producía una magra mesada.

A las doce, la hora de almorzar de aquellos estómagos estudiantiles, Juanon solía no estar de regreso; media hora después cuando volvía, el almuerzo estaba frío y el estudiante aprovechaba el "leid motiv" para ayunar.

Nunca dijo el motivo de sus ausencias dando lugar a los más malignos comentarios y a unas felicitaciones completamente gratuitas, que él recibía con su pálida sonrisa de asceta. El motivo del retardo era sin embargo lo más sencillo, como después se supo por extrañas referencias; Juanon se había pasado de Estación hasta San Isidro, llevando un bagaje de juguetes y objetos que obtenía por medio de sus relaciones extensas, y había recogido en el bazar Colón y otras casas hasta por valor de miles de pesos para la próxima rifa a beneficio de los niños huérfanos.

Juanón pues había hecho su crónica, había hecho su cosecha para los pobres y no almorzó ese día, co-

mo el generoso ingenio Hispano que no cenó cuando concluyó el Quijote.

Juanón era el mejor bailarín de su tiempo y las niñas más lindas preferían bailar con él: Juanón bailaba viéndose luz, no como en los bailes africanos de ahora, sino como he visto bailar en Tucumán sobre el verde césped y a la sombra de los grandes árboles tropicales, en una mañana esplendente del Centenario de 1816. Allí se conserva encendido el fuego sagrado de la raza, y en esos bailes nacionales la mujer parece una Diosa y el hombre un trovador.

Con esos cendales divinos el cronista del Diario tejía sus crónicas sociales y el altruísta daba el sueldo a los pobres: así le sirvan ahora esos años de periodista para sumarle una jubilación a beneficio de la madre.

Una mañana de invierno Juanón que era delicado de salud, iba por la calle defendido de la helada que se levantaba, con su único, elegante y bastante usado sobretodo; un pobre a quien no conocía pasó a su lado en cuerpo tiritando y lamentándose del frío. Juanón se volvió, lo llamó y le dió su sobretodo, aplicando en carne propia la máxima que dice, "si alguno te pide la túnica dále también la capa". Si éste no le había pedido el sobretodo razón demás para dárselo. Esa mañana el altruísta pescó sus primeros síntomas de enficema pulmonar que lo llevaron a las Sierras de Córdoba.

Allí apenas convaleciente, reunía a los heróicos canillitas y otros niños, los convidaba con yemas y caramelos, y mientras se los devoraban les contaba episodios del Nuevo Testamento, sembrando así a voleo, como el Apóstol que pasa.

*
* *

Cuando era secretario en los Tribunales, había una luz que se apagaba la última en todas las secretarías, la de Juanón que estaba haciendo el trabajo de otros dos compañeros, para que éstos, transitoriamente imposibilitados de trabajar pudieran percibir el sueldo.

El día que murió corrió por toda la Casa de Justicia como un lamento esta palabra: Juanón, y todas las secretarías se cerraron solas como si ese día no se pudiera trabajar sino sentir.

Juanón trabajaba así toda la semana como Juez dando a cada uno lo suyo, y el Domingo descansaba dando lo de él a todo el mundo, y haciendo el bien personalmente, prolijamente, como era su espléndida afición.

Nadie lo supo, porque este altruísta tenía presente que su mano derecha no había de saber lo que hacía su izquierda; parecen tan fáciles estas existencias dogmáticas que tienen una Constitución moral! Pero la cuestión no siempre es saber, sino cumplir la Constitución.

Al velarse el cadáver de Juanón entraron en silencio algunos seres humildes y desconocidos que se arrodillaron a orar. Una viejita a quien el Juez Estrada había hecho vender en remate su pequeño terreno en dos mil pesos, dándole esta suma enseguida de su bolsillo.

Otra, la madre de un empleado de los Tribunales, que murió y en cuya casa el Juez apostólico se había aparecido a la noche, había ayudado a amortajar el cadáver, costeado y acompañado el pobre entierro y pagado las pequeñas deudas de la madre.

Otros tres lloraban en familia, una anciana y una joven pareja, la hija sostenía con su exigua y penosa costura a la madre y no podía apartarse de su lado porque la viejita estaba enferma. Esta niña tenía un novio, porque el amor, ángel alado, llega a todas partes, y este joven novio, de pobre no podía casarse siendo bueno y trabajador. Juanón después de averiguado esto bien, le hizo dar un empleo de trescientos pesos en los Tribunales, y le dió a la niña lo necesario para coserse un modesto ajuar y para pagar seis meses de alquiler que debían.

Este era el descanso dominical de ese obrero cristiano que se llamó el Doctor Don Juan Bautista de Estrada, pensando como el Divino Maestro que el hombre no ha sido hecho para el Sábado sino el Sábado para el hombre, y que es lícito hacer el bien en Sábado y en Domingo.

En todos estos metejones lo acompañaba jubilo-

sa y eficazmente su insigne compañera, hija del ilustre Argentino Doctor Don Bernardo de Irigoyen.

*
* *

Juanón Estrada ha sido así más que el altruísta el Asceta, del griego "Askétés", el que se ejercita, es decir el atleta moral de los tiempos modernos; tenía el desequilibrio físico del Asceta, porque su consagración moral no le había permitido llegar al "mens sana in corpore sano" del latinista.

Hace falta el atleta moral en las generaciones del presente, en las que culminan los atletas físicos, que con sus privaciones también ascéticas y su esfuerzo soberbio, están alcanzando para honra de esta parte de América las preseas de las Olimpiadas del viejo mundo que celebran las grandes capitales siguiendo el modelo clásico de la Grecia resplandeciente.

DON FEDERICO LACROZE

Trataré de sintetizar en un artículo, una vida de trabajador que es ejemplar.

Don Federico Lacroze, el fundador, nació en la Provincia de Buenos Aires el 4 de Noviembre de 1838, de una antigua familia con modesto patrimonio, educándose en ambiente de amor al trabajo, y recibiendo los conocimientos generales y suficientes para ilustrar su acendrado patriotismo y suscitar sus grandes iniciativas y sus árduas empresas.

Muy joven entró como dependiente en la casa de Malman y Cía., donde se hizo a poco el hombre de confianza de aquel importante centro de actividades comerciales, que hubo de abandonar para acometer ya la ejecución de las vastas ideas y proyectos que obsediaban su espíritu.

La industria del transporte lo atrajo como complementaria del movimiento comercial que veía desarrollarse a su alrededor, y los recursos que había

podido ya reunir sólo alcanzaban a 750 mil pesos de la antigua moneda corriente, o sean 30 mil pesos fuertes.

*
* *

Dr. FEDERICO LACROZE.

Con tan exiguo capital y una fe de visionario precursor, se presentó al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, solicitando el permiso necesario para instalar una línea de tranvías con sujeción a la ley provincial de 24 de Agosto de 1868.

Esta ley prescribía hasta la distancia entre cada coche, que había de ser tirado por dos caballos solamente, y aquella nunca debería ser menor de *ciento treinta metros*, siendo absolutamente prohibido pararse en las bocacalles.

Tales disposiciones y otras análogas que posteriormente se tomaron, eran motivadas por el terror instintivo de la población hacia el tranvía, que veía en él un instrumento de muerte, y la precaria velocidad fué todavía precaucionalmente limitada a seis millas por hora.

Vecinos nacionales de gran representación social y firmas comerciales caracterizadas que tenían sus propiedades e instalaciones en las calles del recorrido, creyendo que el tranvía sería muy peligroso en esas calles que les parecían tan transitadas, se opusieron tenazmente a la realización de las *visiones* de Don Federico; y el Gobierno tuvo que intervenir la marcha de los vehículos, ordenando que a veinte pasos delante, un centinela a caballo, armado de una corneta que se oía en toda la ciudad, advirtiera la aproximación de este peligro que corría a seis millas por hora y tirado por dos Pegasos de avanzada edad.

Era la oposición orgánica de la inercia colonial, la misma que no lograba detener el envión del Intendente Don Torcuato de Alvear cuando abría en la entraña misma de la metrópoli la Avenida de Mayo; lo hemos visto pasar una tarde en un coche de

alquiler por nuestra antigua casa Callao y Avenida Alvear, sofocado, desprendiéndose el cuello y rojo de cólera después de una escena con los que se resistían al ensanche de las dos primeras cuadras desde el Paseo Recoleta, que él pretendía llevar en amplia avenida hasta Esmeralda, lo cual era entonces hacedero.

La concesión a Don Federico Lacroze se hizo a base de la ley ya referida, y el 29 de Diciembre del

En el daguerrotipo de F. Lacroze.

En el daguerrotipo de F. Lacroze.

año mencionado, ante el Escribano Mayor de Gobierno, Don Alejandro Araujo, firmaba conjuntamente con el progresista Gobernador Don Emilio Castro, este como Presidente del Senado en ejercicio del P. E., la escritura del permiso otorgado para establecer una línea con el siguiente recorrido:

*
* *

Victoria, de 25 de Mayo a Entre Ríos - Rivadavia - Rioja - Piedad - Callao - Cangallo - 25 de Mayo - Victoria - Total 60 cuadras.

En esa concesión se establecía la tarifa de dos pesos moneda corriente (de los chicos), por persona, en primera clase; un peso en segunda, y mitad de precio para niños de 8 años.

En verano sólo podían correr sesenta tranvías, entre ida y vuelta, desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, y en invierno, veintiséis, desde las siete de la mañana a la misma hora de la noche, suprimiéndose desde esa hora la circulación de los vehículos, salvo cuando había ópera en Colón, que a las 11 se mandaba allí próximo un coche.

En la inauguración del primer tramo comprendido entre las calles Cangallo, Callao y Piedad, desde Ecuador hasta Talcahuano, iba como cuarteador y trompetero Juan Lapeguea, antiguo soldado del Paraguay, como cocheros, Francisco Picarel y Francisco López, españoles, y como mayorales, Hilario y Baldomero Rodríguez, ambos criollos, el último de los cuales Baldomero, murió en el Parque, en la revolución del 90.

El pasaje era una pequeña moneda de metal blanco, con grabados alegóricos, en averso y reverso.

*
* *

Fué la referida, la primera línea de esta empresa que recorriera la ciudad de Buenos Aires y más tarde se multiplicaron por las compañías que, unificadas, forman la red actual, a excepción de la Compañía Lacroze, que ha permanecido independiente hasta ahora, prolongándose después bajo la misma administración Castro, en 1869, hasta la Boca del Riachuelo; desde esa fecha sigue una cantidad de concesiones, que realizadas unas, otras transferidas y otras ampliadas, acompañaron la expansión de la ciudad con líneas tranviarias en todas direcciones.

*
* *

El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en 1891 autorizó a la Empresa Lacroze para cambiar la de caballos por tracción a vapor o mixta, y a base de esa autorización se libró al servicio público en Junio 12 de 1895, la línea férrea tracción a vapor, desde Medrano y Corrientes hasta Chacarita, extendiéndose después al interior de la provincia.

Es de notar que esa disposición de mi gobierno no hizo sino legalizar la situación de las líneas férreas a vapor, ya tendidas por Lacroze sin permiso, en su apuro de ir adelante. El gobierno com-

prendió al trabajador, y en vez de multar consagró.

Así llegó Don Federico, con la tracción a vapor, hasta San Martín, Bella Vista, San Miguel, Pilar, Capilla del Señor, Giles, Carmen de Areco, Salto, Rojas y Villa Colón, comunicando Capilla del Señor con Zárate, etc.

Cambiada la tracción a sangre por la de vapor se imponía el cambio de nombre y por ello, bajo el gobierno del Dr. D. Guillermo Udaondo, siendo Ministro de Obras Públicas D. Emilio Frers, el Tranvía Rural se denominó Ferrocarril Rural de la Provincia de Buenos Aires, declarándose bajo la jurisdicción nacional por Decreto del Presidente de la República, Dr. Uriburu, siendo Ministro el Dr. D. Amancio Alcorta.

*
* *

Posteriormente a estos hechos, el desenvolvimiento de las líneas continuaba bajo la dirección de D. Federico, salvando las múltiples dificultades que se originan en las grandes empresas, y cuando preparaba la prolongación hasta Rojas, lo sorprendió la muerte, el 16 de Febrero de 1899, a los 61 años, después de una lucha constante de más de treinta, dejando los beneficios que tanto han propulsado el tráfico y el comercio de la provincia y de la Nación.

Sus hijos, formados en la escuela de trabajo del insigne antecesor, han continuado su obra, contando en la actualidad el País con el desarrollo de aquellas iniciativas tal como si viviera el *pionneer* que las hizo surgir de la nada.

Después de su muerte lamentada por todos, las autoridades municipales y nacionales honraron su memoria con diversos homenajes, entre ellos el cambio de nombre de la calle Colegiales por el de *Federico Lacroze* y el de la Estación terminal del F. C. B. A., por el mismo ilustre nombre.

Los sucesores continuando dignamente la acción de Don Federico han dado gran impulso a la empresa, formándose luego las actuales compañías de Tranvías Lacroze de Bs. As. Ltda. y el Ferrocarril Central de Buenos Aires, sucediéndose las inauguraciones de 28 nuevas líneas en ambas compañías desde 1907 a 1919.

Estudiadas detenidamente las necesidades de la grande urbe, los sucesores de D. Federico Lacroze han extendido las líneas a tracción eléctrica en toda su inmensa planta, tirando una muy importante de Campo de Mayo conectándolo directamente con los Arsenales, y otra a la llamada por mal nombre Avenida Costanera, sin duda visionada también por el precursor; línea que siendo exclusiva hasta ahora en su punto de acceso, sería bueno que hiciera al menos este recorrido con coches más nuevos.

Este es un voto del gran público que ha acom-

pañado a la Empresa Lacroze, constante y animoso como ella hasta en sus escaseces; no todo ha de ser apología y hay un método que consiste en pasar la mano cara abajo y después cara arriba, lo que llaman un gusto y un disgusto; y así el publicista hace buena obra para todos sin mengua para nadie.

*
* *

La primitiva concesión que fuera en la capital de 60 cuadras o sean ocho mil metros, hoy es un sistema que se extiende en 150 mil metros, y aquella ínfima cantidad de 750.000 $ m|c., o sean 30 mil pesos fuertes, hoy asciende a la considerable suma de 25 millones de pesos en capital autorizado y subscripto, y de 2.150.000 £ en obligaciones reducidas a 1.691.730 £, o sea convirtiendo esta última cifra 19.116.549 $ m|n.

El capital del Ferro Carril Rural asciende a pesos 22.565.000, formando con las obligaciones un total de pesos 43.636.925.

Lo que hace como capital en la metrópoli y en la Provincia una cifra total de 87.753.474 pesos m|l.

Los sucesores han respondido, pues, dignamente a la herencia de trabajo y de progreso que recibieran sin beneficio de inventario, y preparan así en los tiempos el Centenario de 1838, y van arrimando bloques de piedra para la estatua de Don Fede-

rico Lacroze: que debe verse de lejos en la llanura porque es el trabajador argentino que ha hecho obra más grande con el solo y propio esfuerzo.

Tal ha sido la obra de un buen Porteño en esta Argentina que es la tierra de promisión de la escritura, de leche y de miel para todos los trabajadores del mundo.

D. MANUEL LAINEZ

A LA ALTA MEMORIA DE D. NORBERTO DE LA RIESTRA

Me interrumpo un momento en lo que iba contando porque ha caído un vasto cuerpo en el campo de batalla, y siento resonar en el espacio su brillante armadura.

*
* *

En el primer semestre de 1880, en la calle Alsina al llegar a Chacabuco, en uno de los almacenes de la gran casa de los Anchorena, que todavía está igual en esa esquina, porque los Anchorena son siempre iguales a sí mismos, en ese pequeño almacén, pues, estaba yo en mangas de camisa a pesar del frío, y remangados los brazos, sudando como un herrero al calor de la fragua, para forjar a macho y martillo una nueva arma de prensa.

Era un pequeño diario ilustrado, como el "Charivari" de París, o el "Punch" de Londres, que según mi ilusión, ya podía vivir en la surgente Buenos Aires.

Entonces había que hacerlo a dos tirajes, uno en litografía, dibujado en piedra y otro en tipografía compuesto letra por letra.

Se ve que la operación era compleja y el procedimiento no daba para las grandes ediciones, pero entonces no se hacían en la urbe todavía de moderada población.

El reción nacido era de la tarde y se llamaba "El Gráfico", nombre exacto y técnico que los importantes canillitas, hoy muy evolucionados, no entendían entonces, prefiriendo gritar desaforadamente "El Mosquito", "La Presidencia" y otros.

Sin embargo, el dibujante de "El Gráfico" era un brasilero, Faría, un relativo artista, que después fué dibujante muy apreciado en "L'Illustration" de París, y probablemente demasiado artista para el caso, pues hizo algunas caricaturas que eran verdaderos cuadros de actualidad, y no se vendían.

Una tarde que yo estaba rojo de fiebre y pálido de desaliento, con esa desesperación del periodista que ofrece una mercadería, a su juicio eximia, en el letal vacío de la atmósfera, entró como una tromba Manuel Láinez, que me había enviado ya algunas colaboraciones, y los retó a todos, regente, dibujante, cronistas, menos a mí, a quien consideraba un

mártir de la inepcia general; y en términos tan categóricos que yo hube de intervenir en favor de mis hiperbólicos victimarios, hasta que Manuel se fué, todavía indignado, lo que le agradecí como una demostración sincera de personal afecto.

Al otro día, contestando unas líneas en que yo le había ofrecido un puesto en la redacción, y sin aceptarlo, me escribió una carta fraternal que guardo en mi archivo, llena de magistrales puntos de vista sobre nuestra prensa, demostrándome que la obra que yo había emprendido no era para un hombre solo, sino para muchos, y proponiéndome ensayarla entre los dos.

Si yo acierto a escucharlo, tal vez habríamos realizado entonces entre ambos, lo que ahora, con más medios técnicos e industriales, hacen todos los diarios de la capital, probando así que la idea del pequeño diario ilustrado no era mala.

Yo pensé entonces, con un criterio acaso posimista, que un diario es una tarea personalísima, y que las disidencias políticas latentes pronto nos iban a separar, acaso quebrantando antiguos vínculos superiores a todo interés político o material.

Después Láinez continuó haciendo allí mismo sus primeras armas periodísticas, escribiendo en "El Gráfico", sus sueltos inimitables y folletines de crítica social, firmados algunos con el pseudónimo de "El capitán Pérez", en los que brillaban como en una alborada espiritual las mil facetas de su talen-

to y el chasquido fulgurante de su sátira. No creo que en el género se haya escrito aquí ni él haya escrito después nada mejor.

"El Gráfico" murió, sin embargo, como a los cinco meses de vida, ni siquiera sietemesino, y acaso de consunción, como hijo de pobre.

Al poco tiempo y con más medios y concurso, Láinez fundó "El Diario", donde como alrededor de un planeta de vasta atracción, empezaron a refulgir astros de las letras y de la prensa, Magnasco, Carlos Olivera, Carlos Monsalve, los García Merou, Ayarragaray, como después Juan Antonio Argerich, Castellanos, Barroetaveña y tantos otros.

Cada uno decía lo que creía bueno y bello, y firmaba con su pseudónimo, haciendo entre todos, esos primeros días de "El Diario", que fué desde su iniciación y hasta en el reducido y manual formato, un audaz impulso innovador en nuestra prensa, a la manera de "El Fígaro" y el "Gil Blas".

Yo redacté la columna editorial titulada "Boletín del día", desde el primero en que "El Diario" salió, el 28 de Setiembre de 1881, hasta el 6 de Diciembre en que, como yo lo había previsto antes, las divergencias de criterio político nos apartaron, y cada cual tomó su camino; alejándose cada vez más porque por todos se va a Roma.

Ya nos volveríamos a encontrar al descender la cuesta de la vida, en el mismo Haz, como dos fascistas que no aceptan ningún Mussolini.

*
* *

Láinez llegó hasta la más alta cumbre de la más alta zona del gobierno en nuestro régimen institucional, al Senado de la Nación.

Creo que sin quitarle ni ponerle, sin mengua para nadie, y como parlamentario de oposición según su temperamento, Láinez ha sido el senador más laborioso y eficaz que se ha sentado en las bancas de la gran asamblea deliberante argentina, desde la organización nacional hasta la fecha.

Ninguna de las cuestiones que agitaron su ciclo parlamentatrio fué extraña a su palabra ni a sus iniciativas. A todas las hirió en el centro como los campeones de tiro, y sus cartones pueden quedar para modelo clásico de un insigne legislador en las generaciones.

No era un orador, era algo más, era un escritor que habla. Lo hacía como escribía en prensa, de una manera espontánea, concisa y mordiente, y su discurso breve, casi telegráfico, se movía y andaba, todo músculo y vida real.

Hablaba sobre la cuestión que pasaba o que caía bajo los cañones de su sutil escopeta sin gatillos, y ese escritor nato acaso predestinado a la cota de malla de la oratoria cincelada, montaba en pelo en el Parlamento, como también supo hacerlo otro escritor nato y cincelador, Eduardo Wilde.

Espíritus proteicos, mutables como la onda inmensa, pero siempre iguales a sí mismos; augures y oráculos de los que cada época presenta pocos ejemplares y cuyo arquetipo entre nosotros, sería Sarmiento.

*
* *

La obra parlamentaria de Láinez tiene tres momentos culminantes: aquel en que defiende casi solo pero con el concurso jurídico de Magnasco el fuero parlamentario después del 25 de Enero, obteniendo sanción judicial a su favor; el momento en que propone la ley que lleva su nombre, y el tercero, en que se opone en el Senado a los armamentos inútiles, perturbadores de la paz americana.

Un legislador, para dejar memoria no ha de dejar muchas leyes sino al menos una ley, que sea cimiento y fundación social. Esa ley será votada tras largo batallar o triunfal impulso, y después será escondida, sofocada o estrangulada por la envidia o la inercia, pero quedará... quedará... y nadie será osado a tocarla.

Esa ley será sólido basamento de una figura parlamentaria, como lo fué la del Homestead para el senador Tomás Hart Benton, obtenida por él a los cincuenta años de reluchar parlamentario, después de vetada y detenida varias veces por los intereses

sórdidos; y al fin sancionada y firmada a dos manos por el presidente Abraham Lincoln al mismo tiempo que firmaba la libertad de los esclavos, dos leyes pares.

Después de lo cual los sudistas pensaron que este buen cristiano había hecho demasiado, y lo asesinaron.

*
* *

Láinez era una figura céntrica, central y centralista, y esta última característica, demostrada por la misma ley Láinez, fué siempre nuestra divergencia.

Fué un porteño de remotas añoranzas, que el 80 se nos solía presentar al crepúsculo en los cuarteles, como de incógnito, con su alta silueta dentro de su capote con capuchón, de sargento de la guardia nacional, acaso pensando: —Estamos haciendo el último disparate; pero formando del lado de la provincia de Buenos Aires.

Podía disculparse ante ésta, la dama de sus pensamientos, como el personaje de Shakespeare ante la incomparable Desdémona, diciéndole:

—Señora, yo soy un crítico.

Era un unitario de raza, que nunca pudo tragar a Alberdi en su segunda época, y era un demócra-

ta patricio que se tocaba por un lado con Quintana y por el otro con los caudillos de la plebe.

Figura central, los acontecimientos habían de venir a él, y a veces parecía que cambiaba de lugar cuando habían llegado. Donde él estaba, en cualquier extremo de la mesa, estaba la cabecera, lo cual es también privilegio de los soñadores.

Era un pasional, y la vieja amistad reflorecía siempre en sus rudas manos de luchador.

*
* *

Un día, quedaron dos sosteniendo la vieja bandera de las instituciones, dos centinelas perdidos del vasto y disperso régimen, Láinez en la prensa y algún otro en el Parlamento.

Al pie de esa trinchera se volvían a encontrar juntos, como los de la trinchera del Boquerón, con los bigotes ya grises, irreductibles veteranos que llevaban entre los dos con supremo esfuerzo un pendón muy alto con un jirón en la punta, de esos que no tienen ya ni color visible ni cacho sano, acribillados por las balas, y que al pasar sublevan del fondo de las almas, no ya el aplauso sino el sollozo de las multitudes.

Y se decían el uno al otro, como al toque de oración de las instituciones, de nuevo ante el peligro de

la dictadura: ¡Valor, viejo porteño, para defender la patria!

Esta se salvó, gracias a la solidez de la Constitución secular adoptada por nuestros padres.

¡Hasta luego, compañero!

MARTIN DE MOUSSY

La grande Asociación de la Industria Nacional tuvo a bien dirigirme en su oportunidad la siguiente nota.

Señor D. Julio A. Costa. — Presente.

Señor y maestro:

Es en nombre del Comité Ejecutivo de la "Exposición de la Industria Argentina 1924", y en el mío propio que tengo el honor de dirigirme a Vd. para agradecerle vivamente la crónica que nos dedicara, con elogio tan alto y tan pura vibración de patriotismo.

Desde luego, no podía ser en otra forma| La pluma siempre joven, como el espíritu que la anima, busca en el símil clásico, y nos entrega, como para un medallón rememorativo, la poesía mitológica del Hércules adolescente librado desnudo a sus propias fuerzas, para realizar la proeza estupenda de sus doce trabajos. Vd. lo ha dicho; y Vd. sabe lo que dice y dice verdad.

Su acrecido orgullo de argentino, frente a esta demostración, nos impone un deber nuevo, retemplando nuestros bríos.

Acatamos la autoridad y la sapiencia de sus consejos. Vd. no es un huesped de paso en nuestra heredad. Con el derecho propio de sus títulos, su vida entera de pensamiento y acción siempre al servicio de los más altos intereses del país, ¿cómo no se honraría la Unión Industrial Argentina aceptando tal mentor?

Crea señor en la sinceridad de nuestra adhesión y en la cordialidad de nuestra simpatía y acepte, con nuestro reiterado agradecimiento y las seguridades de mi consideración mayor, mi atento saludo. — *Luis Palma,* presidente; *A. E. Dellafonte,* secretario.

*
* *

He avisado recibo complacido, haciendo votos por que la magnífica exhibición de nuestra industria se transforme en Exposición de Ultramar y se continúe en el Campo de Marte en París, donde se han hecho tradicionalmente nuestras exposiciones.

Ahora voy a consignar algunas referencias sobre la vida ejemplar del sabio europeo de cuya antigua iniciativa tomé mi indicación, el que más ha andado y estudiado la República y que de sus trabajos en ella ha dejado varias obras clásicas.

*
* *

Juan Antonio Víctor Martín de Moussy, nació en Moussy (Seine et Marne) el 26 de Junio de 1810, e hizo con éxito sus estudios secundarios en la capital francesa, en los Colegios "Enrique IV" y San Luis." Cursó medicina en la Escuela de París diplomándose en 1835, en pleno ciclo romántico, el cual acaso orientó su vida de sabio hacia los largos viajes en el desierto peligroso y a las empresas de abnegación y de gloria.

Entró en la carrera de la medicina militar que ejerció en los hospitales de León y de Estrasburgo, donde fué ascendido. En varias vacaciones, recorrió a pie la Sierra de los Vosgos, el Ducado de Baden en la llamada Selva Negra, y la Suiza entera, estudiando Los Alpes como un aperitivo de los Andes.

Fué laureado en los concursos del Hospital de Estrasburgo y de la Facultad de Medicina y enviado al hospital militar del Val de Guére, de donde salió en calidad de ayudante mayor para el séptimo regimiento de infantería ligera, estableciéndose por fin como médico en París, a la edad de 27 años, y realizando trabajos históricos y científicos que lo destacaron. Colaboró en diarios y revistas, especialmente en *Le National,* tratando allí con maestría la cuestión de Oriente que era en ese momento la preocupación intensa de la Europa.

De esa época es también su libro *"Ensayo histórico sobre los cereales", su cultura, su conservación, sus alteraciones principalmente del punto de vista botánico, agrícola y médico* (*París* 1859, *en* 8°).

Sus trabajos y sus relaciones científicas y académicas lo señalaron a la atención del gobierno francés. Los Ministros Guizot de R. Exteriores, Villemain de Instrucción Pública y Dulerré de Marina, lo colmaron especialmente de distinciones y ayudaron su propósito hacia lo desconocido, emprendiendo el sabio su viaje a América en un buque del Estado, oficialmente recomendado para su empresa en bien de la ciencia y la civilización a los gobiernos Brasilero, Oriental y Argentino.

Salió para la América del Sur en 1841, ejerció breve tiempo la medicina en Rio Janeiro, y poco después se radicó en Montevideo, donde se destacó como médico e instaló a sus expensas un observatorio de estudios meteorológicos para entretener sus momentos libres.

En 1843 es nombrado director del servicio médico de las legiones Italiana y Francesa, comandadas por Garibaldi y Thiebaut, cargo que desempeñó abnegadamente durante nueve años, sirviendo en él con riesgo de su vida a la libertad argentina, en su *último reducto de la Nueva Troya*, cuya muralla ennegrecida debía alumbrar al fin la libertad.

Allí se vinculó para siempre con los próceres de la emigración, asistió al artillero Mitre; no pudo curar la espalda de Varela, y pudo admirar a nuestro invencible Manco en el centro del asedio inexpugnable, de retorno de la maravilla de Caaguazú.

Apenas hecha la paz en 1854, Martín de Moussy se acercó al vencedor de Caseros por intermedio de su antiguo colaborador en *Le National* y cónsul de Francia en Montevideo, Mr. Maillefer, el cual hizo saber al gobierno argentino quién era, la estimación del gobierno francés por el viajero y la entera fe que se podía tener en sus luces y aptitudes para el trabajo a que el doctor Moussy se comprometió.

El gobierno fijó las condiciones del contrato, cumplido durante varios años con gloria para el sabio, beneficio para la República y honra para el gran gobernante de la Confederación Argentina.

De Moussy exploró el Uruguay y el Paraná íntegros, atravesó el Paraguay, las Misiones y el Chaco y fué a reconocer personalmente en el remoto Sur a los gigantes Patagones de la leyenda Europea.

Consagró un año a recorrer los Andes desde el 33º al 22º de latitud Sur, visitando prvincias argentinas entonces desconocidas para el mundo exterior, pasando dos veces la Cordillera para ir a Chile y regresar por Copiapó, avanzando sus exploraciones hasta las fronteras de Bolivia, y reco-

giendo un número considerable de observaciones sobre la historia natural, la geología, la geografía, las condiciones étnicas y las costumbres de los países y pueblos primitivos que había recorrido.

En 1859 dejó la América y volvió a Francia, habiendo andado personalmente las llanuras y las montañas de la inmensa cuenca del Plata, tal como si la hubiera descubierto de nuevo después de Díaz de Solís.

Como afirma el distinguido doctor D. Vicente G. Quesada, en la "Revista de Buenos Aires", ninguna nación de América tuvo una geografía más completa y más práctica que la publicada por Moussy, que puede ser aún el amplio conocimiento de la Estadística General de la República.

Cosecha de tal labor fueron estas dos grandes obras:

Descripción Geográfica y Estadística de la Confederación Argentina, (París, H. Didot, (1860-64, 3 volúmenes en 8º con Atlas).

Y otra: *Memoria Histórica sobre la decadencia y la ruina de las misiones de los Jesuítas en la cuenca del Plata.* (1865, en 8º con Mapas).

*
* *

Martín de Moussy encaneció en el servicio de la Francia, de la Europa y de la América, y murió

en su tierra natal en 1869, a los 59 años, vida breve para obra tan vasta.

Es uno de los insignes franceses que más ha hecho por la República, luchando por su libertad, catalogando su riqueza y cimentando su cultura y su civilización.

El H. Congreso pudiera mandar reeditar sus obras completas, que son un monumento de la literatura científica y nacional, y discernirle después de muerto como un homenaje póstumo el título de honor de ciudadano argentino, ofrenda digna de su ilustre vida, grata sin duda a su andantesco espíritu.

MIGNAQUY Y CIA.

El problema argentino, vasto como la inmensa patria, tiene dos grandes zonas, la de las capitales y la de los campos.

En la primera zona es un problema comercial, en la segunda es un problema agrario.

No siendo asunto que esté tratado en libros, y siendo de índole económica, conversé un poco con Ugarte, un apolítico y un hombre de gobierno del tipo rivadaviano, por lo cual no ha llegado a la meta y ha culminado en el Gobierno; tiene la estatura gubernamental y física de Rivadavia, aunque no el aspecto de sapo del diluvio que le atribuyeron a Don Bernardino sus enemigos contemporáneos. Ugarte va siempre derecho al fondo del problema, manejando los números de memoria como un alemán, y me declaró que a primera vista lo que está demás en el problema comercial es el salario y debe ser eliminado. Y que el problema agrario está resuelto con mi ley del Homestead en la cual si yo le hubiera

consultado habría agregado el capital que le falta; a lo cual yo le contesté que el capital debía proveerlo el Banco Agrícola, contemporáneamente propuesto por el Dr. Adolfo Dávila. Y así quedamos de acuerdo, como siempre lo hemos estado por afinidades espirituales, y como lo están casi invariablemente "Les Rois en éxil".

Yo ya semi-orientado por este Calíbar de los números, miré un rato a obscuras en la madrugada siguiente y formulé esto:

*
* *

El problema comercial argentino tiene dos términos, y el problema agrario tres, por consiguiente el problema comercial es más complejo; vamos a examinar éste "por consiguiente", que se presenta un tanto paradojal ya que dos en aritmética es menos complejo que tres. Pero es que estos dos problemas no son de aritmética, sino de álgebra que es la filosofía de la aritmética, y se plantean así:

Problema comercial:

C. T. — S. = X. U. es la incógnita o sea la Utilidad, C. es el capital, T. el trabajo, y S. el salario. Hay que sumar el capital y el trabajo, y restando el salario que está de más según Ugarte, resulta la Utilidad o sea X. U.

Problema agrario:

Ti. C. T. = X. U. Es decir, hay que sumar Tierra, Capital y Trabajo para llegar a la Utilidad. No hay operación de restar, como en el problema comercial para reducir a éste a dos términos. "Por consiguiente" el problema comercial, de dos términos, es más complicado que el agrario de tres, porque el agrario es de sumar y el problema comercial es de sumar y de restar.

La fórmula legal o positiva del problema agrario es la ley secular americana del Homestead en que el Estado pone la Tierra, el Banco Agrícola el Capital, y el trabajador el trabajo.

Esta ley fué sancionada por unanimidad de las dos Cámaras de un Congreso con mayoría gubernista, a pesar de haber sido propuesta por un diputado de la oposición.

La ley institucional del Homestead no se aplica aquí, porque algunos espíritus que se han destacado y otros que aspiran a destacarse, han querido tener ideas propias en materia de colonización, en vez de adaptar modestamente esa gran ley de los pobres, la ley del senador Benton promulgada por el presidente Lincoln, que ha hecho la grandeza de los Estados Unidos.

A mi me ha ocurrido con esta ley del Homestead lo que a aquel poeta popular a quien el Rey que pasaba le tiró esta estrofa de pie forzado:

—Me han dicho que viertes perlas!...

Y él contestó completando la cuarteta:
—Sí señor mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre,
nadie se agacha a cogerlas.

En la manera de plantear el problema comercial se me preguntará, a mi periodista, qué papel dejo en mi construcción a la Ley Nº 11289 de Jubilación de Periodistas. Es que yo que cumpliré los setenta y cinco en los Idus de Julio, voy a optar por el escéptico suicidio, en vez del optimista Voronoff?

De ninguna manera, y la Ley 11289 sería la levadura de este pan, obligando a los aportes a los que no entraran por el método de asociación en el problema comercial suprimiendo el salario.

Tendríamos pues el pan y también la levadura, sin la cual no se puede hacer el pan, y tendríamos el "Painlevé", al cual no han podido llegar los socialistas franceses, mientras nosotros contemplaríamos cara a cara y sin horror al Primate ruso.

Pero no hagamos personalismos ni calembourgs, ya que no tenemos el vigor requerido para lanzar al fondo del estadio la flecha alada del viejito Anatolio.

Las dos ecuaciones que he planteado son a mi vez la teoría pura del vasto problema argentino, la teoría matemática, pues también la filosofía social "sta scritta in lingua matemática" en el gran libro de la Naturaleza, según Galileo Galilei, citado por el alemán Spengler en su libro auroral del Siglo XX que

yo no he logrado entender leyéndolo a primera vista porque así es difícil leer música de Wagner.

Hacia esa alta teoría pura, acaso todavía utópica, un impulso espontáneo y experimental argentino es el siguiente:

*
* *

La casa Mignaquy y Cía., fué fundada en 1858 por D. Luis Logegaray. Está a su frente desde 1882 Don Juan Bautista Mignaquy, habiendo ingresado a la misma el año 1873 en calidad de dependiente.

Era un almacén por mayor de comestibles y bebidas que ha ido evolucionando constantemente, siendo hoy una de las más importantes casas importadoras, así como representante de casas extranjeras y nacionales que le consignan sus productos.

El volumen de los negocios siempre en aumento, de doscientos mil pesos mensuales de ventas en 1882 llega hoy a dos millones por mes, y calculando 3 a 4 o|o de ganancia líquida sobre esa venta a una utilidad anual alrededor de novecientos mil pesos. Para desenvolver esta masa de negocios ha sido menester una organización adecuada a su complejidad misma; sus instalaciones y distribución del trabajo así como sus métodos administrativos, su espíritu de justicia y equidad para retribuir al personal, son la clave de esos progresos. Ha sido nor-

ma de la casa destinar un 25 o|o de los beneficios para ser distribuidos entre el personal anualmente, como bonificación a su moderado salario; de este tanto por ciento se deduce un 5 a fondo perdido para seguro de vejez y accidentes del trabajo. Este sistema ha dado lugar a que empleados capaces y meritorios hayan llegado a formar parte de la sociedad cada uno con su pequeño capital; algunos de ellos retirados ya viven de sus rentas y otros se han establecido potr cuenta propia. Actualmente la firma Mignaquy y Cía. está formada por J. B. Mignaquy, Luis D. Mignaquy, Ernesto Mignaquy, José Pichot, T. Martínez Cardenal, Ricardo T. y Horacio F. Mignaquy. Todos ellos se han iniciado como empleados formando así su posición por esfuerzo y merecimientos propios, dentro del régimen de justicia y equidad para la distribución de los beneficios implantado. La forma y distribución de los cargos hecha con acertado criterio, da por resultado el buen funcionamiento, dando lugar a que se vayan formando hombres dirigentes y capaces de asumir las responsabilidades que incumben a todo jefe de estas casas; y es así que actualmente el Jefe D. Juan B. Mignaquy ha delegado en sus hermanos D. Luis y D. Ernesto la dirección de los negocios, que marchan a entera satisfacción; permitiéndole emplear sus actividades en otras empresas de interés colectivo como ser, el Banco de la Provincia de Buenos Aires, la Compañía de Tran-

waís Eléctricos del Sur, la Compañía de Seguros El Comercio, la Fábrica de Galletitas A. S. Bagley y Cía., la Gran Destilería Cusenier, la presidencia de la Cámara de Comercio Argentino-Brasileña, y cargos de miembro-director de sociedades de beneficencia, etc., etc.

Sin perjuicio de continuar la aplicación imperturbable de su propio sistema tradicional, la Casa Mignaquy y Cía. ha hecho religiosamente los aportes ordenados por la Ley Nº 11.289, porque consideró incongruente que el capital se alce contra las leyes del soberano Congreso, le gusten o no le gusten.

*

* *

Talvez al discutir las reformas a esa ley que indudablemente las necesita aun para asegurar su propia estabilidad y eficacia, sería la oportuniidad de colocar una placa conmemorativa, en la ancha Portada de las casas de comercio organizadas en bien de sus colaboradores como la de Mignaquy y Cía., para honrarlas y fomentar su propagación como instituciones de interés común.

El Congreso puede decirlo y establecerlo, y yo pongo aquí punto final, porque a D. Juan Bautista Mignaquy no le gustan las exhibiciones: idiosincracia de la que ha hecho una excepción hacia mi, por ser él nacido en el Bragado, haber sido amigo

de mi hermano Carlos y tener el hábito de leer mis escritos, siendo esto último a mi ver el único negocio en que haya perdido, pero solamente el tiempo que precede al sueño profundo de las vidas sanas.

D. JOSUE MORENO

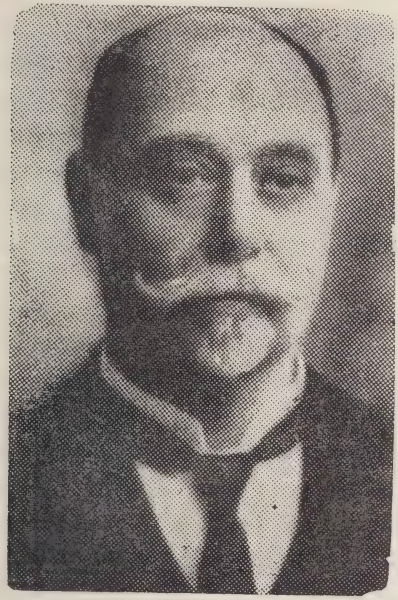
Fué enterrado sin clarines, sin conscriptos, sin honores, pero con el homenaje integral de la sociedad en que vivió.

Josué Moreno ha sido un reprsentativo singular de su generación en orden al desenvolvimiento de los intereses colectivos del trabajo y de la riqueza, que son los que hacen el país.

Pero las grandes voces de la Nación, el clarín, el cañón, los tambores, sólo resuenan en la tumba de los funcionarios, de los militares, de los políticos, que son en general, salvo algunas individualidades, los trabajadores improductivos de la sociedad.

Cuando teníamos 16 años, hace como 59, me solía pedir algún domingo que lo acompañara (en tranvía) hasta media cuadra antes de llegar al Puente Grande de Barracas, a cobrar él el alquiler de una casita que había adquirido ya, con las economías de sus cortas entradas mensuales; y después nos íbamos a almorzar al Bier Quelle, un buen restaurant que

había en la calle Cangallo entre Florida y Maipú, en el que recorríamos una colección de fiambres y ensaladas con chopp doble, como dos héroes alemanes; y Josué pagaba el almuerzo ese día, si le toca-



D. JOSUÉ MORENO.

ba, siendo difícil impedirle pagar siempre a este economista precoz.

Otras veces me llevaba a almorzar con su padre, a la quinta de Moreno, donde él iba regularmente los domingos. Llegábamos temprano, como que a

veces no nos habíamos acostado (éramos muchachos); el Sr. Moreno ya paseaba por su viejo parque, elegante, en su traje de quinta, en su fresca ancianidad, y cubierta la calva con un finísimo Panamá.

Una de esas mañanas de primavera, en el triunfo del sol junto a la sombra de los altos árboles raros, donde los pájaros del cielo cantaban la gloria y el amor de la vida, yo, exultando, le dije: "Qué lindo es Sr. D. Francisco, levantarse temprano". "—Haberse levantado temprano, amiguito" — me rectificó, con esa filosofía sintética con que hablan los años.

Los domingos o los días de fiesta, porque los otros Josué estuvo todos a las 10 a. m. en su escritorio, haciendo todos los días la misma cosa a la misma hora, durante medio siglo, con una normalidad y una tenacidad que interrumpía a las 7 p. m. para entregarse a sus amigos; los cuales llenaban todas las noches la sala y el comedor de la casa Florida 128, casa de escritorios y de habitación de los hijos varones, después de la muerte de la madre.

Concurrían allí jóvenes de todas las opiniones y matices políticos, aunque de uno sólo, en el concepto noble de la vida, de la amistad, del ideal; iban José María Ramos, Isaías Mendiburu, Federico Pinedo, Luis García, Héctor Quesada, Julián Lafuente, Rodolfo y Félix Alzaga, Ezequiel Elía,

Ricardo Fernández, Alberto Casares, Francisco Pasman, Emilio Mitre, Marcelino Ugarte, Miguel Esteves Seguí, José Antonio Capdevila, yo y otros cuyos nombres no me vienen en este momento.

Actuaban como dueños de casa Pancho, Josué y Eduardo. Eramos muchachos algunos ricos y otros pobres, pero ricos por dentro, estudiantes, comisionistas, estancieros, rentistas, periodistas o pinches de prensa, varios de éstos entrenándose ya para la áspera lucha, todos alegres y despreocupados, como si la arena de la vida fuera cancha de football.

Después varios fueron hombres públicos de nota e invistieron altos cargos, menos Josué, que no los aceptaba, con ser tal vez el más representativo del grupo. Porque mientras todos se ocupaban en tareas diversas, caminando sin mirar al horizonte y sin orientar el rumbo; Josué hacía modestamente todos los días, la misma tarea; lo que parecería mediocre si no fuese que esa tarea era alta, original, y colectiva aunque pareciera privada. Era la fundación y el desenvolvimiento de la asociación del capital nacional para empresas nacionales, que es lo que se necesita, y lo que ninguno hace ni ha hecho entre nosotros con tal tenacidad y eficacia.

Mientras nosotros borroneábamos sueltos en los diarios, dábamos examen, o no dábamos, andábamos de aquí para allá, charlábamos, soñábamos: este chico en este país, hacía sociedades anónimas y

de seguros, las que se desenvolvieron y culminaron bajo su dirección.

Lo único que no aseguró fué su propia fortuna; porque después de esa labor única, persistente y vasta, después de realizar su obra colectiva, sin duda enamorado de ella, y después de crear así en alta tarea su posición personal, se metió él también, que no se metía nunca. Y comprometió sus intereses, su salud y su vida, en una financiación de las grandes compañías que él había formado y dirigía, con lo que hubiese atraído al país nuevos y crecidos capitales, propósito final de su vida, grande y patriótico, que como muchos otros, la bárbara guerra hizo fracasar.

¡Cuál no habrá sido la intoxicación, la epidemia de los espíritus, para que vacilara y especulara ese espíritu de equilibrio estable! ¡Y qué ya de nosotros, humildes pecadores! Por eso me parecen injustos los criterios implacables que creen ahora que todos los heridos deben perecer, en este vasto campo de batalla, para que se harten los cuervos previsores que vienen siguiendo y olfateando próximos cadáveres.

Algunos domingos por la mañana me invitaba Josué a ir hasta la Recoleta, donde él con sus pesitos puestos de lado, parte al contado y parte a plazos, y con su gusto distinguido y su sentir hondo y sencillo, estaba haciendo construir una bóveda en la tumba de la madre. Era una simple lápida de gra-

nito gris, rodeada de césped, algunas flores y una verja de hierro; severa y elegante como una tumba inglesa, para ir, postrarse y rezar. En ella se lee el nombre de la señora Doña Juana Thwaites de Moreno, y era para esa alta memoria la consagración del amor constante del hijo adolescente, como la flor renacida del romance de la madre.

Algunas madrugadas, después de la ópera en Colón, y después de cenar en el café anexo, entonces de moda, o en Sempé, con champaña en sopera con tajaditas de limón y frappé con pedazos de hielo adentro, que era el modo de prepararlo, enderezábamos a pie a la quinta de Moreno; el tranvía entonces no madrugaba, o no lo había; hacíamos el camino cantando los trozos de ópera quedados en el oído, bastante malo éste, y las voces también; pero era el ideal quien cantaba, y la caminata se hacía como con alas. Habíamos estado prendidos toda la ópera a nuestros gemelos enfocados a dos palquitos de cazuela, en nuestras económicas lunetas de platea, desde las cuales, sin embargo, les matábamos el punto a algunos ricachos de los palcos, que se pelaban la frente en el mismo rumbo, sin conseguir más que algunas miraditas de constatación, severamente contraloreadas por nuestros fuegos.

Llegábamos clareando el día al añoso parque, que nos parecía de árboles desconocidos, en cuyo follaje cantaba sin intervalo una melodía indecible, el pajarito sin nombre de la aurora de la vida.

En la casa Florida 128 nos juntábamos todas las tardes, y las noches, tomábamos té, charlábamos, gritábamos, discutíamos, cantábamos y salíamos después en grupos diversos, según los rumbos.

En los días patrios o de algún desfile, y las noches de iluminación solían ir al balcón algunas señoras y señoritas, amigas de la familia de Moreno; y éramos los jóvenes más finos, apuestos y discretos, con alguno que otro rasgo de buen humor. Una de esas noches estaba en el balcón uno de los muchachos que le decíamos inmerecidamente "el compadrón"; atendía a una señorita "un pó mattura", muy romántica y lectora, que lo flechaba circunstancialmente. Nuestro amigo se sentía bastante acortado, sin soltura en la sociedad de señoras. La señorita insistía en preguntarle cuál era su autor preferido, y él, poco preparado en lecturas, le contestó para salir del paso y con su malicia ingénita, expresando, por otra parte, una verdad relativa: "Mi autor preferido es Martel, señorita". Ella, ignorante de esta bibliografía, se quedó pensando qué autor sería ese y no lo apuró más.

Dos de los muchachos se habían asociado para trabajar en negocio de venta de comestibles, con mucho entusiasmo y éxito; uno que era especialmente activo lo encontramos un día por la calle Florida con cajas de sardinas en el bolsillo para "réclame". Pasaba un señor por la acera de enfrente. Verán como lo hago cliente a Perisena , nos dijo, y lo

abordó resueltamente y con todo éxito. Llegaron a tener una de las casas más importantes del ramo, después fortuna y grandes negocios, también especulaciones, algunas adversas para uno de ellos. ¡Pobre y noble amigo, supo luchar y supo morir!

Algunos estuvimos empleados entonces en las oficinas de la convención reformadora de la constitución de la provincia de Buenos Aires, que se eternizó, para hacer una constitución demasiado bella, como para ser violada. Estábamos José Antonio Capdevila, Juan María Gutiérrez, José A. Viale, Carlos Molina Arrotea y otros. Allí conocimos a nuestros hombres públicos de nota, todos los cuales de todos los partidos, formaban parte de esa asamblea memorable, en aquella verdadera democracia representativa, muy anterior a la precursora ley electoral. En antesalas, en las sesiones nocturnas, mientras los convecionales discutían, nosotros, los pinches, hacíamos gran chacota. Uno endosó una noche la larga, recta y maltrecha galera de Adolfo Alsina, y otro empuñó su bastón, gran junco con puño de marfil, y espadón adentro, saliendo como dos dedos. Se hizo un asalto con abolladura del ilustre penacho. Al fin de la sesión, Adolfo Alsina, para nuestra tranquilidad, le metió el puño por dentro a la galera veterana, sin parar mientes, se la ajustó, se prendió la larga levita, y salió, con ese paso elástico y altivo con que cruzaba "las muchedumbres tumultuosas", según el decir de Avellaneda.

*
* *

La revolución de 1874 nos dispersó, y la casa Florida 128 quedó desierta. Cada uno se fué a tomar su lugar en las opuestas filas, según la respectiva tradición política, de lo que nadie declinaba entonces, y que algunos mantienen aún.

Yo fuí a dar a un campamento en los alrededores de Mercedes, de alférez porta-estandarte del 1º del 3º.

Llovía y llovía, y vivíamos y dormíamos entre el barro del bañado donde acampábamos, porque no había más remedio, y Luis María Campos, nuestro heroico jefe, decía que era bueno que le "tomáramos amor al servicio". Una noche anunciaron que había llegado y acampado próximo el batallón 2, que mandaba Julián Martínez, y en el que venían algnos oficiales amigos, entre ellos uno del grupo, que le decíamos "el paraguayo". Fuí a verlo, asomándome como pude a una carpa de soldado en la obscuridad y la lluvia, y lo llamé por su sobrenombre. Me contestó muy cariñoso, pero echando ternos, y sapos y culebras contra la lluvia, el barro y la carpa. Yo, con una serenidad de veterano de cuatro días, y recordando sus expansiones románticas le observé: "¿No decías que te gustaban las tempestades, y el Corsario y Byrón? Ahí tenés tempestades, relámpagos y truenos, y barro y todo; ahí te-

nés la realidad". Entonces, de adentro, me contestaron cosas absolutamente intransmisibles, y quedé en volver a la madrugada a churrasquear.

*
* *

Josué continuó después, a través de las dificultades, su obra constructiva y progresiva, y cada uno la suya.

Algunos la hicieron de combate, y nos tuvo lejos a veces, la tormenta y la niebla. Pero podía contarse siempre en la adversidad con su apretón de manos noble y afectuoso; y en todo éxito o exteriorización de la personalidad mental, hasta sus últimos días, con sus líneas de clara letra inglesa, enviando un aplauso benévolo y una nota de fina observación a todos los matices del concepto, como que no había perdido una palabra de las que dijera o escribiera su amigo predilecto de la primera juventud.

Así trazo estas líneas, para esbozar tu distinguida figura en nuestra generación, querido Josué, por si se leen acaso, y para que no las esfume tan pronto el mortal olvido; y las firmo con un nombre caro a tu corazón, ante el cual siempre buscaste, con afectuoso interés, el errante pensamiento y la desnuda forma.

¡Hasta luego, hermano!

CLEMENTE ONELLI

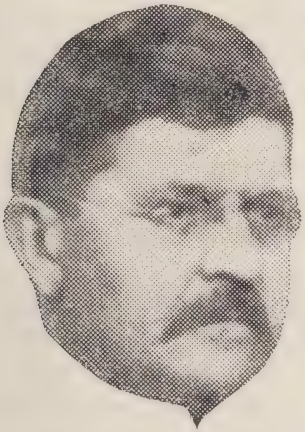
De sus estudios en el gran Colegio Católico de Roma, tenía un extenso conocimiento de las lenguas clásicas, que aportan a los idiomas latinos las definiciones en su raíz etimológica, y permiten beber en el manantial las Acotaciones Griegas y Romanas, que son la síntesis del espíritu antiguo.

Algún sabio abate de los que no faltan, aun cuando escasos, en la viña del Señor, le enseñó las ciencias físicas y le inspiró ese naturismo que lo hacía amar con amor profundo y cristiano a todo lo que el hombre ha sometido a su imperio a veces despectivo: las plantas, las flores, las arañas, las mariposos, los pajaritos y las fieras.

Acaso ese mismo abate le hiciera leer diariamente antes del desayuno o durante los ayunos, los imperecederos capítulos del Evangelio y la parábola sublime donde el Maestro dice: *Dejad a los niños que vengan a mí.*

En la ciudad de La Plata, donde tanto lo conocimos y estimamos, Onelli solía aparecerse en la

fronda de la antigua estancia de Iraola, rodeado de los chicos, ricos y pobres, que encontraba en el paseo, y se juntaban con los míos para subirse en plebiscito al pequeño faeton amarillo conducido por alguno de ellos con su lacayito de ebano al lado y tirado por dos caballitos andaluces; y se



D. CLEMENTE ONELLI.

trepaban de a tres en los ponneys shetlands, aperados con sus recados sin estribos, abrazándolos y besándolos en esa fraternidad pristina del niño para con los otros pequeñitos.

Onelli contemplaba el cuadro *d'après nature* con vanidad de autor, y para restablecer el orden tiraba a la marchanta yemas y caramelos envuel-

tos en papelitos, que sacaba a dos manos de los amplios bolsillos del saco.

Desempeñó importantes cargos en el Departamento de Obras Públicas de la Provincia, y en el Museo de La Plata, al lado de Pancho Moreno, a quien se vinculó desde entonces para las ulteriores exploraciones en la vasta cordillera; concurrentes a delimitar con generoso espíritu argentino la hijuela colonial con nuestros hermanos los chilenos, que ayudaron para Maipo y Chacabuco a hacer la emancipación americana.

*
* *

En la revolución contra el gobierno de Buenos Aires, Onelli cumplió con su deber en las filas de éste; se calzó sus botas de siete leguas, con las grandes espuelas de plata que habían pertenecido a *Calfucurá*, montó a caballo en el mejor rocinante de la Escuela Agronómica, dobló sobre la silla mejicana su largo poncho pampa, que le servía para dormir al raso como bajo techo, lo aseguró bajo el sobrepuesto de perico ligero con un largo cinchón de dos vueltas, y estuvo en todos los puestos de peligro, sin abandonar su benévola sonrisa de autoironía, que así alcanzaba para todos y nadie podía quejarse.

Tenía ese valor personal y mental del misionero

y del sabio, no inferior al valor militar, el de los Livingstone y los Stanley, el que llevó a Pancho Moreno, solo e impávido, a los toldos de Shaihueque, donde no había pisado planta de cristiano, con la misma audacia que fuera Lucio Mansilla a los de Mariano Rosas, en la legendaria Excursión a los Ranqueles.

*
* *

Después de la revolución del 93 y de acompañar lealmente a sus amigos en la mala fortuna, Onelli acompañó al perito Moreno en su memorable campaña andina, concurriendo a rebatir con un gesto de ironía internacional la teoría del *Divortium Aquarum*, haciendo correr de un golpe de pala Argentina, el río Fénix hacia el Atlántico.

El árbitro Inglés comprendió la indirecta a lo Carlyle, que nos hizo ganar miles de leguas de nuestra Pampa Andina.

No sabemos que Onelli haya recibido una pulgada de tierra en el vasto Sur Austral, por cuyo justo delinde tanto trabajó. El podrá contestar como el héroe de nuestro poeta nacional: "Dentro en todos los barullos, pero en las listas no dentro".

*
* *

Siguiendo los impulsos de su gran caridad y de su afecto ingénito por los desamparados y los humildes, Onelli fué hacia nuestras pacientes y tenaces razas primitivas, a ver qué se podía hacer por los antiguos dueños del suelo como una indemnización al despojo de la Conquista.

Me fué a ver en mi casa, calle Tucumán, cuando presenté al Congreso la ley de Homestead, contándome cómo las desiertas tierras patagónicas y misioneras estaban ya siendo pobladas por sus verdaderos dueños autóctonos, que las regaban con el sudor de su frente y recibían así de Dios mismo su título de propiedad; y cómo los pioneers intrépidos argentinos y extranjeros, que avanzaban de vanguardia en el Sur obscuro, eran desalojados por los piratas de tierra firme a golpes de expediente.

Y concluíamos cantando, ambos a duo, en tren de ópera, que allí está la Argentina del futuro, la tierra *donde cae la nieve,* grata a los mejores labradores del mundo, que son los de la alta Italia, los Suizos y los Suecos, los Escandinavos, Germanos y Celtas, los hombres del Norte de la Europa más laboriosos y aptos para la libertad que los del Mediodía.

Allí está, seguíamos cantando como *Les Rois* en exil, la tierra del Exodo, de leche y de miel, que

hay que regalar bajo la bandera azul y blanca a todos los hombres del mundo, para defenderla de los Chilenos, que la invaden por expansión natural.

Y yo, el Estadista del dúo, agregaba: — Esto no obsta para la Colonización agrícola y granjera, en la región central y litoral, pensamiento que no es sino la gran ley de Centros Agrícolas y Ensanches de Egidos, ley del Régimen, pero del viejo Régimen Porteño y Alsinista, la misma que reformaba el Gobernador Ugarte en sus visiones Rivadavianas, realizándola con el capital aportado por las Empresas Ferrocarrileras, y las grandes firmas cerealistas e importadoras de implementos agrícolas, que son los beneficiarios; y así, Ugarte, ese Mago de las finanzas hacía el homestead para los pobres con la plata de los ricos, que es el mejor homesctead.

Para el Centenario de 1816, encontré a Onelli con su gentil compañera en Tucumán, en tren, sesegún me dijo, de exploración de un nuevo mundo: el mundo de los tejidos fuertes y sólidos, de colores vivaces, que a poco habían de ostentarse en tapices, cortinas y muebles en las vidrieras de lujo de la gran Capital Americana, valorizando así el mísero trabajo de las mujeres y de los niños Quichuas, Pampas y Guaraníes.

*
* *

Finalmente, Onelli fué designado por Roca, con su tacto característico, Director del Jardín Zoológico Nacional, que recibió indigente y embrionario, y a los cuatro años de una labor intensa, que extingue su vida alerta para el bien, entrega a su patria adoptiva como una gran institución próspera y orgánica, consagrada y sostenida con el concurso del pueblo.

Acaso el gigantesco León del Atlas y la pequeña hiena de cabeza inquieta, que recorre incesantemente su jaula, barrote por barrote, como un penitenciario anhelante, bramáron de dolor en la tarde del día en que no vieron más a su viejo amigo, gordito y sonriente, que les alcanzaba con mano firme por entre los hierros, como un obsequio personal, la mejor presa de la ración, cual si fuera un enviado de la inmensa natura que viniera a consolarlos en su estrecha prisión humana.

Así adoraba Onelli a Dios en la Creación, donde se vé y se siente y no se discute su Ser y su Poder.

DON JUAN ORTIZ DE ROSAS

Cuando empezamos el Gobierno en La Plata en 1890, yo tenía 36 años, edad juvenil para el gobierno de los demás, en la que el hombre empieza recién a gobernarse a sí mismo, y debutamos con el *leid motiv* de las economías. ¡Mal principio!, diría algún político hábil, porque se suscitan resistencias en el arranque, que son implacables si el final es adverso.

Para esa operación cruenta y patriótica, llamé al Ministerio de Hacienda al señor Dn Juan M. Ortiz de Rosas, *rico-home* de La Plata que en su odisea para reivindicar su patrimonio, había conocido personalmente a estos útiles compañeros de la pobreza, el trabajo y el orden.

Era un señor como de cincuenta años, respetable y respetado, un administrador íntegro, un hombre de gobierno y un político sagaz.

Era un don Juan Manuel Rosas civil, y Juan Andrés Domínguez con quien se tuteaban, como

todos con este viejo demasiado joven, solía decirle en las penurias de aquellas abstinencias iníciales:

—Tu abuelo nos operó con el cuchillo, y el nieto nos opera con las economías.

*
* *

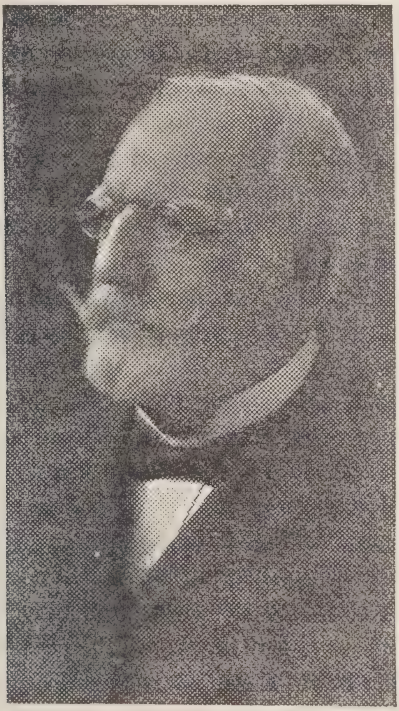
Puedo hablar ahora después de 36 años como si fuera un narrador de hechos de otro, en este libro sereno que es ya la posteridad, y bajo la responsabilidad periodística de mi firma.

La revolución de 1893 contra el gobierno de Buenos Aires tiene dos fases como todas las alturas: la fase popular, que es la de la luz, respetable y respetada, ante la cual me inclino; la fase Ministerial, que es la sombra, ante la cual no podía inclinarse y no se inclinó el Gobernador de Buenos Aires, según puede leerse en mi renuncia publicada en la obra "Oratoria Argentina", Recopilación de D. Neptalí Carranza, Tomo 4, Pág. 347.

Mi renuncia fué dirigida no contra la acción popular, de la cual yo mismo podría en principio repetir — más bien me gusta — sino contra el Ministro de la Guerra de entonces al que tumbó, como se va a ver en esta revelación tardía de un secreto de nuestra historia contemporánea, que doy aquí como una primicia a mis pacientes lectores.

Ahora van a saber lo que no se supo entonces:

por qué renunció el Ministro Del Valle en ese momento en que triunfaba.



D. JUAN ORTIZ DE ROSAS

*
* *

La determinación de mi renuncia de Gobernador fué adoptada en Consejo de Estado circunstancial, formado por mis Ministros Fonrouge y Lacasa, y cinco Diputados Nacionales, concurriendo también el ciudadano consular de la Provincia, amigo consecuente de la hora difícil y vecino de La Plata, D. Juan M. Ortiz de Rosas.

Yo manifesté en esa Asamblea el propósito de renunciar el Gobierno, siempre que mi renuncia realizara estos tres objetivos en el orden institucional, político y militar.

1º La ratificación de la autonomía tradicional de Buenos Aires frente a la presión del centralismo nacional.

2º La unión del partido que me había llevado al Gobierno y la ratificación de su influencia directiva originaria.

3º La caída del gobierno de gabinete que en mi sentir se había substituído en la Casa Rosada al Gobierno Presidencial de la Constitución, aún cuando estuviera al frente de él un estadista y un tribuno insigne como el Dr. D. Aristóbulo del Valle.

De seguida habló el Sr. D. Juan M. Ortiz de Rosas; y en sus ojos profundos, en su fisonomía Borbónica y en su palabra amplia y precisa, parecía silbar y rugir la tormenta interior del alma ancestral.

El Dr. Del Valle, dijo con su más fina sonrisa del tiempo del virreinato y extendiendo la diestra

con la palma hacia abajo como contrayendo la zarpa, ha asumido el gobierno ministerial de la República y ha abatido el fuero federal de Buenos Aires, que nunca lo fuera en las épocas más difíciles, ni aún en aquella en que mi ilustre abuelo asentó sobre nuestra historia su pesante mano.

El ministerio Del Valle debe caer y caerá, agregó con acento blando como un rugido suave, si el señor Gobernador de Buenos Aires sentado en estos momentos en ese alto banquillo, sabe hacerse fusilar como buen salvaje unitario, sin dejarse vendar los ojos.

No hay, agregó, sino proponerle al señor Presidente Dr. D. Luis Sáenz Peña, ciudadano bien intencionado y federal, la candidatura del Dr. D. Carlos Tejedor para Interventor en Buenos Aires, y asegurarle la aceptación del Dr. D. Manuel Quintana de volver a la cartera del Interior.

Estos dos nombres llenan los tres objetivos que contempla el Sr. Gobernador de Buenos Aires como fines patrióticos de su renuncia, la que en este concepto yo apoyo.

El Dr. Tejedor representa la autonomía de Buenos Aires, y la unión del partido Provincial de Buenos Aires bajo su dirección federal, prestigiosa.

El Dr. Quintana fué nombrado por el actual Sr. Gobernador de Buenos Aires, junto con el señor Dr. Irigoyen y otros Porteños de fuste, en la Comisión que había de estudiar la situación del histórico Ban-

co de la Provincia; y los medios de salvar su autonomía financiera garantida por los pactos, a mi juicio subsistentes, bajo los cuales se incorporó Buenos Aires a la Nación.

El Ministro Del Valle no firmará el Decreto en que se le presente el nombramiento del Dr. D. Carlos Tejedor para Interventor en Buenos Aires, por antagonismos irreductibles entre ambos desde el 80, y renunciará el Ministerio; el Dr. Quintana hará un ministerio para el Presidente como lo manda la Constitución.

Como lo ve ya V. E., apenas presentada su renuncia el Dr. Del Valle caerá con él, y le hago al Sr. Gobernador el alto honor de creer que en este momento esta solución cuadra a su carácter y ha de ser grata a su espíritu. He dicho.

Y el descendiente del Conde de Poblaciones y del Restaurador de las Leyes parecía levantar la cortina de aquel salón tapizado de rojo, para contemplar la renuncia de Del Valle, como lo hiciera su trágico abuelo para leer por sobre la cabeza que caía la renuncia del Dr. D. Manel Vicente Maza.

*
* *

Esta palabra fría y sabia como una hoja de acero que toca la arteria vital, fué el númen reivindicatorio de mi renuncia, que en seguida presenté a ta-

les fines, los cuales se cumplieron hasta donde pudimos.

El mismo D. Juan Ortiz de Rosas, acompañado del Dr. D. Bernardo de Irigoyen, propusieron estas soluciones al Dr. D. Luis Sáenz Peña, y el Dr. D. Aristóbulo Del Valle, hijo ilustre del Coronel de la Federación D. Narciso Del Valle fué operado así rápidamente con cuchillo federal.

Un Diputado Nacional, Tejedorista, modernista y Quintanista, movilizó al Dr. Don Roque Sáenz Peña excandidato modernista a la Presidencia de la República, para obtener como obtuvo, la adquiescencia del Dr. Quintana a reasumir el Ministerio; y otro Diputado Nacional íntimo amigo del Dr. Pellegrini y que había sido oficial del Paraguay, comandante Alsinista del 74 y Coronel de la trinchera del 80, fué el encargado de obtener, como se obtuvo, para la combinación propuesta por D. Juan Ortiz de Rosas, el concurso de la muñeca del Dr. Pellegrini que se venía del Interior a tomar, según su estilo, la cuestión por la garganta.

El Dr. Del Valle renunció el Ministerio así que supo por el Presidente que el Dr. Tejedor aceptaría con gusto el cargo de Interventor en Buenos Aires; esta renuncia sorprendió a Don Luis, puesto que el Ministerio Del Valle había propuesto la Intervención a Buenos Aires, rechazada por el Senado a mi pedido telegráfico; y puesto que el Dr. Tejedor era un Interventor inobjetable, como Por-

teño, como estadista y como caballero. El respetable Doctor D. Mariano Demaría renunció junto con el Dr. Del Valle.

*
* *

Yo, inocente de los estropicios de mi renuncia catastrófica, recibí la noticia por el cable telefónico submarino en Montevideo, donde había ido después de ella a aspirar el agua salada, como los Orientales se vienen acá a aspirar el agua dulce cuando los despachan de la otra Banda. Me fué transmitida verbalmente y al oído por Ricardo Fernández y Rodolfo Giménez, exhabitantes de la luna que estaban aquí viendo las cosas desde allá.

Mucho después, me contó este mismo episodio un joven arcaico y colonial de fino pescuezo erguido dentro de un ríguido y albo cuello ornado de un gran plastrón, que actuaba todavía juvenil y fresco desde la mesa senatorial. Esta reliquia auténtica del Régimen atribuía la combinación Tejedor-Quintana del 93 que he referido, a Roca-Pellegrini, *Deus ex machina* de la mecánica de entonces.

Yo escuché en silencio del elegante y eterno secretario el interesante relato, rascándome la oreja como si me picara por saber algo del asunto.

D. MARCELO PAZ

GANADERO Y COLONIZADOR

Tenía las virtudes ancestrales, la honradez y el honor, el valor personal, la magnanimidad, la prudencia.

Se había educado en los buenos internados de entonces, Parodi, Negroto, Junior y en el del Colegio Nacional, dirigido por Amadeo Jacques.

Su cultura recóndita, era más de la que se mostraba, adquirida en las vastas lecturas de las largas soledades del campo. De cuando en cuando aparecía en la conversación, como una lucecita lejana, velada por la modestia que fué su virtud cardinal.

Esta lo llevó también por repugnancia a las exhibiciones y a las teatralidades de la vida pública, a refugiarse como en un santuario, en la vida privada y a seguir, en vez del camino sinuoso de la ambición, el camino recto del caballero cristiano; del cual tenía a la vez la energía y la mansedum-

bre, como lo probó su actitud en el episodio en que fué gravemente herido.

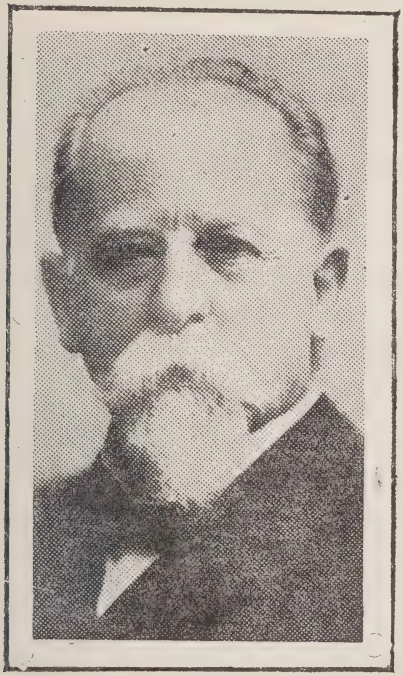
*
* *

Un pariente hacía reclamos relativos a la administración en la cual había sido reemplazado por Marcelo, tomando éste sobre sí, en bien de los intereses de su familia, esa tarea sin término y sin recompensa de criar ganado en campo duro. El padre al morir, consumida por entonces la herencia materna, les había dejado, como única por su parte, una vasta extensión de tierra en Santa Fe, de ínfimo valor entonces, que no se podía arrendar por falta de arrendatarios, y donde había que hacer el campo a pie de hacienda, que es el procedimiento más seguro ,aunque más lento. Y alli fué Marcelo a la árdua empresa, en la que había de invertir su juventud.

Un día el ex-administrador se le presentó en la estancia con sus cuentas del gran capitán, y aquél, en su rectitud ingénita, lo remitió al hermano mayor D. Marcos, encargado como tal de ayudar a la madre viuda en las tareas de la liquidación sucesoria del ilustre padre.

Marcelo, ya impaciente a pesar de su bondad, hizo al despedirlo, este comentario: *Los parientes son los peores.*

El otro se fué irritado y al irse lo hizo en uno de los mejores caballos de la tropilla de la estancia, encontrándose esta en el corral. Cuando Marcelo lo



D. MARCELO PAZ.

supo, se indignó con esa cólera tardía de los fuertes, montó en el ensillado sin alzar sus armas, alcanzó a poca distancia al osado, lo bajó del caballo y le quitó el revólver recibiendo en ese momento un bala-

zo en el costado. Con el arma del heridor en la mano le hizo pedir perdón y lo salvó de ser ultimado por el cuchillo del viejo capataz Cieza, que había llegado apresuradamente previendo la violencia.

Esta es la vida del campo, y tal era Marcelo Paz visto de cuerpo entero en el hecho referido. Fué llevado a San Nicolás de los Arroyos como centro poblado más próximo, para curarse de su grave herida, donde acudió a asistirlo la madre con la hermana menor Agustina, que era de soltero su gran cariño sobre la tierra. Allí cayó también Carlos Costa, desde Bragado, de un galope en su malacara, a acompañar al amigo fraternal. Y allí cuando algún amigo abogado insinuara ejercitar la acción criminal que correspondía, contestaba simplemente Marcelo: ¡Ya he perdonado, y qué voy a andar en historias!

El heridor murió a poco, después de grave enfermedad, y no se habló más del asunto.

Marcelo Paz hacía todas las cosas bien y prolijamente, con una ética que parecía residir en la serena inteligencia, y hasta en los dedos de sus grandes manos de patricio y de trabajador.

Usaba un rico reloj inglés que le había regalado su antiguo amigo D. Gregorio Gallegos, de esos que tienen un timbre recóndito para dar la hora en la alta noche al pedírsela debajo de la almohada.

Cuando alguna vez su cronómetro vacilaba, que también dormitan en ocasiones las buenas máquinas, Marcelo lo desarmaba pieza por pieza, lo arreglaba y lo volvía a armar, cual lo haría un relojero.

Así con esa prolijidad y con esa técnica instintiva, hizo en una época de crisis económica, la Colonia Paz en los vastos campos de la familia, en Santa Fe, con su buena escuela, para los chicos de los chacareros, y con su linda iglesia, a la advocación del nombre de la madre, en cuyo santo ejemplo había aprendido las virtudes cristianas.

Los colonos pagaron por pequeñas cuotas sus chacras con su trabajo, dentro de los métodos de la gran ley de Centros Agrícolas, promulgada por el Gobernador Paz en la Provincia de Buenos Aires, ley que la especulación se tragó en su onda amarga, y de la cual quedan, sin embargo, rastros ejemplares, como la Colonia Roca en Junín entre otras.

Esos colonos son hoy hombres de fortuna y arraigo, que recuerdan siempre con cariño el nombre respetable de D. Marcelo Paz, a cuya iniciativa deben su bienestar ellos y sus hijos, los cuales siguen laborando con tranquilidad hereditaria, las vastas chacras, pobladas ya de árboles añosos.

Con esas cuotas en la mano y con su alta probidad de socio administrador de la antigua sociedad Marcelo Paz y Cía., se presentaba de tiempo en tiempo en el hogar de su querida hermana y co-

madre, como la abeja de la colmena, llevándole miles de pesos que hicieron rico al marido durante su gobierno del cual salió pobre.

Con la misma prolijidad, inteligencia y probidad, Marcelo fundó la Cabaña Paz, criando en ella, a base del hermoso padrillo *Mouton* que yo adquirí de D. Francisco Boyé y aporté a la sociedad los padrillos y yeguas percheronas que fueron campeones en las exposiciones de entonces. Y en la que con las mismas aptitudes crió los hermosos toros Durham, también premiados en todos los concursos ganaderos.

Después el fundador, batido por las ondas y los vientos, y pobre en la vejez como muchos fundadores, como D. Mariano Billinghurst, D. Adolfo Carranza, Eduardo Casey, Pedro Costa, se extinguió en el alto silencio en que había vivido, sintiendo en los últimos días su alma, triste hasta la muerte como el Hijo del Hombre, y acaso repirepitiendo también en la suprema angustia: "Padre si fuese tu divina voluntad, aparta de mi este Cáliz!"

Dr. D. FEDERICO PINEDO

Federico Pinedo nació el día 19 de Agosto de 1855, en una pequeña y amplia casa en la calle Florida entre las actuales de Viamonte y Córdoba, de propiedad de su abuelo el General Don Agustín de Pinedo, que murió en 1852 en la batalla de Caseros.

Sus padres eran pobres de fortuna, teniendo que vivir allí bastante estrechos con muchos hijos y algunos hermanos del padre.

Los dos abuelos usaban en el apellido el nobiliario *de*: uno descendía en línea recta de Fernando de Pinedo, de alta alcurnia, nombrado por el Rey de España, Gobernador del Paraguay, según "Zinny", antes de establecerse el virreinato; la abuela era prima hermana del padre del Dr. Bernardo de Irigoyen, y de la familia de los Marqueses del Duero y de la Habana. El padre de Federico, demócrata de convicción, suprimió el *de* que conservó Don Bernardo por tradicionalismo. Fe-

derico pronunció en la Cámara discursos un tanto socialistas (los dos sobre la Ley del Trabajo y Descanso Dominical) y así entró en la región de las tormentas el pequeño *Di Pinedo*.

La familia pasaba los veranos en su quinta vieja y extensa, calle Paraguay, quinientos metros antes de la de Ministro Inglés, llamada así porque este diplomático veraneaba en esos extremos de la ciudad. Hoy lleva el nombre de otro ministro de la Nación, al que recordamos con gratitud los argentinos.

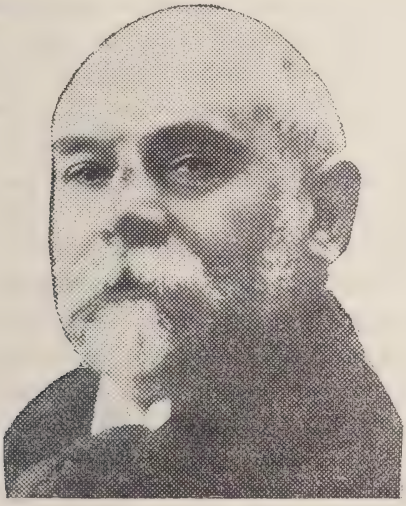
La familia se instalaba los veranos en la quinta por medio de carretas de bueyes, encontrándose lejos como en una estancia y gracias a ese distanciamiento pasaron epidemias de cólera y fiebre amarilla sin desgracias.

El padre venía al estudio en una carrindanga de un caballo, dirigida por el peón jardinero, la cual volcó en un pantano en la barranca del Retiro, camino obligado, y con frecuencia les era indispensable cruzar la quinta de Isla y de Holmberg para evitarlos. Insistiré en algunos pequeños recuerdos que tienen colorido local.

Federico venía diariamente a caballo a la escuela a cargo de doña Carolina Thomas, calle Corrientes cerca de Reconquista, donde hizo los primeros estudios. Recuerda entre sus condiscípulos a Carmen de Alvear, más adelantada, que le tomaba

las lecciones, y a José Ma. Bustillo, de los grandes.

En los preparatorios, en que Federico fué estudiante mediocre, vivían ya en la casa nueva en la misma calle Lavalle, al lado de la anterior. Tenían billar, maestro de sable y florete y entre los amigos de Agustín y de él que concurrían me ha recor-



Dr. D. FEDERICO PINEDO.

dado a Máximo Elía, Ricardo y Guillermo Gowland, Guillermo Solveyra, Carlos Bonorino, Francisco y Josué Moreno, Luis García, Bernardo de Irigoyen (h.), Ernesto Pellegrini, Julio B. Velar, José María Bustillo, Julio Pestaña, Eduardo E.

Oliver, Alberto y Julián Gelly, Marcelino Ugarte, Enrique Tomkinson, Vicente Peralta, Julio A. Costa y otros.

Los transeuntes creían a veces que era billar público y con frecuencia había incidentes ruidosos para desalojar a los intrusos, lo que hacía la desesperación, en las altas horas de la noche, de la familia del vecino, Don Manuel Eguía. Contagiado por ese desorden, propio de estudiantes, el hermano menor, Eduardo, se hizo realmente insoportable, al extremo de que uno de los del grupo, Bustillo, le puso el sobrenombre de "Tormenta", que le quedó toda su vida. Además de las armas blancas tiraban en el gran patio con pistola y rifle con la protesta de algunos de ellos enemigos de las armas de fuego que anunciaban que probablemente se matatrían o herirían al menor descuido. Con el dato, Bustillo preparó un cartucho a bala, de miga de pan, teñida de rojo con lápiz, y en medio de una discusión, disparó un tiro sobre el prudente amigo, cuyo desmayo causó estupor. Este procedimiento era el precursor de algunos duelos de actualidad.

En los seis años que estudió derecho fué más aplicado, y se destacaba por la nitidez y la lógica de la exposición, dejándome maravillado sin conocerlo todavía personalmente, una vez que entré a clase *de Pato*.

Fué su padrino de tesis el doctor Nicolás Achával, que se había hecho cargo del estudio del padre,

por fallecimiento de éste, y se diplomó de doctor en derecho el año 1877, a los 22 de edad, iniciándose en la profesión en el mismo estudio.

Allí, nos lo refiere él mismo, se presentó sin ser llamado, Julio A. Costa, a ofrecerle, en nombre del insigne jefe D. Marcos Paz, la Asesoría de la Policía de la Capital de la Nación, que se declaró definitivamente el 80.

* *
*

Tenía ya, pues, algunas entradas, que le permitieron hacerse socio del Club del Progreso, donde intimó con Sáenz Peña y Ezequiel Ramos Mexía. En la casa de éste, conoció entre otros, a Manuel Quintana, Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Carlos Roseti, Manuel Láinez, quien le anunció el puesto de subsecretario en el Ministerio del Interior.

Estaba lejos de aspirar a ese cargo, cuyas funciones le eran desconocidas, pero el Presidente Roca sabiendo que su Ministro, doctor Irigoyen iba a proponerle como candidato, al Dr. Ferreyra Cortés de Córdoba, que no le era simpático, se anticipó con la candidatura de Pinedo como reconocimiento a los buenos servicios que estaba prestando de asesor en la Policía, en la que el Jefe, Marcos Paz, había hecho publicar en opúsculo las Vistas del nuevo Asesor. El Ministro observó la candidatura

por el parentesco y por la intimidad que restarían al nombrado autoridad como superior.

No, Don Bernardo, replicó el Presidente Roca, su temor consiste en que crea la opinión que Vd. favorece a sus parientes; y dirigiéndose al periodista Láinez, testigo de la escena, agregó: haga Vd. constar en "El Diario", que yo propongo al Dr. Pinedo y que se opone el señor Ministro, hasta que podamos obtener su acuerdo. En efecto, salieron varios sueltos en ese sentido y por fin fué nombrado en 1882.

*
* *

En Febrero de 1887 tuvo que ausentarse del país hasta Agosto de 1890. Se encontraba en París cuando Roque Sáenz Peña le invitó por telégrafo a que le acompañara como secretario al Congreso Pan-Americano de Wáshington y de regreso a Europa, permaneció algún tiempo en Londres, París, Madrid y Roma, hasta que tuvo que regresar por la revolución contra Juárez Celman, de cuyos combates en la ciudad le llegaron noticias alarmantes, teniendo en ella su familia. Encontró todo cambiado, Pellegrini en la Presidencia y Julio A. Costa en la Gobernación de Buenos Aires; los ministros de éste renunciaron y a su pedido fué a La Plata, como Ministro de Gobierno y transitoria-

mente de Hacienda. Intervino en la discusión de la Ley Municipal que lleva su firma de Ministro, y en importantes actos administrativos, firmando algunos decretos de exoneración de comisarios en momentos en que ya se enardecía la política y empezaba a rugir la tormenta que estalló el 93.

Concurrió como Ministro de Gobierno a la Interpelación sobre el Guardia de Cárceles que formuló el Senador Delfor del Valle, y en aquella Asamblea tumultuosa en que los adversarios se increpaban desde la barra hasta con las armas en la mano, dió con su claridad habitual e imperturbable las razones que fundaban y fundan hasta ahora la conveniencia administrativa del meritorio batallón.

Salió de ese Ministerio de los Cien días, porque había sostenido que los Ministros debían estar domiciliados en La Plata. El Gobernador opinó en el mismo sentido, aun cuando contrariado, y esto determinó una crisis ministerial en la que Pinedo por caballerosidad acompañó a sus colegas siendo el involuntario causante.

Se incorporó entonces al estudio de abogados que estaban formando Roque Sáenz Peña y Miguel Cané en la calle Florida 44 y en el que Federico fué la pieza de resistencia.

En ese tiempo suspendió sus pagos el Banco de la Provincia de Buenos Aires en el que tenía Pinedo depositadas sus economías. Se puso en liqui-

dación el Banco Nacional por medio de una comisión compuesta del Presidente de la misma, doctor Marco Avellaneda; nombrado por el Poder Ejecutivo con dos directores, que eran Lucio V. López y Agustín Drago; cuatro nombrados por accionistas, que eran Bartolomé Devoto, Mariano Unzué, Alfredo Demarchi y Juan M. Salaverria, y dos por los acreedores, Benito Villanueva y Federico Pinedo.

La Comisión pidió a éste que fuera a Córdoba donde consiguió arreglar no solamente la deuda del Banco de esa provincia, sino también la del gobierno de la misma con el Banco. Más tarde fué nombrado vicepresidente por la Comisión y encargado de la presidencia, cuando salió de ella Avellaneda. Le prestaron ayuda eficaz los altos empleados Niño, Ricardo Pillado y Máximo Portela.

Se encontraba en ese cargo durante la Presidencia del doctor Luis Sáenz Peña, cuando su hijo Roque y Miguel Cané fueron encargados de ofrecerle la Intendencia Municipal de la Capital.

*
* *

Tuvo el honor de ser elegido cuatro veces Diputado al Congreso de la Nación y entre sus títulos en la Instrucción Pública inició y sostuvo una Facultad y una Universidad; la Facultad de altos estudios económicos y la Universidad del Litoral.

Su obra como parlamentario y como Ministro de I. Pública está recapitulada en un interesante volumen y fué juzgada favorablemente por toda la prensa.

Se encuentra en esa recapitulación su discurso en la Universidad de Córdoba, exponiendo allí con cierta audacia ideas liberales de hombre de gobierno, y apuntando en las páginas 217, 226, 230 y 231, conceptos que se aproximan algo a la Teoría de la Relatividad.

No era judío como el sabio autor de esta, ni evangelista como Mr. Morris. Según Marcelino Ugarte, cuando estudiaban Filosofía, Federico había inventado una nueva religión, fundada en la memoria, facultad del castigo y de la recompensa. Algo de eso pudiera haber porque en su Tesis de Abogado, decía al Dr. Bernardo de Irigoyen: "La memoria es para mí el numen benéfico, que me revela la senda del bien con el recuerdo de mi padre; si ella se debilitara ocurriré a Vd. Dr. Irigoyen, para que me enseñe en su conducta por difíciles que sean las vicisitudes de la vida, el modelo de la más virtuosa y esclarecida comportación".

*
* *

El autor de este libro, entre las erradas frecuentes al devolver de aire en la agitada cancha, pudo

inventar dos cosas buenas: una de las cuales fué el hombre público que se llamó Federico Pinedo.

El Asesor de Policía de Marcos Paz se convirtió bien pronto en hombre de gobierno.

Como parlamentario era una síntesis eficaz de la grande oratoria, y su razonamiento era certero y triunfal como la táctica japonesa. Su espíritu era una de esas pequeñas lámparas eléctricas que iluminan intensamente la mesa de la cuestión y cuya lumbre tiene el color de la luz del día. Era un Don Bernardo de Irigoyen de bolsillo, de pequeño calibre y de largo alcance, que daba siempre en el blanco.

Mi otro invento es el modernismo, y éste fué como suele ocurrir, la *debacle* del inventor, quien tuvo después que remontar en el Parlamento y en la prensa algunos contrafuertes de la áspera cuesta.

D. PASCUAL ROVERANO

Nació en Maneglia, en la Liguria, alrededor del año 1840, y vino a Buenos Aires el 50, aprendiendo su delicado oficio en el núcleo central de la antigua metrópoli, y para responder a refinados gustos en la corte colonial de la gran tiranía argentina, que no fué sino un trasunto y un atavismo del Virreinato, tanto en la distinción como en el rigor.

Roverano, un cultor de esos gustos y esas tradiciones a lo Brillat Savarín, fué el fundador en Buenos Aires de la industria de la pastelería con primores de arte, en la antigua confitería del Gas; que fué primero la confitería del León en la acera de San Miguel, luego ya la del Gas en Rivadavia y Suipacha, después enfrente en el número 901, y finalmente en la esquina de Esmeralda, Rivadavia 801, donde está hoy y de donde no sale, ni se transforma ni se inferioriza, mal grado el movimiento de la población y la trasmutación de los barrios.

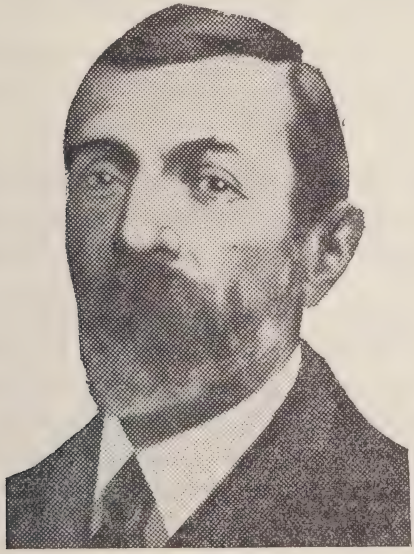
Se denominó del Gas reflejando también un concepto de civilización y de progreso, porque ahí cerca en la calle Rivadavia, en la casa que fué de Riglos, estuvo la Usina del Gas, que entonces era el símbolo de la luz, después de la mortecina de aceite y candil, que fuera la penumbra de la mazorca.

*
* *

La confitería y el café han sido en las capitales españolas los antecesores de los Clubs, que representan ya el espíritu de asociación en la evolución social: en Buenos Aires fué en el café de Malco, en el de Catalanes y el del Plata, donde se generaron los grandes hechos americanos de la Comuna de Mayo, y los tumultos y las reacciones del drama argentino, de la lucha de los partidos y de las resistencias vivaces del viejo localismo frente a los caudillos litorales.

La Confitería ha reflejado así distintos matices y estados sociales, ya fuese el culto al coraje como la de Perú e Independencia, con Academia de baile en la parte interior, o la gloria de la *Pasiva* como la de Rivadavia y Garantías, donde había siempre en la puerta algún Mayor de Confitería, mantenedor del fuego sagrado, o por fin y en la cumbre la Confitería del Gas, que fué en su época, como el Gas mismo, la civilización y la cultura.

Nunca fué campo de batalla ni mostrador de alcoholistas, ni fábrica de copetines, sino sala de reunión de las familias, *five o'clock* de la belleza, y Edén de los niños; donde andaba solícito de una en otra mesa y en persona, a pesar de su extenso servicio, el fundador don Pascual Roverano, como



D. PASCUAL ROVERANO.

un huésped amable, con su gesto plácido y conciliante que aplacaba las pasiones políticas; a quien reconocerán como a un antiguo amigo apenas lo vean los viejos de mi generación, y que la imagi-

nación de los niños de entonces vinculará al mirarlo a sus recuerdos pristinos de los bombones dorados y de las *pralines roses.*

Don Pascual Roverano es para el viejo Buenos Aires el personalismo de la Confitería, suave, útil y benéfico, como no pudiera serlo del todo el personalismo de la política o del gobierno.

*
* *

Apesar de sus características de trabajador inteligente y altruísta, nunca laboró en otro campo que el de su modesto oficio, con alguna excepción circunstancial, como el Pasaje Roverano, o el concurso financiero a los primeros tranways de D. Mariano Billinghurst, de caballos y postillón con corneta delante como precaución en el desierto: que hacían el recorrido de Constitución a Plaza Recoleta con parada fija en la Confitería del Gas, volviendo por el mismo trayecto para diferenciar y ahorrar rieles, tan antipáticos a los burgueses porteños de bolsa con jareta.

Se ve que en esta colaboración a otras empresas, fuera del ramo de confitería, el buen D. Pascual no descuidaba *miei comini,* puesto que los escasos tranways eran de recalada forzosa en el feliz comercio, y todavía con el *reclame* de la estridente corneta sin ningún obstáculo por delante.

*
* *

Para que estas minucias no amenguaran su alta personalidad de buen rico, Don Pascual Roverano una vez llegado a la meta a fuerza de constancia y economía, las virtudes capitales del trabajador; y además de muchos beneficios ignorados que su cristiana izquierda nunca le contó a su generosa derecha, hizo de su peculio exclusivo las siguientes valiosas fundaciones:

Un hermoso pabellón en el Hospital Italiano, para los campatriotas generalmente de buena salud, que tuvieran la excentricidad de enfermarse en Buenos Aires.

—Uno igualmente soberbio en la casa de Aislamiento.

—Un tercero, el más espléndido, en el Hospital de Niños, donde brilló la clínica de Ricardo Gutiérrez, y en recuerdo de los pequeños clientes rosados de la Confitería del Gas; allí los huérfanos o enfermitos del pueblo, vueltos a la salud y sorprendidos por el bienestar en el lujoso salón, aprenden a deletrear, escrito en lo alto del muro, este nombre de luz — *Pascual Roverano* —, vinculado para ellos al de la madre y los hermanitos ausentes y a las mejores horas de la primera infancia; y allí ese nombre, ya muerto el fundador, es un aperitivo para los ricos que brillan por su ausencia.

*
* *

Don Pascual Roverano fué un insigne trabajador y hombre de bien, que retornó a la vejez a su esplendente Italia, murió en Génova en 1911, lejos de su patria americana, dejando una buena fortuna amasada con sus pastas artísticas y detenida a veces por sus propios beneficios, como la gruesa corriente de la lluvia bienhechora.

El nombre de su hermano y socio Don Angel está escrito también al frente de una sala de nuestro Museo de Bellas Artes, como donante de la valiosa colección de cuadros que la llena, y parece que la sórdida avaricia, ese trallazo que fustiga como un látigo dantesco la espalda del pobre rico, no hubiera alcanzado a los Roverano, en quienes la dádiva ha sido un vicio de familia.

Don Pascual Roverano fué así el socialista cristiano y de verdad, cuyo socialismo está construído a base de estos principios, el trabajo, la economía, la propiedad, que después se expanden por vitualidad propia, y por acto del corazón, no de la cabeza ni de las ideologías.

Y para esa expansión, la Ley que no ha de ser sino la codificación de la moral, debe estudiar y prescribir la manera de hacerlo, por leyes que resisten los intereses politiqueros asociados a los industriales proveedores de votos, y que dictarían

bien los Roverano y los Mignaquy si estuvieran en el Congreso, donde no van porque no *parlan* ni siquiera se hacen retratar.

No ha quedado ningún retrato de Don Pascual Roverano, y un repórter de "La Razón" enviado por mí, ha tenido que ir a fotografiarlo de un buen óleo de De Serbi en poder de Don Andrés A. Capurro, un exempleado y exsocio del Gas, que conserva ese retrato con cariño y veneración, como los antiguos habitantes del Lacio guardaban las pequeñas imágenes de los Dioses Lares.

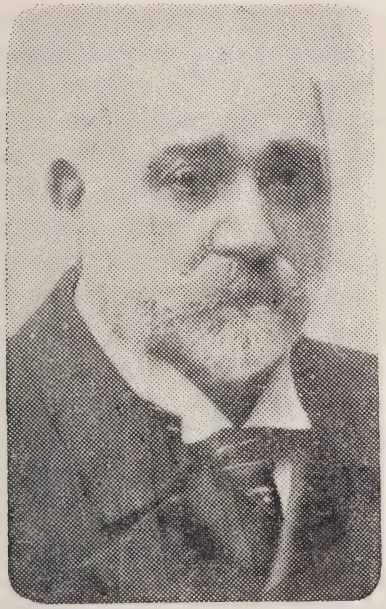
D. RAMON SANTAMARINA

Emprendo contar en breves líneas, que quiero presentar como en bloque en un artículo, una vida larga y plena, y así tengo que escribir con cuidado, porque tengo que ser breve.

Don Ramón Santamarina, que nació en 1827, en la provincia española de Orense, tenía apenas diez años a la fecha de la muerte de su padre. Era el primogénito del matrimonio de don José Santamarina hijo-dalgo sin fortuna y capitán de la Guardia Real, y de doña Manuela Valcarcel, bella y rica heredera de antigua familia gallega de la misma provincia, en la que residían por entonces en su casa solar.

El padre era el prototipo del pródigo, afectuoso, frívolo y desordenado; el niño era ya un trabajador en miniatura, juicioso, aplicado, disciplinado y económico; aquel padre admiraba a ese hijo y no lo comprendía, y el hijo quería entrañablemente y comprendía perfectamente al padre.

La naturaleza tiene de estos contrastes, un mezquino engendra a un pródigo para que la riqueza se distribuya, el pródigo suele dar hijos económi-



D. RAMON SANTAMARINA.

cos para que la riqueza se recobre: como a veces los tácitos y silenciosos generan hijos locuaces que parecen derrochar los montones de palabras no pronunciadas por sus antecesores.

Cuando el capitán hubo derrochado en Madrid

toda la fortuna de la madre, volvió mustio al hogar, disimulando su pena para no contrariar a la esposa, a quien amaba y con quien era galante y rendido como suelen ser los maridos calaveras; y convidó al niño que estaba en vacaciones, a una excursión a caballo a la Coruña, la gran capital de las provincias gallegas. El niño encantado aperó cuidadosamente su precioso jaquito andaluz, poniendo su capa y sus avíos a la grupa, como vió hacer al padre, y partieron al galope.

Cuando desmontaron junto a la explanada de la torre de Hércules, donde ruge el mar sombrío salpicándola con la espuma de sus olas, el triste capitán le dijo al niño sereno: Hijo, en mí se cierra el pasado que se derrumba, y tú eres el futuro que ha de reconstruirlo, porque la fortuna no está en las propiedades ni en la hacienda, sino en el hombre animoso y económico. ¿Me juras, hijo, por esta cruz de mi espada y por Dios nuestro Señor, que si yo muero, tu restaurarás la fortuna de la madre y nada le faltará del bienestar a que está acostumbrada? El niño, poniendo la palma sobre la cruz con la solemnidad de un viejo castellano, le contestó: Padre, aunque chico he visto y he comprendido; si vuesa merced llega a faltar, lo que Dios no permita, yo con su ayuda y con mi trabajo, multiplicaré la fortuna de mi casa y de nada carecerán mi madre y mis hermanitos.

El padre lo levantó en brazos hasta su alta esta-

tura, lo cubrió de besos, y lloró las primeras lágrimas de su vida sobre aquella cabecita blonda. Después lo puso de nuevo sobre la adusta explanada, se sintió en el silencio de la sobretarde la detonación de una pistola y el capitán cayó de espaldas cara al sol poniente.

El desesperado niño se echó sobre el cadáver del suicida que cubrió de caricias; y su lamento, sobre las ondas del mar tempestuoso, parecía llegar hasta los cielos.

Tal fué el bautismo de sangre de don Ramón Santamarina, quien cumplió fielmente el arduo juramento que hiciera en la explanada de la torre de Hércules, sobre la peña rugiente del antiguo Cantábrico.

*
* *

Los que acudieron encontraron aquel niño desolado junto a aquel cuerpo sin vida, y lo llevaron a la madre, quien se acostó esa noche postrada por el dolor, y no volvió a despertar.

Después vinieron los acreedores, y no quedó piedra sobre piedra de la casa arruinada. El huérfano lió en un pañuelo de yerbas su ropita, que ensartó en un palo a modo de linghera, y se fué al puerto de la Coruña a ayudar en la descarga de los bagajes de los pasajeros, con lo que se ganaba algunos

vintenes. De noche se iba a pie como veinte cuadras por la carretera hasta la Torre de Hércules, donde le daban albergue, porque en el día fatal se había hecho amigo del hijo del guarda del Faro; este niño fué el primero que acudiera a la detonación, y se había puesto a llorar junto con el huerfanito.

La fraternidad, ese hondo cimiento social, se encuentra entre los niños, que son así como la aurora del cristianismo, y fueron los predilectos del Divino Maestro; por eso El se indigna y sentencia contra los perversos, malos con los niños, en esta imprecación: "¡Mejor ser echado al mar con una piedra al cuello, que hacer mal a uno de estos pequeñitos!"

Los tíos del niño Santamarina que no fueron capaces de ayudarlo, pero sí de avergonzarse de aquel pobre de la familia apesar de no pedir limosna, lo pusieron en un asilo de huérfanos, de donde él se escapó refugiándose de grumete en un velero contrabandista que salía para Buenos Aires, y en el que se lanzó como el audaz navegante, a la mar latina, para descubrir el nuevo mundo de su vida; llegó aquí en pleno año 40, tomando trabajo en un café y hotel frecuentado por huéspedes del Sur, que estaba situado en la calle entonces Potosí entre Chacabuco y Perú.

Desde allí divisó con mirada certera el punto lejano y más peligroso de la vasta llanura, en el

que por lo mismo encontraría el mejor provecho, y llevando los bagajes de los huéspedes a la plaza Constitución, vió y comprendió la carreta, ese vehículo del comercio embrionario, barco del desierto en que los descendientes de los godos y de los fenicios realizaron el tráfico comercial en la llanura argentina.

Y en una de ellas, ayudando de boyero, llegó al Tandil, el antiguo fuerte Independencia, fundado cara al salvaje por el insigne gobernador de Buenos Aires don Martín Rodríguez. Allá adquirió con sus economías de grumete y de mozo de café una carreta y algunos bueyes, en la cual hizo sus primeras armas, y que conservan sus herederos en una casa de vidrio, a la sombra del parque de la estancia Bella Vista, como el mejor cuartel de nobleza del formidable trabajador.

*
* *

La carreta pronto se convirtió en tropa de carretas, en la que transportando mercaderías de la capital y hasta el primer piano que llegó al Tandil, se hizo para la guerra de Crimea un lucrativo acopio de cueros, cuya rápida valorización le produjo a Santamarina para comprar con poco dinero al contado su primera estancia El Cristiano, que le vendió otro eminente trabajador, don Aarón Castellanos.

Después fué adquiriendo hasta veinticinco estancias más, ubicadas en cien leguas de las mejores del Sud, donde llegó a tener ciento veinte mil vacas y setecientas mil ovejas, y en sus proximidades seis casas de negocio, fuertes como Bancos, en las que se enriquecieron también muchos habilitados.

Don Ramón Santamarina siempre anduvo solo, como el viejo toro patriarcal, nunca tuvo socios sino habilitados, y no daba dinero que es hacer haraganes, sino trabajo que es hacer hombres; el dinero lo daba con munificencia en escuelas y hospitales, que son monumentos en el Tandil y otros pueblos donde los hizo edificar.

El día 1 de Enero de 1872 aparecieron los asesinos del Tandil, execrables abortos del fanatismo, con su programa de exterminio de todos los extranjeros. Tata-Dios, que así llamaban a su jefe, el curandero y brujo Jerónimo Solanet, mandó conminar, como a los demás "gringos", a don Ramón Santamarina, que estaba en su estancia Los Angeles, en los mismos días en que la banda de asesinos sacrificaba a la familia de Chapar y otras. Don Ramón contestó con el mensajero a Tata-Dios, que lo esperara esa noche en la estancia Dos Hermanos, donde se iba a defender y lo iba a pelear con sus numerosos peones armados. Tata-Dios, enfurecido, y sabiendo a qué atenerse respecto de los peones, más suyos que del estanciero, lo esperó puntualmente en Dos Hermanos toda esa noche,

en la cual, por excepción, el hombre de bien le dió el esquinazo al bandido, yéndose directamente don Ramón de Los Angeles a Tandil, sólo, con su cochero, en su americanita, al paso rápido de sus dos trotadores criollos.

Llegó allí a la madrugada, donde se juntaron y concertaron con el coronel Machado y otros vecinos, ya congregados para reprimir las atrocidades cometidas, y se apoderaron de los bandoleros, llevándolos a la cárcel del pueblo; allí fué muerto Tata-Dios de un trabucazo, que le asestó por entre las rejas de la prisión un hijo de una de las víctimas.

En aquella respuesta al bandido, citándolo para Dos Hermanos, fué la única vez en su vida que Don Ramón Santamarina no dijo la verdad y faltó a una cita, derrotando a los asesinos del Tandil con una figura de contradanza, como las del manco Paz. Pudo por esta vez, decir el honorable hacendado, que el fin justifica los medios.

*
* *

Don Ramón Santamarina, ya millonario, determinó casarse en segundas nupcias, y pensó que este acto afectivo podía perjudicar pecuniariamente a los hijos del primer matrimonio.

Para evitarlo asoció a su trabajo a éstos, de ma-

nera que a los pocos años fueron tan ricos por las ganancias de la próspera asociación, como los otros por la herencia futura, y así quedaron, en definitiva, todos iguales en el hogar patriarcal.

En el contrato de sociedad les impuso la obligación de plantar árboles, de manera a poder celebrar algún día la fiesta patriótitca del Arbol en la fértil y desolada provincia de Buenos Aires, donde se veían tan pocos en el vasto horizonte.

El resultado superó las esperanzas del patriarca, porque este rey de los trabajadores había producido a un príncipe de los mismos que se llamaba ya el doctor don Ramón Santamarina, mi viejo amigo, y el ciudadano que me aportó más votos para gobernador de Buenos Aires, pecado que redimió poniendo las siguientes buenas obras en la balanza:

Fundó la industria de lechería produciendo en sus fábricas tres mil kilos diarios de caseína para exportación, plantó en la llanura un millón de los grandes árboles de la selva, robles, alerces, fresnos, olmos, eucaliptus, etc., y sembró quince mil hectáreas de alfalfa, o sean, seis leguas cuadradas. Como presidente de la Sociedad Rural, tuvo iniciativas cual la aplicación del suero anticarbuncloso y la exportación de hacienda en pie a los puertos ingleses. Con este recuerdo devuelvo al buen amigo, ya en la mansión eterna, su generoso voto.

*
* *

Don Ramón Santamarina (padre) cuya vida de trabajador he trazado brevemente, guardó cama por primera vez de una enfermedad a los 78 años; después ya no podía ocuparse de nada, y apenas aparecía en el escritorio como un fantasma inerte.

Cuando el gran trabajador se convenció que ya no podía trabajar, murió.

EL Dr. DON GUILLEMO UDAONDO

IMPRESIONES DE UN ADVERSARIO

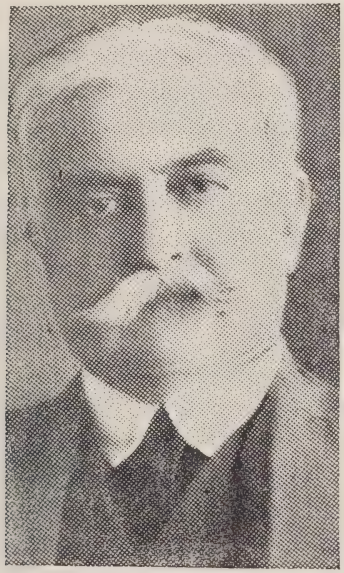
La historia de un hombre de bien es de las pocas que a veces puede hacerse en la historia contemporánea. Porque la sombra del hombre de bien es la única que resiste al juicio adversario. Juicio arduo, áspero, final, como la herramienta que talla el diamante, como la fragua que forja el acero.

El que en ese juicio sale absuelto, puede cruzarse el Limbo y el purgatorio y todas las antesalas del Hades, presentarse en el reino del Señor, y afrontar tranquilo su mirada eterna.

Pero, ¿puede el adversario, tenido y conocido como un hombre de una sola línea, consecuente consigo mismo, con sus amigos y con sus enemigos, mirar a fondo a este hombre público y ser un juez íntegro? No le comprenden las generales de la ley? Quién sabe.

Un día, recién salido del infierno de 1893, mi

año terrible, fresquito, como una salamandra recién salida de la hornalla, vino un amigo de Udaondo y mío, de esos que son amigos siempre, y más en la adversidad, por afecto sincero y por decoro propio,



Dr. GUILLERMO UDAONDO.

y me dijo: ¿Pero, hombre, no se saludan ustedes con Guillermo? El que esto hablaba era de los pocos que podía llamar Guillermo a Guillermo. Le contesté: Vea amigo, desde que estoy abajo, no saludo primero a los que están arriba, dejo que giren,

y según, contesto. El doctor Udaondo en su gobierno no me ha hecho ninguna hostilidad, lo que anoto complacido a su haber y al mío.

Desde entonces volvimos a saludarnos cortésmente, como antes, con el doctor Udaondo. De ahí no pasamos.

Otro día en su casa, entre los temas parlamentarias, se hablaba incidentalmente de mí. Alguno manifestó: "Dicen que está muy pobre." "Y tanto", agregó otro, un joven doctor amigo mío, como tengo varios entre los jóvenes. "Y tanto que lo están ejecutando por una hipoteca de la casa en que vive y que no puede pagar. Me consta porque conozco al juez, que es "Fulano", que viene siempre aquí; el acreedor hipotecario es una excelente persona, pero lo que es la casa se la rematan."

A la salida de la tertulia diaria, Udaondo llamó aparte a mi joven amigo y le dijo lo siguiente: "Querido Enrique, voy a hablar con "Fulano", a ver si es posible que esa ejecución a que usted se ha referido, vaya un poco despacio, dentro de las prescripciones legales. Pero no le diga nada a su amigo, a quien su pobreza le honra, porque acaso le molestaría, en esa altivez que se suele y hasta se debe tener en la mala fortuna." Enrique, entusiasta admirador de Udaondo, se vino al rato a decírmelo, conmovido. Yo me callé impresionado, como un viejo dogo a quien le pisan una pata, y anoté esta observación náutica: "Un hombre en el horizonte".

Efectivamente me dieron un poco de tiempo, con lo que pude golpearme más con el lazo; pero lo que es la casa me la remataron, en plena depreciación, el acreedor hipotecario se tuvo que quedar con ella, y se ganó buenos pesos a pesar suyo, como suele sucederles a los ricos, y yo me quedé con. . . mi anotación en el horizonte.

Cuando supe un día en el Jockey Club que Udaondo acababa de morir de un accidente, sentí apresurarse un tanto la diástole y la sístole del alma, cual diría, Ricardo Rojas, quien, como Lugones, Gerchunoff, Castellanos y otros que yo suelo leer, tienen expresiones y figuras propias, y me fuí así como por instinto a la casa de Udaondo, donde nunca había ido. Contemplé el cadáver, frente a sus hijos bañados en lágrimas, y a sus amigos angustiados y no le dí en la pálida frente el ósculo de paz, por no llamar la atención.

Así no me comprenden las generales de la ley, y puedo dar testimonio y hasta juzgar, sin recusarme. Se puede decir ahora y aquí cosas que no hubiera sido oportuno decir ante la tumba, y las diré de prisa y breve para que se lean y se entiendan. Se podrían formular dos observaciones que no alcanzarían a ser cargos, y que resbalarían como la lluvia sobre el granito de esta figura. Una, ser rico. Otra, haber mirado con benevolencia ciertos advenimientos. Lo primero es casi fatal: lo dijo la Escritura: "Más fácil es que un camello entre por el ojo de una

aguja, que no un rico en el reino de los cielos." La riqueza es así como un pecado que hay que rescatar, que hacerse perdonar, y para esto se necesitan varias generaciones. Pero hay un distingo que hacer y es entre los ricos y los enriquecidos, en la compleja sociedad moderna, distingo que no pudo hacer la escritura en el simplista mundo hebreo.

Los enriquecidos son el primer borbollón del agua, como la espuma del puchero, que la espumadera recoge y tira. Y hay que tirarla para que brille el caldo substancial, y para dejar limpio el fondo de la olla. Los enriquecidos, o sea los del primer hervor, no han tenido tiempo todavía de asimilar, ni individualmente ni como clase social, las escasas virtudes que suele aportar la riqueza.

La soberbia independencia personal, los gustos del estudio, del arte, de la cultura, el amor a la libertad, el menosprecio de la sumisión, la rebeldía contra la prepotencia, el asco por lo sucio y por lo ordinario.

Y son así como los libertos de Roma, como los burgueses de París, como los mercaderes de Buenos Aires; la ostentación de las vanidades, la levadura de todas las tiranías, de Claudio el "imbécil", de Napoleón el "pequeño" de Rozas el "grande".

Udaondo era un rico, no un enriquecido. Por eso renunciando al sibaritismo y al egoísmo, fué al hospital, fué al Parque, y a la vida cívica, mirada de soslayo por los ricachos. Y por eso despreciando las

ostentaciones de los advenedizos, cuando hacía o trataba de hacer un bien, como en el caso referido, pedía silencio, para que su mano derecha no supiese lo que hacía su izquierda.

Por eso su alta figura de rico de varias generaciones, que se levantaba sobre las figuras grotescas y ventrudas de los enriquecidos, era como un seguro latente para las instituciones y para las libertades públicas, aún en el silencio de su retiro, donde quedaba todavía, como el último respeto para los últimos desafueros. Quien sabe no fué en parte esa sombra latente el factor involuntario de candidaturas como la de Alvear, clavo ardiendo, letrero enigmático que aparece en la pared, en la escena final del absolutismo.

Pero, la observación insiste y redarguye. ¿Por qué, en vez de la tolerancia tácita, de la protesta muda, Udaondo no cooperó en la acción perentoria, en la protesta expresa? Porque pensaba y alguna vez lo dijo:

Somos muy pocos para cambiar la suerte, y sólo conseguiriamos, los pocos que quedamos, confundirnos con los sindicatos de pescadores que han reemplazado a los antiguos partidos políticos, y que nada lograrárán para el bien público, aunque logren algo para el bien de ellos. Así siquiera, abstraídos y solos, puede ser que nos respeten un poco, y al menos nos respetará el contagio. Esa y contra eso, fué

su intolerancia, y eso explica su tolerancia de los últimos tiempos.

Pero eso es precisamente la intolerancia. Contemplar el fenómeno y no la ley, el borrón y no la plana, el síntoma y no la causa. No se puede juzgar a la revolución de Mayo por la represión jacobina de la conspiración de Alzaga o por el fusilamiento de Liniers, ni a la acción militar de la emancipación por el desorden vergonzoso del ejécito de Rondeau, ni a las finalidades de su acción diplomática por las manifestaciones monarquistas de Rivadavia, Belgrano y Alvear.

Ni a los ejércitos en marcha, que no son otra cosa los partidos en acción, por los gitanos y las vivanderas que merodean en sus campamentos ni por las bandas de cuervos que los siguen en los aires olfateando las presas del combate.

Todo eso es detalle y fénomeno, como lo son estos dos leid motivs, "Régimen y Causa". Ni uno ni otro tienen la culpa, porque ambos tienen sobre si un determinismo, una ley de evolución en un peculiar estado colectivo, y una vasta clase social que la ejecuta, acaso sin darse cuenta.

Esa vasta legión que comprende en sus filas "Régimen y causa", es la clase de los enriquecidos, de los libertos de Roma, de los burgueses de Paris, de los tenderos de Buenos Aires del año cuarenta; al margen quedan los ricos de tradición, que han rescatado su riqueza, buena o mala en su origen, por

la acción laboriosa, honrada y cultural de las generaciones.

Hay que arrojar pues las divisas, como después de Caseros, "Régimen y Causa", nombres sin sentido, sombras sin cuerpo. Y gobernar con una cosa nueva que tal vez serían todos por el momento, y que como todo lo nuevo es más viejo que el andar a pie.

Porque sería la democracia patricia que ha gobernado el País desde 1810 hasta 1815, con la sola excepción de Rosas, que no es sino un accidente; como el potro salvaje que corre soberbio al frente de la hacienda montonera, y rueda y se desnuca, y pasa sobre él el montón siguiendo su destino, en busca de mejor campo.

Si el Dr. Udaondo hubiera vivido más, hubiera visto quizá tender a cumplirse la ley y no el fenómeno, que ha sido la amargura y la abstracción de su ilustre vida, hubiera visto resurgir, como ha de resurgir, Dios mediante, la democracia patricia de los antepasados; y se hubiera destacado su alta figura — aventada la cizaña de los tiempos, como el grano de oro sin aliage de la sociedad política argentina.

DON PITECIO SATANAS

Este es el pseudónimo de un personaje y también un nombre de familia; nombre y apellido etimológico, biológico y nobiliario.

Cuando el antropólogo cava en las entrañas de la tierra y llega a la capa geológica que removió Darwin, se encuentra con el esqueleto de Don Pitecio, a veces fragmentado por el paso de los siglos, pero todavía reconstruible en su integridad, siendo así un documento humano ancestral.

En nuestra democracia de aluvión, Don Pitecio es a veces depositado en la ribera por la ola eterna del mar resonante.

Su nombre patronímico como los de los hombres de pro es más bien un sobrenombre proveniente de su afición de pitar, porque Don Pitecio es un insigne fumista hasta en pipa como los fumadores yankees.

Su apellido es de la más rancia nobleza, anterior al hombre, contemporáneo de la creación; es el

apellido del más grande Rey, del Rey de los Infiernos y del más soberbio espíritu, el espíritu que niega.

Este personaje está en todas partes, en todos los partidos y en todos los movimientos colectivos, y lo encontramos a cada paso, por la mañana, a la tarde, a la noche, en la calle, en el mundo, en el teatro.

Viene de los varios puntos del horizonte y forma parte sucesiva y simultáneamente de las jornadas de la afanosa caravana social. A veces el grupo en que viaja cae vencido, o extenuado, o herido de muerte, pero el invulnerable viajero sale ileso, da un último salto y llega, siempre llega, sano, bueno, triunfal.

Y Don Pitecio puede decir todavía como en la Escritura, yo soy muchos, soy Legión.

*
* *

Para forjar al feroz arribista la naturaleza ha dado un salto lateral y ha hecho un monstruo de excepción, inferior al hombre y superior al mono, que podría clasificarse entre los primates antroposimios y en la familia de los "Pithecia Satanas" por su pequeña talla de poco más de un metro, y por sus largas barbas sin bigote, rasgo sinular que Don Pitecio ostenta ufano como un blasón racial, y por

el cual el lector puede reconocerlo en todas partes a primera vista.

Como todos los primates, Don Pitecio tiene el poder de trepar de un salto a las alturas, y la aptitud ingénita de imitación con el instinto de rumbear hacia lo alto que atrae siempre a los monos, como se ve en los circos, donde el empresario anda con varios a su séquito.

Don Pitecio imita todo, lo bueno, lo malo, lo original, lo de segunda mano, a los maestros *y* a los discípulos de los maestros. Tiene una especie de furor genésico de imitación, imita a pesar suyo, espontáneamente, orgánicamente. Esa es su fuerza, y con esa aptitud es un acoplado de todos los trenes y hasta de los tranvías.

Imita la perla, el oro y el cobre, se adorna con todo lo que encuentra aunque sea avalorio, con tal que sea ajeno. Es bastante leído y ha leído por ahí en algún grande espíritu — "Je prends mon bien ou je le trouve", — y sin discernir el modo de imitar del genio, él también se prende. Como sentido literario tiene el instinto de agarrar, y es así dueño de todos los tesoros de la tierra. ¡Formidable Don Pitecio!

Acompaña a todos sus amigos y protectores hasta la cima y allí se conserva fiel, útil y obsecuente; o hasta la sima y de ahí se despide sin decir ni adiós, y no lo ven más, sino de lejos algún signo equívo-

co con el índice corvo para conservar el contacto por las dudas.

No va por un camino como los viajeros rectilíneos, sino por todos los caminos, o por ninguno, y así todo el campo es su propiedad, aunque a veces lo detiene un tembladeral donde tiene que andar a volapié, o un médano de tucutucos donde se va enterrando hasta la rodilla.

Estos son los malos momentos de Don Pitecio, para los cuales le queda un recurso supremo, el mismo de Mr. Perichón, el héroe de Labiche a quien se parece bastante: el recurso de dar máquina atrás.

Don Pitecio es grueso, negro, ñato y petiso: no caballito chico y bien hecho como algunos hombres superiores, sino petiso retacón, mal engestado, mañero y coceador.

Su piel a escamas tiene el obscuro verdoso del reptil, que se descompone a la luz en matices sombríos, porque se le rompió en un mal momento la bolsita de la bilis y su sangre no circula ya roja, sino verde.

Tiene la boca enorme de los simios, armada con una dentadura triturante y visible hasta los molares, boca como un abismo peligroso para todos los seres alados que pasan, y como una fábrica obscura del comentario siniestro; como el terrible protagonista del bardo inglés, nació con dientes para morder al mundo.

Con esta cédula de identidad, el lector lo encuen-

tra en cuanto lo vea, y es inútil decir que si no lo ve no lo encuentra.

Si quieren dar con él, miren para abajo y con lente de aumento y en cuanto logren distinguir un ñato, negro, petisón y barbudo sin bigote, ese es. Camina inclinado hacia delante como los cuadrumanos, no se sabe si en dos o en cuatro, y como es soberbio, puede decir cual el advenedizo de un autor anónimo, que nunca ha dado un paso para obtener una posición, ya que ha llegado trepándose.

Don Pitecio ha tenido todas las religiones, morales, políticas y sociales, pero ha sido más lógico que éstos, porque en realidad no ha tenido ninguna.

Siempre ha andado la línea tortuosa, y deja un rastro difícil de seguir, como el de los pequeños hombres y como el de los grandes viborones.

Con este modo de caminar siempre se tuerce, y siempre es infidente, hasta sin intención.

Tiene la especie de imán o poder de atracción de las serpientes y se rodea de sapos, que son los papanatas de su paso triunfal, y de los cuales de cuando en cuando se traga alguno.

A su proximidad los pajaritos de la fronda baten las alas y gritan desaforados, como cuando al agua que beben se acerca el reptil, el enemigo sombrío del nido, de la armonía y de la bella natura.

*
* *

Don Pitecio como todos los primates, carece de la memoria del corazón que tienen el perro y el elefante, y los hace guardar afecto a sus benefactores, y carece también de la memoria del espíritu, porque olvida todo menos los malos tratamientos, para los cuales conserva un rencor simiesco.

Con bagaje tan liviano y sin el fardo incómodo de la gratitud, Don Pitecio no ha podido, sin embargo, llegar hasta el Congreso, que es la Meca de sus ideales de creyente.

No quiero hacer la detracción del Arribista, sino más bien su apología, porque, en realidad, lo creo socialmente útil, como el nexo que ata los extremos de la lucha, con la misma cuerda que han tejido sus maquinaciones para los colgados en el camino.

Cuando la ola se encrespa y divide, y cava hondos abismos entre los hombres, Don Pitecio, que siempre queda flotando en la superficie del presente, es lo único que, malgrado todo, resta del alto pasado, y como el hueso careado y fragmentario con que se va armando el esqueleto del simio de museo, documento humano de la continuidad de la creación y de la evolución de las especies.

Don Pitecio es útil porque está siempre en el me-

dio, donde suele encontrarse la verdad: "In medio veritas".

*
* *

Feliz Arribista, siempre próspero y al parecer inmortal, insigne Don "Pitecio Satanás" ñato, petizo, negro barbudo y feo, yo humilde y justiciero escritor, te revoleo y te lanzo de cabeza a los abismos de la posteridad; y de nuevo contemplo tu mueca triunfal, asido de la cola prehensil en la alta rama de uno de los gigantes de la selva, columpiándote en el envión poderoso para trepar más alto!

LA ESCUELA DEL HOGAR

San Isidro es un nido recóndito, colgado en la barranca resplandeciente, perfumado con aromas de oro, y el que guarda más sello colonial de los pueblos del viejo Norte, lo que acaso encierra el secreto de su atracción profunda.

En una de sus quintas señoriales y a la sombra de un gran pino secular, vaga aún el recuerdo del diálogo inmortal de San Martín y Pueyrredón sobre la emancipación Americana.

Y en el sitio más bello de la costa frente al escenario del Plata glorioso, está la casa colonial que edificó el inolvidable vecino Dr. Don Cosme Becar, que sus hijos conservan como una lámpara votiva.

En ese rincón tradicionalista de nuestra democracia patricia, alguien ha tenido la feliz inspiración de abrir una Escuela del Hogar, que sólo podía ser bien dirijida por una maestra competente y

una distinguida señora, y que educa gratuitamente a las niñas del pueblo.

Enseña estos pocos ramos fundamentales: Castellano, Historia argentina, Inglés, Francés, Contabilidad, Dactilografía, Taquigrafía, Corte y confección, Música, Labores, Economía Doméstica y Cocina: de paso se desasnan las analfabetitas que haya lugar.

Las cátedras han sido dictadas un tiempo por las siguientes señoras y señoritas, además de la Directora: Julieta Salas de Castro Videla, Estela Silveira de Rojas, Inés Comas Ruiz, María Luisa Cabo Montilla, Sara Cufré de Durand, Julia Fragueiro de Brandt, Cora González Carman y Luisa Salas.

Estas damas, como cuadra a su alta clase, no sólo no cobran honorario, sino que contribuyen al sostén de la patriótica institución, la cual tiene ya inscriptas 290 alumnas, entre ellas muchas conocidas niñas, que concurren también a esta enseñanza post-escolar, y de las cuales una instantánea ha tomado un numeroso grupo.

Cuando se abrió en la ciudad de Córdoba una escuela similar, pudo observarse este curioso fenómeno social.

Las niñas más conocidas de allí se agrupaban en sus aulas de cocina, y las de las clases populares en las de corte y confección de vestidos y sombreros, acaso más remunerativas de inmediato. Y, por tal plebiscito se ponía de moda la cocina en la docta

ciudad, como si el encanto singular de la mujer cordobesa, con delicado instinto femenino, quisiera encender desde la aurora el fuego sagrado del hogar.

Recordaremos también que la primera mujer del Kaiser alemán, muy superior a su marido, la Duquesa de Schleswig, Princesa de Dinamarca y después Emperatriz de Alemania, cultivaba diariamente la cocina con sus propias manos Imperiales.

*
* *

La Escuela del Hogar, de San Isidro, que se inició en un salón cedido por el vecino Don Roberto Mercier, quien ahora ha tenido que alquilarlo, ha funcionado también en los del Colegio Nacional de la localidad, desocupados en las horas de la tarde; esto por concesión especial del Ministro de Instrucción Pública quien ha comprendido desde luego hasta qué punto la Escuela del Hogar es la institución cultural complementaria en un núcleo tradicional y tradicionalista commo aquél.

Es de desear que ella no tenga que funcionar en local prestado, aunque sea propio por el común objetivo patriótico.

Ahora si fuera oficializada podría expedir certi-

ficados y entrar a ser dirigida por profesoras diplomadas.

El resto deberá serle dado por añadidura, entre el antiguo vecindario, al que viene sirviendo con tan buena voluntad.

LOS NIÑOS BIEN

LA EDUCACION DE UN "HOMBRE"

Pues como lo he dicho, el gaucho que ya no sirve para la gesta heroica porque ya la hizo, que ya no sirve para caballero andante porque el ferrocarril anda más, todavía sirve para semilla, como el corcel árabe.

Es tant alto, cual diría algún abuelo catalán, que sólo puede ser reemplazado en la nacionalidad por esta cumbre, la juventud.

*
* *

Vamos a ver cómo tendría que ser un joven argentino para poder reemplazar al gaucho, su ilustre antecesor. Desde luego, tendría que renunciar a sus vacaciones, para ingresar en las de los grandes colegios a la escuela intermedia, que sería la cocina de los peones en la estancia.

Para esto es preciso que los padres ricos, argentinos o hijos de argentinos, hagan una cosa talvez poco agradable para ellos, pero muy útil para la sociedad y ellos mismos.

Vendan sus casas viejas que no sirven ni para renta, y sus casas nuevas centrales más o menos lindas o feas, quedándose con una sola pero buena, amplia y de dos pisos, uno en subterráneo aereado y claro, para vivir en éste la vida interior debajo de tierra como la vizcacha, que es el animalito más sabio en materia de confort, después del inglés. Habrán notado que nunca sale en el verano a las horas del sol, permaneciendo en lo profundo de sus frescas cuevas, apareciendo solamente en la alta mañana, en la sobretarde, y a la luz de la luna, a cuyo pálido fulgor se atusan los bigotes los fieros vizcachones como gallardos mosqueteros. Se diría uno de nuestros viejos verdes, divagando entre las flores de Hungría por las calles procelosas, *qüerens quem devoret*.

El piso superior de la casa de los ricos sería el de hospitalidad y recepción, elevado a dos metros del suelo, debiendo estar rodeada de corredores y jardines, y situada para ello en las afueras de la ciudad. Los muros han de ser de un metro de espesor, de granito natural por fuera y estucados por dentro. La casa de la estancia será igual, pero con una sola puerta exterior, porque "casa con dos puertas, mala es de guardar". El estilo más lindo

es el de las de Pompeya y Herculanum, cuya descripción casi gráfica, se encuentra en el gran romance de Bulwer Lytton titulado "Los últimos días de Pompeya".

Vendan pues los ricos sus caserones y háganse terratenientes en nuestros campos lejanos, pero para poblarlos y habitarlos como los Lords ingleses, no para arrendarlos como nuestros rentistas. Dejen que los negociantes construyan en el centro de la ciudad rascacielos para los burgueses, con dormitorios como mechinales de palomar. Así invirtiendo su dinero en campos, tendrán más segura y progresiva utilidad, porque los ladrillos no aumentan de valor ni de cantidad como la tierra y la hacienda, y tendrán estos atributos: una extensa superficie donde serán señores patriarcales, y la cocina de los peones que será a la vez la mejor escuela intermedia para sus hijos.

Hagan ingresar a éstos en el invierno a las Escuelas Comunes y a los Colegios Nacionales, con repetidor sabio en casa en los meses del año que sea necesario, o si el estudiante es inerte como hay casos, que sólo la educación común por la influencia del espíritu ingénito de imitación y emulación del ser humano pueden modificar.

Mándenlos a misa los domingos, aunque sean ya grandes, para que se crien en el temor de Dios, lo único que debe temer el hombre, y para que co-

nozcan a las niñas decentes, lindas y frescas como la violeta recóndita.

Y en el verano, váyanse con ellos por seis meses a la estancia, y déjenlos llegar sin restricción a la cocina de los peones.

No podrán acostarse tarde, porque esa gente necesita descansar de su rudo trabajo, para reanudarlo al alba, y se tienden sobre sus catres y caronas, con el último bocado del churrasco.

Si el estanciero tiene un buen capatáz de campo, como uno que vive aún en el pago de Junín, ya viejo y sin poder montar a caballo, déjenle nomás los chicos, que ése no les va a enseñar nada malo. Porque nunca supo jugar, beber, ni provocar, sino enlazar, arar y domar, sin ser demasiado jinete pero sabiendo arrocinar un caballo.

Y siempre rindió bien sus cuentas, mejor que muchos excelentísimos señores, sin tocar un peso que no fuera suyo y ganado con su trabajo. De ese no van a aprender nada indecoroso, fuera de algunos barbarismos inocentes, más o menos chuscos, ni nada indigno del viejo honor español, que él lleva en su sangre Goda, denunciada por sus ojos azules, su fisonomía aquilina, y sus bigotes rubios, tostados por el sol de la Pampa.

No les va a dar ejemplo de parasitismo como los encontrarán en las ciudades, porque sin poder ya valerse, todavía no le pide un peso a su antiguo patrón, viendo que la pobreza le brilla, y apenas si

se lo acepta agradecido cuando se lo puede mandar.

Ese es un hombre, un buen gaucho y un capatáz de campo, que no tuvo tiempo para aprender a tocar la guitarra ni a cantar milongas, y que después de haber manejado discrecional y honradamente los intereses ajenos, ahora se sienta en una cabeza de vaca porque no tiene sillas, y duerme sobre su viejo recado porque no tiene cama. Esto no será buena suerte, pero es virtud y resplandece como el oro en el humilde rancho.

El gaucho siendo el mejor trabajador es un ser primario en la evolución, y no tiene aún en la sangre el espíritu de economía que se adquiere por herencia, en las generaciones. Así declina al final de la vida en vez de ascender, como ascienden automáticamente por aquella calidad, los hombres de las viejas sociedades.

*
* *

El objeto inmediato de mi escuela intermedia es retraer al niño de las ciudades, hacerlo tocar la tierra en que nació para que sea el hombre natural y no un hombre artificial, para que se impregne de su savia y de su amor y sepa dar la vida por ella, y no permitir que nadie la ofenda, ni el extranjero ni el mandón.

Enseñarles a igualarse a sus ilustres antepasados,

los que hicieron la patria y la nacionalidad, y que hoy están en la cocina debiendo en estricta justicia estar en la sala, porque son los dueños, por derecho natural, del suelo que hicieron libre y conquistaron, y en el que no tienen sin embargo una piedra donde reposar su cabeza. Por eso yo quise darles la ley del Homestead, que la inercia ignorante obstruyó.

Hay que infundirles a los jóvenes una igualdad de arriba para abajo, como la de los hombres de pro, no de abajo para arriba, como la de los advenedizos. Y muy parecida a la igualdad cristiana, aquélla que exaltaba a los humildes y humillaba a los soberbios.

Los únicos que podrían quejarse serían los así igualados a contrapelo, pero tal no sucederá; en primer lugar porque son niños, los únicos seres en la tierra que rinden instintivo culto a la fraternidad humana; y por eso les sonríen los ojos cuando se encuentran con otro chico, aunque éste vaya en andrajos; y por eso la bella niña de la casa se abraza y se pasea regocijada con la chica de la planchadora, cuando ésta viene a entregar la ropa. En segundo lugar, no se quejarán porque a los chicos más bien les ha de gustar, como lo vamos a ver.

Debo observar que estas aparentes paradojas, es lo único que he sacado de mi breve experiencia de antiguo estanciero, para que no se cumpla en todas sus partes el dicho de que el campo envejece, embrutece y envilece. Así éste es un método de educa-

ción, nuevo pero experimental, aunque parezca excéntrico. Mi escuela intermedia sería lo más agradable para un chico en vacaciones, y los hijos de los ricos serían capaces de clamar a los padres por que se las diesen.

En primer lugar, libertad absoluta, libertad gaucha, libertad india, dentro de la cual el chico puede hacer positivamente lo que le dé la gana. Vestirá uniforme y será una de las pocas veces en que el uniformado se encontrará a gusto dentro del uniforme. Este será de la cabeza a los pies, con pocas variantes determinadas por la comodidad, el de nuestro paisano, pero, el de verdad no el de fantasía, el del pobre no el del rico, la veste sencilla del gaucho trabajador argentino, que es el auténtico y el grande.

Sombrero chico, de ala angosta y consistente, que el viento no la levante ni la baje, de color blanco para la refracción del sol, y de castor, paja o hilo, que cuestan un par de pesos.

Blusa de hilo o de lana sobre la camiseta o a raíz de las carnes, según la temperatura; calzoncillo largo y suelto porque irá debajo de la media y de la bota, cuchillo bien afilado, que corte un pelo en el aire y un pellejito en la punta del dedo, y nada de daga ni facón. Tirador ancho de suela flexible, con varios bolsillos, para el dinero, el reloj y también el revólver, porque siendo chicos deben igualarse a los grandes y nada más

igualitario que un Smith Wesson. El tirador prendido con hebillas de cuero, no con rastra de plata. Botas de cabritilla color cuero, de suela gruesa y de caña sin recorte, de una sola pieza, bien cambreada, imitando la bota de potro, o la antigua bota Melié y amplia bombacha o chiripá corto de merino negro o de lana imitación vicuña, ceñido a la cintura con faja pampa, angosta y recia.

Pañuelo al cuello del color que les guste, con preferencia el más visible de lejos, cuadrado y grande como para darle los vueltas y anudarle delante las puntas. Hay que abrigar de preferencia el cuello, centro del calor del organismo, y por eso nuestros señores viejos usaban en invierno ricas boas de vicuña, hasta para ir al Senado. Espuelas de fierro o de plata chicuelas, de medio kilo de peso cada una, porque así ayudan al equilibrio del jinete, con rodaja de dos o tres centímetros de diámetro y poco bravas, para que exciten y no lastimen. El apero ha de ser el recado de bastos porteño, con cincha más bien angosta, cómodo y ancho, con buena grupa formada por el poncho de paño, y con matras gruesas, como para hacer también en ocasión cama del recado, que no la hay mejor en el mundo de la intemperie. Nada de estribos de brasero, pretal ni riendas con plata, sino de cuerdo crudo de una sola pieza, fuertes y leves, que no se sientan en la mano, ni se corten a dos tirones. Bozal, cabresto y maneador de lo mismo, lazo al anca y boleadoras

en la cabezada, si saben bolear, sino aprendan primero haciéndolo de a pie, porque podrían enredarse en las bolas.

El caballo ha de ser un criollo chico, o un petizo grande, pero sin mañas, ya que los petizos aún los mejores, son frecuentemente mañeros. Los hay muy buenos, en las tropillas de los gauchos trabajadores, porque no hay tropilla completa sin su petizo; y los venden baratos, aún pagándolos con la generosidad que debe usar siempre el rico, para hacerse perdonar lo que le sobra.

Imiten si quieren, para el indumento, el modelo gráfico de dos gauchos boleadores de avestruces, que ilustra la página 169 de mi libro "Roca y Tejedor", así presentados al pincel de Mendilaharzu por Carlos Costa, quien era *hombre gaucho,* y por eso lo mandaron asesinar los que no podían vencerlo de otro modo en el comicio.

*
* *

Los chicos vivirán en la estancia en su casita próxima a la principal, para que puedan recibir y hospedar con independencia a sus amigos cuando vayan a visitarlos, donde tendrán cerca a su asistente, a la vez compañero y peón, que ha de saber domar, para que los ayude a ensillar arisco y les apadrine en los primeros galopes.

Se levantarán al alba, listos y contentos, al toque de la campana de los peones, y se lavarán la cara en el amplio corredor con agua recién tirada.

Tomarán su mate amargo que se cebarán ellos mismos, churrasquearán algunas achuras que mientras les habrá chamuscado el asistente, y de ahí a ensillar de la tropilla, que cada uno tendrá la suya por él amansada y formada, o el potro o el redomón, que habrá quedado atado la noche antes para que se siente y se palenquée, porque son duros de cogote como si fueran radicales, hasta que se entregan y se hacen mansitos, de agarrar a mano en el campo y andar en pelos el dueño.

De allí saldrán con el animal bellaqueando por arisco, de poca cincha o de frío, galopando al horizonte, a recojer y traer la hacienda al rodeo frente a las casas para que se amanse y carnear con comodidad. Por turno vendrá uno de ellos a llevar a la cincha el carrito de pértigo, para traer al cuarto de la carne la res limpia y muellemente reclinada sobre su propio cuero fresco, que habrán desollado sin un rasguño si es posible, desempeñando el más *baby* la importante función de tener de la pata.

Para indicar la res, recorrerá el rodeo uno de los chicos con el capatáz, a fin de elegir la más linda, y este aprendizaje de selección, les será útil en la vida. Después enlazará de las astas el que acierte el tiro y con los más rollos posibles, otro pialará des-

pacio para estirar entre dos lazos, y el capatáz degollará de una sola puñalada, sin desjarretar. Así que el animal se desangre, otro de los chicos lo echará al suelo de una pechada a toda furia, bien apercibido para salir parado, porque el caballo suele rodar al otro lado al pasar en el cnvión sobre la res. En la tarde irán a trabajar de a pié en la quinta y en el monte, con la pala, el arado y la rastra, cavando, carpiendo, sembrando y plantando, y teniendo siempre bien tusada la pelusa verde que es el mejor jardín del parque y de la estancia.

Y caido el sol, a la gran sala de armas, alumbrada a luz eléctrica, donde se ejercitarán y se divertirán en el box, en todas las esgrimas y en el tiro de pistola, bajo la dirección de profesores, inglés, francés o italiano, según el arma.

Después un gran baño de lluvia templado, y a empaquetarse para la mesa de la familia.

*
* *

Habiendo yerra o esquila, a los galpones y al corral, donde trabajarán como los demás peones, vigilados especialmente por los capataces.

Los domingos y fiestas de guardar a misa a la capilla de la estancia con confesión y comulgada; y después de comer una con cuero asada con huesos, a jugar al foot-ball y al polo con los amigos y con los hijos de los puesteros que caerán con sus

buenos pingos y han de ser duros de pelar. Y al caer el sol, buenas tardes, y hasta la próxima, si Dios quiere.

Yo supongo para todo esto, en honor de la raza, que el estanciero habrá trabajado como buen cristiano y logrado tres o cuatro hijos varones. Si los chicos quieren andar bien montados, como tienen con qué, cómprense una manadita de petizas Shetland, de un pelo si es posible, en el Sur de Buenos Aires, de la cría de los Vivot, de la antigua "Felicidad" de Serantes, "Kakel" de Elía o el "Chajá" de Aguirre, y pónganle como padrillo un puro de carrera y ganador retirado, de buena estampa y pequeña alzada.

Así tendrán los poneys más lindos y ricos que hayan galopado en nuestra llanura, aunque algo bravos, porque no son para maturrangos.

Igualmente el estanciero rico, en esas estancias lejanas, donde al menos por sport, para carnear y en la evolución de su hacienda, debe tener alguna de poca mestización que permita el trabajo a campo, debe tener también para lo mismo unas cuantas manadas de yeguas criollas de veras, ya muy escasas, si puede encontrarlas todavía en el lejano Sur de Buenos Aires o en las provincias pastoras; y repuntadas por padrillos bien elejidos de la misma raza, más escasos aún, pero con platita en mano abierta todo se halla.

Es de imaginar el júbilo con que los chicos con-

currirían a la escuela intermedia que dejo esbozada, y serían un cuadro en el rodeo, contemplado con orgullo y afecto por los paisanos. Así ha de ser la educación, a gusto del alumno, tanto como del maestro. De esta escuela intermedia o de verano saldrán, buenos jinetes que es lo primordial, los futuros polistas argentinos, que se la darán seca, como ya lo han hecho, a Ingleses y Yankees, porque nuestra raza, originaria del gaucho y del Arabe, es superior a la Sajona para los trabajos a caballo; y se harán viciosos de este juego, uno de los pocos dignos, porque no comporta interés ni envidia, ni siquiera celos o emulación mezquina, ya que el triunfo regocija igualmente, con sana alegría, a vencidos y vencedores, que lo celebran juntos en asaduras homéricas.

Este juego del Polo, que ha recorrido el mundo y los tiempos, desde el Asia hasta la Inglaterra y la América, siguiendo la misma ruta de la civilización, de Oriente a Occidente, es hijo natural en la Pampa Argentina del antiguo y bárbaro juego del Pato, que era la recia y peligrosa diversión de nuestros gauchos Lo encontrarán magistralmente descripto en lo mejor de las rimas de Mitre, y por Rafael Obligado a seguida de aquellas estrofas que dicen:

"Vuela el pato, va buscando,"
"Un valiente verdadero..."

De ahí la fantasía del poeta lanza los gauchos porteños a la epopeya Americana, y los lleva con Belgrano, Dorrego y Balcarce a Tucumán y a Salta a ayudar en la guerra de los gauchos.

Del jugador de polo, que es vicio feliz e incurable, aún cuando algo peligroso, no tanto sin embargo como las cartas, brillas y carreras, saldrá el soldado argentino, descendiente directo de los granaderos de San Martín, Lavalle y Necochea, apto como aquéllos para la guerra a caballo, que será por mucho tiempo todavía la guerra posible en la inmensidad Americana.

Y de esta escuela de invierno y de verano saldrá algo más, el caballero argentino, capaz de vestir el chiripá en la estancia y el frac en la ciudad, de sentarse distraido en cuclillas en el salón del gran mundo, y de dejarse caer de la maroma con el rebenque en la mano, en la puerta del corral, sobre el lomo del potro que pasa al raudo galope.

Saldrá sano de alma y de cuerpo, curtido al sol y al frío, musculoso como el atleta, delgado y elástico como el acero, sin taras ni alcohol ni alcaloides que le envenenen el cuerpo y la existencia: por lo mismo, su intelecto será claro y su corazón firme. Uno que otro se quebrará o se inutilizará en la jornada, formando el inevitable por ciento de bajas de los combates de la vida. Así mi escuela intermedia es también una relatividad, pero si miran al lado opuesto, al de la Cosmópolis, verán como contraste

su fruto amargo y revenido, el ser pálido, endeble, equívoco e inútil, vago de presente y atorrante de futuro.

Hay que elejir, con los peligros y los inconvenientes de toda elección, porque nadie puede anticipar lo qué será, ni hacer con la educación de un parásito un caballero, ni de un caballero un parásito. Cada uno lleva en sí desde que nace su propia individualidad, ya se crie a campo o a galpón, y esa determina su propio destino. Por ello tal vez, dicen que decía el jefe de hombres que hizo la emancipación americana y sabría su psicología:

"Serás lo que debes ser y sinó no serás nada".

Para terminar, esbozaré rápidamente cuál podría ser la acción de la juventud, en el punto a que ha llegado en su evolución ideológica y positiva nuestra democracia de primer grado.

*
* *

Como todos los herederos, desde que recibimos nuestra hijuela, que fué, con la más expléndida tierra del mundo, la más libre constitución de la tierra, nos ocupamos de malbaratar las dos cosas, tierra y Constitución.

No fué porque nos faltaran buenos maestros, pues tuvimos a Rivadavia, Sarmiento y Alberdi, sino porque nos sobraba juventud y éramos el rico

heredero, este personaje que de entrada tira por la ventana lo adquirido sin trabajo. Así derrochamos la tierra y desvirtuamos la Constitución. El crimen lo cometieron los niños bien de las ciudades, que iban a Europa a aprender centralismo y vida alegre, como Francisco Solano López, en vez de ir a los Estados Unidos a aprender federalismo y cosas útiles, como Dorrego y Sarmiento.

Nos empeñamos, nos endeudamos, nos arruinamos, y no sólo gastamos lo propio sino también lo de nuestras hermanas menores, a punto que hoy las Provincias Argentinas se preguntan estupefactas si se unieron para ser libres y ricas, o para ser sometidas y miserables.

Esto es lo que hemos hecho en el orden económico, institucional y federal, y esto es lo que tiene que revisar y enmendar la juventud argentina, que ha aprendido en sus grandes maestros lo que ya va viendo claro su espíritu nuevo.

A partir de la organización nacional, hemos recorrido rápidamente este cuesta abajo.

—En tiempo de Mitre, unitario y romántico, se pensó y se habló con la imaginación.

—En tiempo de Alsina, autonomista y vehemente, se pensó y se habló con el corazón.

—En tiempo del régimen, bajo la legislación proteccionista, se pensó y se habló con el estómago.

—En el presente, bajo la ley del número, se piensa y se habla con los pies.

*
* *

La misión de la juventud argentina es recorrer una vez más las arenas del Plata tempestuoso, y destacar en la espuma del aluvión las partículas de oro fino que arroja el mar sombrío, el por ciento de labor y de virtud que adviene de las viejas sociedades.

Y desechar tranquilamente a los que no traigan en potencia el arado en la mano, la salud en el cuerpo y en el alma, y la paz en el corazón.

La misión de la juventud argentina es ir al rastrojo, destacar el grano y aventar lta paja como en el Evangelio, y echar fuera a los mercaderes de ese templo del trabajo a la luz del sol, a los haraganes que reconocerá entre los demás obreros, porque no tendrán el lomo sudado.

La misión de la juventud argentina es levantar sobre todas las cabezas, de arriba abajo, el Estatuto Federal, que es la Magna Carta de nuestras libertades, escrita con la sangre de nuestros padres, y gobernar otra vez a la patria como cuando Mitre y Alsina. Y este sería también el testamento ológrafo de un viejo de aquellos tiempos.

¡*Farewell* a vosotros, millones de trabajadores de la Argentina!

LA CONFERENCIA EN TEATRO LIBRE

El término palabra, viene, como es sabido, del latín *Parábola*, precisamente la forma usada por uno de los pocos tribunos antiguos que acaso no escribiera sus discursos, sino con la sangre del sacrificio, y por ende su palabra fué llamada el Verbo.

Todos los otros oradores los escribieron, empezando por Demóstenes y Cicerón, y la prueba está en que los leemos, ya que entonces aun cuando los había, no se usaban los taquígrafos. Hasta se dice que esos oradores recitaban delante del espejo, preocupados del gesto teatral, tan cuidado por los antiguos. Y hasta se afirma que no pronunció el orador alguno de los que figuran en sus libros, como el famoso de Cicerón, *Pro Milone*, dando lugar a que Milon dijiera en el destierro, adonde había sido condenado: —"Si hubiera hablado así, yo no comería tan buenos higos en Marsella". Lo cual significa que este discurso fué escrito a poste-

riori, por vanagloria de maestro, y para echar tierra en los ojos a la posteridad.

Un autor, sin duda de la escuela materialista, dice que al hablar se envía el aire del pulmón a la boca, y que la palabra no es sino el acento articulado de este aire al pasar. Como se vé la definición es física y explica en cierto modo el magnetismo de la palabra y su dinamismo para congregar a los hombres e impulsarlos a la acción.

Así la palabra deviene en la Asamblea, al contagio del entusiasmo colectivo, catapulta y proyectil, y la de los oradores ingénitos, como lo era Aristóbulo del Valle, encerraba una sugestión que no tiene lo escrito, y semejaba, al oirla encantamiento y magia. No se ha conocido ningún mago que actúe por nota, y hay en cambio pocos improvisadores cuyo discurso resista a la lectura, ni de él guarde párrafos la memoria.

Cicerón, el orador clásico era un *rossignol cantaire,* según la despectiva y acerba calificación de César, expresada por Balaguer en su expléndida fabla provenzal. Y para no serlo del todo, escribió prolijamente sus discursos, que recitaba con su voz de oro, capaz de convencer a los jueces adversos y de fulminar a Catilina.

Según algunos hombres de idiosincracia personalista, que los hay también y muy distinguidos, fuera de la acción gobernante, habría que escuchar la palabra del orador, y aún el pensamiento del escri-

tor, como quien oye el canto de un pajarito. Porque esos son el hombre-acción, y para ésta la idea, y la forma de la idea, son música celestial. Sin embargo la influencia del hombre de acción pasa, y queda la del ruiseñor, el pequeño trovero de la serva, animador de la gran fuerza impulsora del mundo.

*
* *

Esta digresión es para mostrar cómo la Conferencia, acto de didacta más que de tribuno, contenido de episodios, nombres y hasta cifras, ha de ser necesariamente escrita, y bien puede ser leída o recitada como han sido las de ilustres conferenciantes, como lo he visto hacerlo a Ramiro de Maeztu, Ricardo Rojas, a los generales Caviglia y Mangin, Arturo Capdevila, Monseñor Franceschi. Ahora si se lee como leían Dickens o Legouvé, entonces ya es miel sobre hojuelas. Cuentan que Dickens congregaba a todo el pueblo de los Estados Unidos, que le era más bien hostil, y se ganó una fortuna, en conferencias donde leía sus romances, ya publicados en Inglaterra y poco conocidos en América. Y es sabido que el maestro creador del arte de la lectura, Ernesto Legouvé, realzaba y daba valor a todo lo que leía, aún cuando lo tuviera escaso.

Así pues, escrita, y leída o recitada, debe ser la conferencia docente, magistral, clásica. Como se ve,

es un acto y un acto peliagudo. Hay que hablar encerrado en la malla transparente de la sinceridad, pero desnudo y libre como los pájaros del aire. Se ha dicho que la sinceridad es la primera de las virtudes, porque en realidad las compendia, y en la hipótesis inverosímil de que todos fuéramos sinceros, el mundo sería el paraíso terrenal. Desde luego no habría pleitos, ni abogados, ni siquiera el Abogado del Diablo, encargado de hacer la contratesis de la verdad. Casi no habría delitos, porque los mismos culpables se apresurarían a confesar el propio, con lo que habríamos carecido de los inocentes necesarios para adornar la absurda supresión de la pena de muerte, la única científica y biológica. Los raros delincuentes serían fusilados sobre el tambor, sin gasto en aves negras, ni en oficinas de investigaciones para encubrirlos.

No habría dificultades para los jueces, ni las habría habido para el ínclito Juez Facio, tan útil en los casos incongruentes de las doncellas veteranas. Y sabríamos al fin y desde un principio, por los mismos labios de la heroína y de sus denodados Don Juanes, la verdad sobre el romance trágico de Vicente López, que yo no habría tenido necesidad de traducir del inglés, encontrándolo en Conan Doyle, explicado por Sherlock Holmes. Y tal cual se lo regalé a "La Razón", quien con su indiscreción habitual lo publicó enseguida en dos folletines, pasados perfectamente desapercibidos, como pasa por el mun-

do la verdad. Esto cuando pasa, y entonces todos damos vuelta la cara, cubiertos de rubor ante el desnudo.

*
* *

Una tarde, después de alguna insinuación por intermedio de un amigo, se me hizo anunciar en mi Club, uno de los más clásicos cultores del desnudo que existan, el señor don Faustino Da Rosa. Por lo menos es quien ha dado en el país al resplandeciente desnudo la forma colectiva, la forma de Revista, de cierto más peligrosa que las revistas militares.

Aparte de esa especialidad, el señor Da Rosa ha tratado, con encomiable tenacidad, de levantar en Buenos Aires la tribuna de la conferencia libre en teatro libre, al par de las de nuestros grandes centros en teatro propio, y en la hora que perdíamos oyendo las conferencias del Manicomio en el Jockey Club, hechas a voz en cuello por Juan Bidart, siempre inspirado, y siempre sobre el mismo tema de las familias de los caballos, a veces mejor protocolizadas que las de los hombres. Entre nosotros un gran árbol genealógico arraiga en el antecesor "Ormonde" y su compañera ideal "Philosophy", a quienes yo he admirado hace cincuenta y ocho años, en pleno romance *hípico* de primavera en Luis Chico,

importados por el distinguido criador que fué D. Salvador Boucau.

Inició pues aquí el señor Da Rosa la conferencia clásica, haciendo venir a la tribuna pública arg ntina a Charcot, Amundsen, Victor Margueritte, Enrico Ferri, Vicente Blasco Ibáñez, el Abate Gaffre, Anatole France, Georges Clemenceau, Jean Jaurés, etc., etc., oradores de elocuencia desnuda como los mármoles antiguos, a hablar ante esta metrópoli Sudamericana, con el acento soberano que había resonado en los grandes centros de la Europa, y en la ciudad luz, capital de la Francia resplandeciente.

Al señor Da Rosa, espíritu latino, y optimista como Lusitano, se le había ocurrido que podía intentarse aquí la conferencia nacional con elemento autóctono, lo cual en realidad podría ser interesante y halagador para el nacionalismo y el tradicionalismo, aún cuando lo autóctono resta el interés de lo desconocido a la conferencia. El señor Da Rosa olvidaba que nadie es profeta en su tierra.

Siempre he dudado de las realidades lusitanas y del chauvinismo intelectual, pero era indiscutible que el objetivo del señor Da Rosa podía tener la finalidad de un noble propósito patriótico. Dada la sencillez con que lo enunciaba, como una simple operación de comercio, parecía que el distinguido empresario estaba como Monsieur Jourdain, haciendo prosa sin saberlo, cuando en realidad podía estar

asentando el cimiento de la conferencia nacional en teatro libre, con público espontáneo, ausente entre nosotros y consuetudinaria en otros centros de alta cultura. Acaso no veía tampoco el idealista que en el positivismo presente, el teatro literario retrocede ante el teatro mecánico, y la Comedia Francesa ante el Cinema, como la idea ante la máquina.

Me fué a ver a mí entre otros, proponiéndome un honorario equitativo, sosteniendo que mi colaboración le atraería público, y sería para él un buen negocio. Yo de primera intención y a fin de darme tiempo a pensarlo, le observé simplemente.

—Es cosa muy difícil ser un buen actor de teatro!

—Más o menos es lo mismo que me observó Maitre Clemenceau, repuso el señor Da Rosa, y me refirió que él le había replicado lo siguiente: —Si yo tuviera un gran diario y le propusiera a Vd. colaborar bajo su firma, a tanto por artículo, me parece que no tendría por qué rehusarse. Pues yo trato de tener una gran tribuna en esta capital americana a donde usted llega, y le propongo colaborar en ella con su palabra magistral, a tanto por conferencia.

Me agregó el señor Da Rosa que Maitre Clemenceau quedó convencido, y después encantado de haber aceptado su proposición, dando cuantas conferencias le pidió, en esta ciudad, en otros puntos de la República, así como en Rio, y suscitando aplau-

sos que lo complacían más que el dinero, para él cosa de poca monta.

Yo, pensando siempre en lo prematuro que podría ser la conferencia entre nosotros, por falta de público, la contemplé al menos como una tribuna para decir a mi país lo que en un momento dado sintiera el deber de decirle, y en tal caso el poco o mucho público me era indiferente, y hasta me resignaba a hablar ante las dos primeras filas de tertulias; porque si la conferencia era útil, la difundiría al día siguiente el alto parlante de la prensa, y si no lo fuese mejor era que la callara, y la callaría. Con este concepto práctico, le contesté al proponente en otra entrevista:

—Señor Da Rosa, le acepto su proposición (con honorario y todo), porque al fin el trabajo mental puede ser tan de valor como un pedazo de paño, y sin más restricción que la siguiente, para usted, no para mí.

Yo hablaré sobre los temas que se me ocurran y diré sobre ellos lo que me parezca, porque nunca he sabido hablar con sobrerienda. Así he actuado siempre, modestamente, diciendo y haciendo lo que me dictó mi conciencia cívica y mental, y por eso no acepté la disciplina de block en el parlamento. En cuanto al negocio, Vd. lo habrá sabido calcular, y si se equivoca es cuenta suya.

Efectivamente, el señor Da Rosa lo había calculado. Tenía el teatro contratado, esa hora vacía, y

no le quedaba más erogación que la luz y el honorario del orador, del que en el peor de los casos algo reembolsaría. Así la conferencia venía a ser para los otros renglones de su empresa una reclame como cualquier otra, hecha con el cuero de los conferenciantes, que iba por muerto. Así tratamos y no se cumplió porque no se pudo, como suele ocurrir en los programas.

El señor Da Rosa formó según su criterio profesional, un elenco de conferenciantes, que bien pudieron ser las primeras víctimas, cual en los inventos, y de quienes vamos a contemplar un momento las altas figuras.

*
* *

Monseñor Gustavo Franceschi, que dió la primera conferencia, es un orador de los primeros tiempos del cristianismo, antes que se abrieran en su seno abismos profundos, ya enrojecidos por la llama de las hogueras, cuando la asepsia de Torquemada quemaba los cuerpos para salvar las almas, o devorados por las lenguas de fuego con que los volcanes en erupción iluminaron los últimos días del paganismo.

Este Monseñor es un tribuno místico, que tiene, como los primeros cristianos, un por ciento de socialista, el por ciento de anarquista que los paga-

nos atribuían al divino Maestro, y cierta dósis de elocuencia profana, inoculada por el siglo, y que es en él bastante sentadora.

Surgido de la democracia cristiana, viene a hablarle al pueblo en la tribuna secular, de sus miserias, de sus decepciones, de sus extravíos, de sus derechos.

Como el padre Lacordaire, vá directamente al hecho positivo para levantarlo como un espectro, doliente o grotesco, a los ojos del espectador.

Como él, su arma es la sinceridad y la audacia para decirlo todo, y esto destaca en formas originales su palabra.

Es al propio tiempo un fraile asceta y un hombre de mundo, que acciona con sus grandes manos de obrero, vuelca el capuchón sobre la espalda, y se remanga el hábito sacerdotal para cruzar incólume por el barro del mundo y los entresuelos miserables de la Cosmópolis.

*
* *

Sánchez Sorondo, en su manera magistral de expositor debió realizar un estudio asaz completo de nuestro medio social, institucional y político, que de su punto de vista ratificaría sus previsiones de hombre público y de partido.

He sido amigo y compañero de oficina de un tío

carnal de Sánchez Sorondo, de Patricio Sorondo: quien murió temprano, como dicen que se van de este mundo los predilectos de los Dioses, y aún en la adolescencia era ya un intelecto y un carácter, de esos predestinados a marchar a la cabeza de su generación, y a marcar rumbos en la vida pública, con sabiduría y entereza.

Sánchez Sorondo se parece mucho a su tío. Y no digo más porque no debo y he dicho lo bastante.

*
* *

Leopoldo Lugones quien pronunció la segunda, es un escritor centrado en un pensador, y los escritores de este tipo terminan en profetas, solivianta-dos en las alas del razonamiento. Esbozó apenas un tema de profecía, originalmente encontrada, contemplando la actualidad desde el siglo pasado en que él ha nacido, y lo trató con su poderío mental que encuentra siempre la expresión adecuada, haciendo así en prensa obra maestra todos los días, como un genial jornalero.

Tal en la "Guerra de los Gauchos", en que surjen los seres como de las grietas del suelo trepidant,e ya feroces cual los gauchos en la acción, ya trágicos y divinos, como el niño azotado por los godos. La pasión y el entusiasmo cruzan las páginas vibrantes, silbando como fustas vengadoras o reso-

nando en himno patriótico, todo ello dicho en un léxico super-gramatical y maravilloso. Libro que sin ser romance, es de los que no se dejan hasta terminarlos, porque es el romance de la tierra, escrito con la sangre de su entraña.

*
* *

De Vedia y Mitre es un representativo del pensamiento argentino en la prensa, en la magistratura y en las letras, que sabe llevar gallardamente el peso laureado de sus dos apellidos, recordando a veces en su espontaneidad la palabra serena del general Mitre, otras el alto y laborado razonamiento del ilustre publicista que fué don Agustín de Vedia.

Debía contemplar el teatro de Shakespeare que es como contemplar el vasto mundo, donde viven vida real todas las especies de ese animal razonable que es el hombre, y se divide en blanco, negro, rojo y amarillo, ya sea Romeo, Otello, Ricardo III, el hombre rojo, del color del delito, o el judío Shylock, el hombre amarillo, del color de la usura.

Mundo donde reflejan todas las fases del alma, como en el planeta las fases de la luna, el candor y la duda, la generosidad y la avidez, la lealtad y la felonía, la inocencia y la perversidad, donde están Hamlet y Cassio, Ofelia y Lady Macbeth, el cielo y el infierno, agitado el aire tempestuoso por la

antítesis formidable, ese resorte mágico de la escena. Donde no está sino por excepción el adulterio, ese *leid motiv* del drama moderno.

Shakespeare es así la verdad y la naturaleza, la expresión literaria de un gran pueblo realista y honesto, y por eso, a pesar del horror y la crudeza de algunos rasgos, está siempre en las manos de las *Misses* inglesas, que leen constantemente al bardo sajón en sus minúsculas ediciones, abstraidas y pensativas, sentadas a la sombra de los grandes árboles de Hyde Park.

Acaso ven también cruzar al horizonte gris, como un ideal de ensueño, al Príncipe de Dinamarca, reconociéndolo desde lejos como lo reconocía la suave Ofelia: "En los escarceos de su yegua blanca, —Y en el negro manto que flota a su espalda."

*
* *

Augusto Rodríguez Larreta, más conocido por *Taine,* es un joven esteta que ha llegado de un salto a la zona superior de la idea y de la forma.

Se proponía hablar de los Estados Unidos, de sus afinidades y disparidades con los americanos del Sur, de algunas características y matices de las dos civilizaciones, tan diversas por la raza y las corrientes inmigratorias.

Siempre me ha llamado la atención que en los

Estados Unidos, rascando un poco al ávido y feroz mercantilismo se encuentra el idealismo generoso, que dona y lega millones para bibliotecas populares, escuelas, universidades y templos de todas las religiones.

Ahora pretenden orientar, aún por la fuerza, a los más débiles, fundados en la imponente doctrina de Monroe, un tanto arcaica después de la apertura del Istmo de Panamá, y que según el reputado internacionalista Martens debe leerse así: "América para los americanos del Norte", a cuyo concepto regionalista replicó un argentino en la conferencia de Wáshington: "América para la humanidad".

*
* *

Antonio de Tomaso, el último que dió sus conferencias, después de Lugones, es idea-fuerza de ese nuevo motor electoral, que aspira a ser acción gobernante y se llama socialismo, que no ha podido llegar aún a la dirección de la sociedad, donde dan su vasta sombra la tradición y la costumbre, con hondas raices en el suelo profundo.

Habló sobre los derechos civiles de la mujer, demostrando que consolidan la familia lejos de disolverla, y sobre la organización de la paz, que es el tema de más actualidad del mundo.

Estos vienen a desmontar, y ya tienen que andar

largo trecho, con el sudor en la frente y el hacha en la mano del arremangado brazo. Así avanzan, numerosos en el llano y destacándose ya los más altos en las laderas de la cumbre. Que lleguen pronto, no bajo la bandera roja sino bajo la azul y blanca. no con programas dogmáticos sino concretos y de cooperación, y al paso orgánico inglés, reconstruyendo sin demoler lo que han construído los siglos sobre hondos cimientos, aunándose en la sociedad, especialmente después de las catástrofes, la propiedad y el trabajo, el progreso y el Cristianismo.

*
* *

Y aquí se interrumpió el programa de conferencias del Sr. Da Rosa, después de oír solamente las de Monseñor Franceschi, Lugones y de Tomaso. Los demás que he mencionado, entre ellos yo, declaramos *forfait*, por diversas razones, entre ellas acaso la principal, la amplitud excesiva del Teatro de la Opera, que obliga al conferenciante a levantar la voz y hablar enfáticamente, teniendo que hacer discurso y no conversación, como es la característica de la conferencia.

*
* *

He hecho así con verdadera complacencia y como buen compañero, el elogio de los conferenciantes, dejando la crítica para los adversarios, como decía el gallardo viejo Mansilla, quien solía tener razón a pesar de sus muchas razones.

El señor Da Rosa, para organizar sus conferencias, hizo de Academia Francesa y coronó a algunos, pero faltaban muchos, faltaban todos los que no estaban, como diría. . . Pero Grullo.

Contemplando este acto como la iniciación o alumbramiento, al parecer bastante difícil, de la Conferencia Nacional, debo destacar lo que podría ser en el futuro. Y referirme para ello a algunos de los conferenciantes que faltaban, y yo hice de mi parte lo posible para que estuvieran, sin conseguirlo por entonces, a causa de razones circunstanciales. Serían entre otros:

El Dr. don Lisandro de la Torre, hoy el único tribuno en nuestra democracia, la cual supo tener en otro tiempo y a un mismo tiempo a los siguientes, que eran legión.

Domingo F. Sarmiento, Dalmacio Vélez Sársfield, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, Adolfo Alsina, Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Juan Chassaing, Manuel Argerich, Manuel D. Pizarro, Tristán Achaval, Pedro

Goyena, José Manuel Estrada — *"J'en passe et des meilleurs."*

He hecho tan capital referencia a Lisandro de la Torre, porque estoy hablando del tribuno integral, como pensamiento y forma, espontaneidad, vigor y autoridad. Un orador que es al propio tiempo un debatidor, dotado de la elocuencia y de la aptitud polémica, tan fuerte en la exposición como en la réplica.

No habremos avanzado mucho, y quizá declinado algo en la evolución democrática, cuando escasea tanto su lógico exponente, el tribuno. Y a este único que tenemos, lo hemos destinado a sembrar papas, lo que está haciendo a conciencia y buena voluntad, como Cincinato el Romano.

No estuvieron todos los que son. Faltaban también: Alvaro Melián Lafinur, el que hizo el elogio de Marco Manuel de Avellaneda en la casa solar de Tucumán, y escribió el libro "Figuras Americanas".

Alberto Gerchunoff, el formidable Ruso, autor de "Los Judíos Gauchos", y de "La Asamblea en una Bohardilla.

Arturo Cancela, autor del originalísimo libro "Tres relatos porteños", de tan extensa circulación a raiz de la *semana de Enero*.

Octavio Amadeo, quien va trazando perfiles contemporáneos, grabados a cincel y en la manera de los maestros de la Escuela Flamenca.

El Dr. Manuel Augusto Montes de Oca, que

enseña deleitando, con palabra de miel, lo que le viene en herencia de su ilustre antecesor el Dr. don Florencio Varela.

Arturo Capdevila, el escultor de la Córdoba tradicionalista, donde quedó desde el Dean Funes, el corazón de la República.

Los doctores Julio A. Roca y Ramón J. Cárcano que han gobernado dignamente a su ilustre provincia, y que tienen médula de conferenciantes.

Joaquín Castellanos, escritor con prosa de poeta y alma de gaucho salteño.

Los Sánchez Viamonte, todos, desde mi viejo tocayo y antiguo opositor.

Manuel Carlés, quien con tenáz energía y palabra de luces raras como el brillante negro, sustenta tiemto ha el dique de la tradición y el nacionalismo contra la corriente adventicia.

Lucas Ayarragaray, escritor y sociólogo, que a ratos arroja lampos de luz sobre la escena.

Enrique Loncan, orador nato, a quien pudimos aplaudir en el Jockey Club. David Peña, el conferenciante magistral que siempre triunfa, en dura brega; y Francisco Correa, tan parecido en lo buen mozo y en otros rasgos al viejo Sarmiento.

Faltarían los destacados parlamentarios González Iramain, Jorge Raúl Radríguez, Mario Bravo, mis buenos amigos y sempiternos adversarios.

Faltarían también mis jóvenes contemporáneos, el Dr. Belisario Montero, periodista, publicista, ora-

dor, y el Dr. Juan Balestra, no superado por ninguno en su ciclo de prensa o de parlamento.

Faltaría el Dr. D. Carlos Ibarguren, uno de nuestros escritores mejor informados sobre el momento más intenso del drama argentino, habiendo tenido a su disposición prolijos archivos de familia.

El Dr. D. Mariano Castex, quien nos daría la última palabra de la clínica médica vista al microscopio de su vasto estudio, y controlada por su saber profesional.

El Dr. D. Gustavo A. Chiappori, uno de los médicos que, como el Dr. Etchepareborda y el doctor Lagleyze, han cultivado la ética además de la ciencia, sabiendo ser personalmente clínicos, cirujanos y artistas.

Enrique Larreta, quien tendría que agregar a "La Gloria de Don Ramiro", la de los 33 por el lado de Oribe, ahora que los hombres de 1840 se vienen del Oriente como los Reyes Magos, al chiflido del de Buenos Aires.

—¡Dios nos tenga del cogote, diría Eduardo Gutiérrez!

*
* *

Se vé pues que hay abundante materia prima para la Conferencia Nacional en Teatro libre, y casi podría decirse, más conferenciantes que público;

entre tanto, vaya un franco aplauso para el señor Da Rosa, su aventurado iniciador; haciendo votos porque la Conferencia Nacional cunda y arraigue en las ciudades de la República, florezca en nuestros escenarios y puedan llegar los Tamagno de la conferencia hasta el antiguo teatro de la Opera, que guarda en marco resplandeciente nuestros mejores recuerdos de juventud, y donde el oro profuso de los artesonados refulge con las luces de los ojos.

PARADOJAS

(EN CONTESTACION A CARTAS, POSTALES, ETC.)

Nápoles es un rincón del Paraiso. Por eso sus habitantes aman el *dolce far niente*.

*
* *

Nuestra carreta, insigne federal, ha sido reemplazada por el ferrocarril, gran unitario: esta evolución de tráfico ha tenido gravitación institucional.

*
* *

La libertad es una fruta salvaje de las selvas de la Germania, que encuentran agria los hombres del Mediodía.

*
* *

La humanidad, como los chicos es loca por las historias de bandidos.

*
* *

El descanso dominical es la igualdad: el derecho de vivir para todos.

*
* *

El pájaro es feliz porque se contenta con su nido.

*
* *

Los niños son los sonámbulos de la vida: viven en su país de ensueños.

*
* *

En la cabaña desolada cae una gota de felicidad, lo mismo que en el palacio. Cuando llueve todos se mojan.

*
* *

El pueblo Alemán es grande en la historia moderna. Su Kaiser es un pequeño emperador de la historia antigua, y ha sido el último romance del pueblo Alemán.

*
* *

El único fruto de la gran guerra que valdría le pena, sería los "Estados Unidos de la Europa", forma precursora de "Los Estados Unidos del mundo." Acaso, el resultado más difícil, acaso el único posible.

*
* *

La santidad es también la longevidad, porque la indiscutible castidad de los Santos, además de *Virtud* es *Higiene.*

*
* *

Mi saludo al joven compatriota autor de la bella carta sobre mis discursos parlamentarios. La

leo complacido con las de varios jóvenes estudiantes. Estos son los amigos desconocidos que encuentro sin buscarlos, la llama de mi charamusca que se inflama al soplo fresco y vigoroso; es el polvo de oro que alcanza a levantar la palabra sincera desnuda de formas, y que yo recojo avaro como un usurero sus intereses. ¡Muchas gracias generoso marchante!

*
* *

El Dr. Voronoff se obstina en armar a los viejos. Cuando el empeño científico, social y humanitario debiera ser desarmarlos.

*
* *

El *viejo* es un veterano paradojal. Verdaderamente respetable cuando rinde armas.

*
* *

La renuncia es el gran momento de los grandes hombres. El de Wáshington, San Martín, Belgrano, Rivadavia, Mitre. Este momento no tiene imitadores.

*
* *

La Facultad Extraordinaria casi suprimió el 1º de Mayo por error; quería suprimir el 25.

*
* *

Los Gobiernos suprimen los días de trabajo, porque para ellos todos son días de fiesta.

*
* *

Se puede ser abogado y médico sin tener talento, como se puede ser carpintero.

*
* *

Después que operan, abrazan y lloran. ¡Oh subtil one! ¡O Serpent! diría Bernard Shaw.

*
* *

Hay austeros que censuran a los pródigos, pero hipotecan para ir a París.

* *

El paso del hombre es rectilíneo o reptilíneo, según el que avanza es León o Serpiente.

* *

Dios no está en el cielo, si no en la tierra y en la conciencia humana. Allí la luz, la verdad y el juicio final.

*
* *

El Evangelio es la constitución de la especie humana, en diez artículos.

*
* *

El Abogado, cuanto se descuida degenera en ave negra, el rico en usurero y el médico en mercachifle: son vicios profesionales de que es bueno precaverse.

*
* *

La Europa nos envía sus artesanos, sus artistas, sus labradores; nosotros nuestros ricachos, que ella nos devuelve cansinos; y nuestros enriquecidos, ne-

gros, petizos y rapaces, que caminan mirando al suelo como el antropoide. La Europa pierde en el cambio.

*
* *

El alcohol es un veneno sutil que penetra el presente y el futuro.

*
* *

Algunos pretenden enmendarle la plana al viejo Vélez y éste sonríe bajo sus guedejas blancas.

*
* *

La familia es la Comuna, el Estado es la propiedad.

*
* *

El parásito es un benemérito, porque hace abrir el puño.

*
* *

Napoleón I es el Precursor del Romanticismo y de los Estados Unidos de la Europa.

INDICE

		Página
	Prólogo	7
	El Capitán Luis Acuña	31
	Los Alcorta	38
Dr.	Leandro N. Alem	47
Dr.	Eduardo Arana	53
	Juan José Atencio	57
Dr.	Cosme Béccar	61
Don	Juan José Biedma	72
	Rodolfo Bilbao la Vieja	80
Don	Mariano Billinghurst	87
Don	Antonio Cambaceres	95
Don	Adolfo E. Carranza	102
	Alberto Casares	110
Don	Eduardo Casey	116
Don	Augusto Coelho	125
Don	Antonio Devoto	135
	El Paraguayo	144
Don	Angel Estrada	151
	El Coronel Falcón	170
Don	Luis García	177
Dr.	Miguel Goyena	183
Ing.	D. Eduardo Huergo	190
	Juanon	201
Don	Federico Lacroze	210

Página

Don Manuel Láinez 220
Martín de Moussy 229
Mignaquy y Cía. 236
Don Josué Moreno 244
Don Clemente Onelli 254
Don Juan Ortiz de Rosas 261
Don Marcelo Paz 269
Dr. D. Federico Pinedo 275
Don Pascual Roverano 285
Don Ramón Santamarina 292
Dr. Guillermo Udaondo 302
Don Pitecio Satanás 310
La Escuela del Hogar 317
Los Niños bien 321
La Conferencia en teatro libre 338
Paradojas 358

Precio $ 7.-

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023081709